

MALCOLM MUGGERIDGE

CONVERSIÓN

Un viaje espiritual

Título original: *Conversión: A spiritual journey*,
editado por David Higham Associates Ltd, of 5-8 Lower John Street,
Golden Square, London, W1R 4HA, England

© 1991 by MALCOLM MUGGERIDGE

© 1991 de la versión española realizada por JOAQUÍN CAMPILLO CARRILLO
by EDICIONES RIALP, S. A., Sebastián Elcano, 30. 28012 Madrid

ISBN: 84-321-2718-3

Depósito legal: M-47.125-1990

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID



Morgan Software

© Morgan Software para la edición electrónica formato PDF. Este libro pertenece a una biblioteca circulante. No puede venderse, alquilarse o imprimirse.

Indice

Prefacio	9
Introducción	11
Acto de recepción	11
¿Era una conversión?	13
1. El niño	19
2. Éxtasis	22
3. <i>El</i> muchacho	25
4. <i>YA</i> adolescente	30
5. El estudiante	33
6. El maestro	45
7. El periodista	57
La mentalidad liberal	57
<i>El</i> ansia por una grandiosa muerte liberal	58
Esperando en Dios	63
El campanario y la gárgola	66
Retorno al sonido de nuestra lengua	68
¡El Zar ha muerto: viva Stalin!	75
Stalin	79
Los amigos de la Unión Soviética	80
Deseo y amor	83

Domingo en Kiev	85
Seguidores y planes de Peter Verkovensky	89
8. El soldado	91
Insinuaciones a la conversión	94
9. Corresponsal en el extranjero	105
La nube de lo desconocido	109
Confesiones de San Agustín	112
10. Peregrinación espiritual.....	114
11. La Perspectiva de la muerte	125

PREFACIO

Oh Dios, para quien todos los corazones están abiertos, hacia quien se dirige toda voluntad, y para quien nada privado está oculto: te suplico que limpies los impulsos de mi corazón con el inefable don de Tu gracia para que yo pueda amarte perfectamente y alabarte meritoriamente.

AMEN

*The Cloud of Unknowing**

Oh Dios, humilla mi orgullo, extingue los últimos impulsos de mi yo, borra lo que en mí pueda quedar de ambición mundana y de sensualidad, y en estos últimos días de existencia mortal, ayúdame a servir solamente a Tus propósitos, a hablar y escribir únicamente Tus palabras, a pensar solamente Tus pensamientos, a no tener otra oración que: «Hágase tu voluntad». En otras palabras, a ser un buen converso.

* *La Nube de lo Desconocido.*

INTRODUCCIÓN

Acto de recepción

La fecha es el 27 de noviembre de 1982, el lugar, la capilla de Nuestra Señora Ayuda de los Cristianos en el pueblo de Hurst Oreen, en Sussex; el motivo, mi ingreso y el de mi esposa Kitty en la Iglesia Católica. La ceremonia está presidida por el Obispo de Arundel, el Rvdmo. Sr. Cornac Murphy O'Connor, un hombre afable, de gran estatura. A uno de sus lados, el Padre Bidone, un sacerdote italiano de la Orden de los Hijos de la Divina Providencia; ;il otro, el párroco del pueblo, el Padre Maxwell (los dos últimos desgraciadamente ya fallecidos). Los tres, revestidos para la solemne ceremonia; en el conjunto, el Obispo destacaba por su estatura ile los otros dos sacerdotes. Con cierto desasosiego me apercibo de que el padre Bidone ha llevado consigo a algunos de los niños mongólicos de la institución que dirige, cerca de Hampton Court. Preocupación porque estoy seguro de que los niños no cesarán de moverse y de emitir sus característicos parloteos. Y así sucede, en efecto, pero misteriosa e inesperadamente me embarga una gran satisfacción que transforma lo que en otras circunstancias podría hüber sido una ceremonia solemne y tranquila en una experiencia espiritual inolvidable. Más tarde, cuando hablé de ello con

Kitty, pude comprobar que también ella había vivido la misma experiencia.

Pensando después en todo ello, me doy cuenta de que los fallos genéticos son mensajeros celestiales que desempeñan un papel especial en el mundo para exteriorizar y hacer presentes a los sentidos los defectos físicos y mentales que todos tenemos, invisibles, en nuestro interior. Sin la existencia de los enanos, por ejemplo, podríamos llegar a suponer que todos los seres humanos éramos gigantes, y viceversa. En sociedades más simples que la nuestra, los seres imperfectos —los débiles mentales, los ciegos, los cojos y los mudos— son objeto de reverencia; nosotros les llamamos «disminuidos» y tratamos de persuadirnos a veces de que dándoles muerte antes de nacer o inmediatamente después de su nacimiento, contribuiríamos a mantener un modelo de hombre perfecto, el hombre que exhibe su correcta y blanca dentadura en una permanente sonrisa. Por eso, la presencia, la inestabilidad física, los ruidos extraños y las travesuras de los niños mongólicos del padre Bidone no sólo no perturba sino que realza la ceremonia de nuestro ingreso en la Iglesia Católica. De manera semejante, a la Madre Teresa no le importa que el tremendo y plural ruido de las calles de Calcuta penetre en la capilla en la que rezan ella y sus Misioneras de la Caridad. En sus oraciones, y cuando reciben la Sagrada Comunión, siguen teniendo presente, de manera viva y actual, al mundo, a los más pobres entre los pobres, a los que han dedicado sus vidas y su amor.

La ceremonia de nuestra admisión en la Iglesia Católica se inicia con la homilía del Obispo (yo prefiero «homilía» a «sermón», palabra que me trae a la memoria muchos recuerdos tristes e incluso poco agradables). En ella, el Prelado mencionó la larga relación de católicos que había rogado por nuestra recepción en la Iglesia. Esto, lamentablemente, excitaba mi egoísmo, como una cobra dispuesta siempre y en cualquier circunstancia a erguir su cabeza y exhibir su venenosa lengua.

Después de la homilía, Kitty y yo nos adelantamos al presbiterio, acompañados por nuestros padrinos, Elizabeth y Frank Longford, queridos amigos y vecinos nuestros. «Por vuestra libre voluntad —dijo el Obispo— habéis solicitado ser recibidos en comunión plena con la Iglesia católica. Habéis tomado vuestra decisión después de largas meditaciones, bajo la guía del Espíritu Santo. Ahora yo os insto a acercaros con vuestros padrinos a profesar la fe católica en presencia de esta comunidad. Esta es la fe en la que, por vez pri-

mera, seréis uno con nosotros en la mesa eucarística del Señor Jesús, signo de la unidad de la Iglesia».

Después de recitar el Credo de Nicea, la mano del Obispo, primero sobre la cabeza de Kitty y después sobre la mía, confirmó nuestra entrada en la Iglesia, sellada con el don del Espíritu Santo, cuando con el santo crisma, trazó el oficiante la señal de la cruz sobre nuestras frentes. Así queda formalizado nuestro ingreso en la Iglesia, que produjo en mí no tanto un gran regocijo cuanto una profunda paz, y que expresé de esta manera:

«Una sensación de regreso al hogar, de recoger los hilos de una vida perdida, de responder al sonido de una campana que nos llamaba desde hacía mucho tiempo, de ocupar por fin en la mesa el asiento tanto tiempo vacío».

¿Era una conversión?

Ser recibido en el seno de la Iglesia Católica cuando se ha andado mucho camino en la vida es considerado como una conversión, y los centenares de cartas, la mayor parte de ellas llenas de cariño y deseos de felicidad, que recibimos Kitty y yo de personas de todas clases y condición así lo entendieron. Lo mismo había sucedido —aunque las cartas no fueron tantas— cuando me di a conocer como un aspirante a creyente cristiano sin ninguna otra denominación concreta. Esto me creó problemas a veces, especialmente en las reuniones evangélicas, donde suelen preguntar cómo y en qué circunstancias se ha hecho uno cristiano. Porque lo que se espera como respuesta es un relato dramático del converso, algo que en cierta época llegó a hacerse muy popular en los Estados Unidos, hasta el punto que parecía que el número de pecadores que renacían a la fe era superior al de niños que venían al mundo. El «nuevo Adán» resultaba más impresionante que el antiguo, de tal modo que, en su testimonio, los conversos tenían un modo tal de incidir en el relato de sus antiguos pecados y en su pasada mala conducta, con tales detalles y tan ardientemente, que corrían el riesgo de ser arrastrados por la tentación de exhibicionismo e incluso de cierta pornografía espiritual, si se me permite la expresión.

En mi caso personal, la conversión no se ha producido en un momento determinado, de manera fulminante, sino que más bien ha venido fraguándose en una serie de acontecimientos. Conservo

un recuerdo muy vivo de aquellas ocasiones y aquellos hechos que iluminaron mi vida, trayéndome una nueva y duradera dimensión de la fe. Por ejemplo, cuando estuve en Lourdes como comentarista de un programa de TV. Yo esperaba sentirme escéptico y deprimido ante aquel escenario, pero por el contrario, experimenté una grata sensación ante el valor y la alegría de los enfermos y los impedidos, y al ser testigo del amoroso cuidado con que se manifestaban sus acompañantes y enfermeros. Un incidente concreto me impresionó profundamente. Me llegó el mensaje de que una joven en grave estado había manifestado deseos de que fuese a verla. Acepté, por supuesto, y la hermana de la enferma me llevó a la camilla en que ésta yacía. La joven estaba consumida por la fiebre. Mostraba un rostro profundamente demacrado: a primera vista un espectáculo muy poco agradable. Pero entonces reparé en sus ojos, grandes y brillantes, y tan increíblemente hermosos, que me sentí arrebatado por ellos. Entonces, toda mi incomodidad inicial desapareció y me di cuenta de que resultaba totalmente innecesario buscar en mi mente ninguna expresión ni sentimiento convencionales. Y me oí a mí mismo exclamando: «¡Qué ojos tan bellos!» La hermana de la enferma asintió: la muchacha había tenido siempre unos ojos muy hermosos y expresivos. Sobre nosotros se tendió un profundo silencio y los tres nos sentimos poseídos por una maravillosa alegría. Y, por supuesto, me di cuenta de lo que había acontecido: era el amor de Dios envolviéndonos con una luz que descendía del Cielo.

De nuevo, un acontecimiento ocurrido en Calcuta, cuando junto a la Madre Teresa rodábamos la película «Algo bello para Dios», pudo muy bien haber propiciado una ocasión para mi conversión. El lugar donde las Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa tienen establecido su Hogar para Indigentes Moribundos había sido anteriormente un templo hindú y estaba muy pobremente iluminado, hasta el punto de que nuestro cameraman, Ken Macmillan aseguraba que sería inútil tratar de rodar allí. No obstante le persuadí de que lo intentara, e hiciera algunas tomas justificándose con la utilización de un material de repuesto que de ordinario no se iba a utilizar. Cuando la película fue revelada, aquellas tomas aparecieron bañadas con una maravillosa luz suave que, según el propio Macmillan, no podía ser descrita en términos terrenales. Y, sin embargo, allí está, en la película y en las fotos fijas tomadas con la ocasión. Para mí la explicación de todo esto es clara. Sin duda ninguna, la felicidad, expresión de amor, es luminosa, y eso es lo

que se pretende manifestar con los halos que figuran entorno a las cabezas de los bienaventurados en las representaciones, desde la Edad Media. La cámara había captado esta luminosidad, sin la cual, la película no se habría impresionado como el propio Ken Macmillan comprobó cuando usó el mismo material en circunstancias semejantes, sin conseguir impresionarlo.

La propia Madre Teresa es una conversión viviente; resulta imposible estar a su lado, oírla, ver lo que hace y cómo lo hace, sin sentirse convertido en alguna medida. Su total dedicación a Cristo, su insistencia en que todos los hombres deben ser trabados, ayudados y amados como si fueran el propio Cristo, su sencilla presentación del Evangelio y su alegría al recibir los sacramentos atraen irresistiblemente a quien tiene ocasión de estar cerca de ella. Ningún libro de los que he leído, ningún discurso de los que he escuchado, ninguna ceremonia a la que he asistido, ninguna relación humana o experiencia trascendental, me han acercado tanto a Cristo ni me ha hecho tan consciente de lo que la Encarnación significa para nosotros y de lo que de nosotros demanda.

Entonces, ¿qué es una conversión? La cuestión es como si nos preguntáramos «¿qué es enamorarse?» No hay un proceso «standard» ni un tiempo determinado. Algunos, como el Apóstol Pablo, tienen la experiencia de su Camino de Damasco; a veces yo he pedido experimentar en mi vida un proceso semejante que permitiera, por así decirlo, reiniciarla con un nuevo calendario, pasar de mi particular antes de Cristo a un después de Cristo, y establecer así una clara y definida división entre el amor carnal y el espiritual. La imagen que el propio Jesucristo da de la conversión se pone de manifiesto en su conversación con Nicodemo, cuando éste se llega a ver al Maestro durante la noche: nacer de nuevo. En realidad una experiencia tal no me ha sido otorgada, sino que he ido tropezando como el peregrino de Bunyan, cayendo en la Ciénaga del Abatimiento, aterrorizado al atravesar el Valle de las Sombras de la Muerte; de vez en cuando, por misericordia de Dios, aliviado de mi carga de pecador, pero, desgraciadamente, presto a caer de nuevo.

En la primera parte de mi vida yo solía imaginarme que llegaría a ser un gran escritor cuyas obras figuraran entre los libros de texto de la literatura inglesa: un Thomas Hardy, un Bernard Shaw, un Marcel Proust. O un gran orador cuya palabra arrastrase a las

multitudes: un Lloyd George, un Winston Churchill, un Ramsay MacDonald. O un gran revolucionario que, en palabras del Magnífico, «depusiera de sus tronos a los poderosos y exaltara a los humildes», como Lenin, Garibaldi, Gandhi. E incluso un gran amante ante quien cayeran rendidas las mujeres: un Casanova, un Byron, incluso un Frank Harris. Ni por un momento entraba entre mis proyectos y ambiciones llegar a formar parte, humildemente, de la más antigua de las iglesias y a la que consideraba, doctrinalmente, como la más dudosa de todas las iglesias contemporáneas.

Y sin embargo, también es verdad que desde mis más tiernos años había dentro de mí algo más que unas vagas aspiraciones a hacerme un nombre y destacar en el mundo: algo que me llevaba a considerarme a veces un extranjero entre los extranjeros en un país extranjero, y cuyo verdadero lugar estaba en otra parte. Esto tino mi vida de una melancolía indefinible, especialmente en mis años juveniles y, a la vez, una misteriosa exaltación, una conciencia de que, mezcladas con los caprichos y deseos del ego, había otras posibilidades y perspectivas, otro destino cuya realización me llevaría del Tiempo a la Eternidad, transformaría la carne en Espíritu, el conocimiento en fe, y me revelaría en términos trascendentes lo que significa verdaderamente nuestra vida terrena.

La vida íntima, secreta, del hombre tiene sus altibajos, sus estados alternativos de éxtasis y desesperación. En los primeros, el propio corazón y el universo entero aparecen inundados de luz: en la desesperación, se oscurece la creación entera, incluido uno mismo. Por contraste, todo lo demás —ganar dinero, conquistar a una mujer, ser famoso: «¡Mira, mira, ahí está, es él!» —no cuenta para nada; no más que el rastrojo ardiendo en una noche de verano: crujido de llamas chisporroteantes y nubes de humo, pero nada, nada. Y después, viajar vertiginosamente, recorriendo el mundo de un lado a otro y de arriba abajo, como Satán en el libro de Job: Pekín por la mañana; a mediodía Tokio; el Taj Mahal al atardecer; las pirámides por la noche; el Partenón, a la luz de las antorchas. A todo ello, se le puede aplicar lo que el doctor Johnson decía de la Calzada del Gigante: cosas para ver, pero no para ir a ver.

Blake escribió un poema acerca de una cuerda dorada que atamos a un globo mientras caminamos. Si sabemos asirla y mantenernos unidos a ella mientras marchamos por la tierra nos conducirá a la Puerta del cielo en el muro de Jerusalén.

*/ give you the end of a Golden String
Only wind to a ball,
It will lead you in at Heaven's Gate
Built in Jerusalem's Wall**

WILLIAM BLAKE

Para mí, ser recibido en el seno de la Iglesia Católica, ha significado una etapa en el seguimiento de esta cuerda dorada. Desde ella, vuelvo la vista atrás, como hizo John Henry Newman en la *Apología pro vita sua*. Pero ¡qué diferencia! La historia de las «opciones religiosas» de Newman, como él las llama, está fundamentada sobre una enorme cultura, una vida dedicada plenamente al sacerdocio, primero en la Iglesia Anglicana y después en la Católica; sermones de gran claridad y profundamente reveladores; palabras y hechos de un santo y un místico; en tanto que, a mí, la cuerda dorada me ha ido conduciendo a través de ruidosas redacciones de periódicos, aislados estudios de radio y televisión; me ha tenido colgado del teléfono o escribiendo contra reloj; y me ha llevado a generalizar a partir de hechos insignificantes y a veces hasta inexistentes.

Recuerdo bien mi primer vislumbre de la cuerda dorada, del mensaje del poema de Blake, resplandeciendo en el fango de la testarudez y cómo me detuve para recogerla, suponiendo que era una moneda o algún objeto de oro, para constatar que se trataba solamente de la cuerda dorada, y que yo enseguida anudé a un globo. Desde entonces, la he perdido con frecuencia, pisoteándola en el lodo, perdiéndola de vista muchos días, pero hallándola siempre de nuevo de algún modo. Ahora tengo la cuerda anudada a un globo grandioso, aunque me encuentro demasiado débil para ir lejos. A pesar de ello, sigo teniendo confianza en que no muy tarde, aunque sea con paso tambaleante y sudoroso, me encontraré ante la Puerta del Cielo, abierta en el Muro de Jerusalén.

* Te daré el extremo de una cuerda dorada / atada a un globo. / Te llevará a la Puerta del Cielo / construida en el Muro de Jerusalén.

1. EL NIÑO

Comienzo con un niño, yo mismo, hace unas ocho décadas; un niño de ojos azules y cabello rubio, que lleva un sombrero* demasiado grande para él, perteneciente a uno de sus hermanos mayores. Va caminando a lo largo de Broomhall Road en Sandeistead, donde vive con su familia en uno de los bloques de chalets adosados. Es una hermosa tarde de verano; el niño no se dirige a ningún sitio en particular; simplemente está disfrutando de verse fuera de su casa sin permiso, como si fuese Tom Sawyer o Huckleberry Finn, dos de sus personajes preferidos. Mientras camina, va tejiendo en su mente un drama imaginario: sus padres han descubierto su ausencia. ¿Dónde puede haber ido? ¿Le habrá ocurrido algo? Entonces llega a su casa un policía con la noticia de que el niño ha sido atropellado por un automóvil y está en la sala de urgencias del Hospital General. Los padres corren hacia allí en un coche de la policía que se abre paso entre el tráfico, haciendo sonar la sirena y encuentran en la cama del hospital al niño herido que les recibe con una débil sonrisa, y después cierra los ojos aguardando la muerte. Pero todo eso es

* El autor dice «a trilby hat» refiriéndose a un tipo de sombrero popularizado en mi versión teatral londinense de la novela *Trilby* de Dafne du Maurier.

pura imaginación. El niño está sano y salvo, allí, paseando tranquilamente.

Después de haber vivido «su» drama con todo lujo de detalles y haber jugado su papel con deleite, el niño pasa ahora a pensar en su sombrero. Y se encuentra ante dos posibilidades: considerarlo, por una parte, como vistoso; por otra, como absurdo. Ahora, ochenta y cuatro años más tarde, está propenso a experimentar los mismos sentimientos contradictorios respecto a algunos vestidos extravagantes y excéntricos. En el niño, al igual que en el octogenario, se dan las mismas sorpresas acerca de quién es él y quién va a ser en el futuro, como si hubiese sido puesto en escena sólo para darse cuenta de que había olvidado su papel y que en cierto modo ensayaba para una obra totalmente distinta de la que se estaba representando: la pesadilla del actor perdido bajo la luz de los proyectores.

Entre sus primeros recuerdos de niñez aparece la consciencia de un espíritu benigno, Dios, vigilante sobre la humana condición, al mismo tiempo que autor, en la noche, de formas y sombras y de impresionantes ruidos extraños. Con el paso del tiempo estas impresiones se han ido borrando y olvidando. Con la vejez ha llegado la segunda infancia, de tal modo que nos encontramos a nuestro Hacedor precisamente como le dejamos, como niños que, como nos dice el Evangelio, son los únicos capaces de entender lo que vino al mundo a decirnos:

*How like an ángel como I down!
How bright are all things here!
When first among His works I did appear,
Oh, how their glory me did crown!
The world resembled His Eternity
In which my soul did walk
And everything that I did see
Did with me talk.*

*The skies in their magnificence,
The lively, lovely air;
Oh, how divine, how soft, how sweet, how fair!
The stars entertain my sense,*

*And all the work of God so bright and puré,
So rich and great did seem
As if they ever must endure
In my esteem**

THOMAS TRAHERLNE

* Desciendo como un ángel / Qué brillantes son aquí todas las cosas / Cuando yo aparecí primero entre Sus obras / Oh, como me coronó su gloria / El mundo reflejaba su Eternidad / En la que caminó mi alma / Y todo lo que yo vi / Habló conmigo. Los dolos en su magnificencia / El aire vivaz, adorable / Oh, qué divino, qué suave, qué agradable / Las estrellas entretienen -mis sentidos / Y toda la obra de Dios tan brillante y pura / Tan rica y grandiosa apareció / Como si eternamente perdurara / I u mi corazón.

2. ÉXTASIS

La más característica y elevada de las manifestaciones de la conversión es el éxtasis: una alegría indescriptible que inunda todo nuestro ser, haciendo que nuestros miedos se disuelvan en la nada y que todas nuestras expectativas se dirijan al Cielo. No hay imagen terrena que pueda expresar esto adecuadamente: la música, en su más alta manifestación (el *Exultate* de Mozart, por ejemplo) se acerca más a ello que la palabras. Es como el despertar tras una anestesia, en que vamos reconociendo poco a poco los rostros, las voces y las formas. O como sincronizar una película, en que la palabra y las imágenes aparecen con claridad y no confusamente. Lo que llamamos éxito y los logros de que nos enorgullecemos, y que nos proporcionan una satisfacción desordenada son, en realidad, una especie de anestesia; cuando salimos de ella —Pascal las llamó «diversiones» de una u otra suerte— tomamos contacto con la verdadera realidad.

La propia conversión de Pascal ilustra lo que decimos. Había estado pensando en el apóstol Pedro, en su triple negación que, en cierta manera lo conectaba con Jesús y, después, en el canto del gallo y en el amargo llanto del discípulo. Yo mismo, al leer el pasaje evangélico, me he dado cuenta de que me resultaba muy difícil contener el llanto, consciente de haber cometido traiciones semejantes. También Pascal lloraba cuando se daba cuenta de su propia

deslealtad y se sentía invadido por una terrible desolación que se mitigaba de repente al pensar que él también, al igual que Pedro, podía ser perdonado. En su metódico camino, como si se tratase de documentar uno de sus experimentos científicos, anotaba todo esto llegando a una conclusión triunfante: «Certeza, certeza, alegría, paz. Dios de Jesucristo, *Deum meum et Deum vostram*»* Olvidado del mundo y de todo excepto de Dios. Siempre llevó consigo este escrito que a su muerte fue encontrado cosido a su traje.

Después, en el otro extremo, está la noche oscura. La luz se ha extinguido, no hay el menor resplandor; solamente oscuridad; no hay esperanza alguna. Sólo la muerte, el no-ser, el no existir en absoluto. Incluso la lisonja —las cartas de los admiradores *in excelsia*— son como el beso en la mejilla de un cadáver. El cielo o el infierno se convierten en algo indiferente: todo es nada, *Fiat nihil!* A través de noches de insomnio y miseria, solamente un deseo, un anhelo: la desaparición, de modo semejante a cuando la palabra no quiere venir, la mente no quiere pensar, la pluma no quiere escribir. Y sin embargo, y por otra parte, como yo sé bien, todo esto tiene mucho de teatral y los millones y millones de seres humanos que han vivido, están viviendo y vivirán en nuestro pequeño planeta no tienen más que un recurso: dejar a un lado cualquier otra consideración, el pasado y el futuro, lo anterior y lo que viene detrás, esperanza y desesperación, ardor e indiferencia, y postrarse de rodillas para orar con toda humildad y pedir: «Hágase tu voluntad» confiados en que el propósito del Creador en su Creación es mostrarse más en su amor que en su poder, con paz y no con guerra, en la Eternidad más que en el Tiempo y en nuestras almas más que en nuestros cuerpos o en nuestras mentes.

En el tumulto de la vida vacía y dentro de la más negra desesperación siempre es posible apartarse y esperar en Dios. Del mismo modo que en el ojo del huracán hay una inmensa quietud y que por encima de las nubes tormentosas luce esplendente un cielo azul, es también posible hallar una pequeña claridad en la selva revuelta de nuestra humana voluntad para un encuentro con Dios. Él siempre nos atiende, vuelve su rostro hacia nosotros, aunque no es posible predecir de qué modo, en qué circunstancias: quizá envuelto en nubes de gloria, quizá bajo la apariencia de un mendigo; en la inmensa soledad del desierto o en el Soho de Londres o en la Times

* El autor dice, tal como se recoge arriba *Deum meum et Deum vostram*. No he oído confrontar la frase; pienso que podría ser *Deum vestrum*.

Square de Nueva York. Precisamente en Times Square contemplaba yo una vez con desconsuelo y avidez al mismo tiempo los estantes de una librería, repletos de publicaciones, la mayor parte de las cuales ostentaban imágenes lascivas o sádicas y de pronto vi que, por una extraña casualidad, allí estaba también mi libro sobre la Madre Teresa de Calcuta *Something Beautiful for God*. Pensando en cómo habría venido a parar allí, recordé las hermosas palabras de Herbert:

*And here in dust and dirt, O here
The lilies of His love appear**

Pues cada situación, cada eventualidad es una parábola, si se la considera con atención y cuidadosamente.

* «Y aquí, entre el polvo y la suciedad, oh, aquí / Aparecen los lirios de Su amor».

3. EL MUCHACHO

El niño que vimos pasear por Broomhall Road, en Sanderstead, con un pintoresco sombrero demasiado grande para su persona y pensando quién era él y por qué, es ahora estudiante en una escuela estatal elemental en South Croydon. En aquellos días, los alumnos no vestían chaquetas de uniforme ni gorras especiales; solamente las clases, los maestros y el asfalto como campo de deportes. A la entrada a clase, por la mañana, todos los colegiales, formados, cantan un himno y rezan unas oraciones, y la Escritura es materia obligatoria. El director preside las oraciones y las dirige, haciendo especial hincapié en las vocales aspiradas, especialmente en «Hallowen be Thy ñame» («Santificado sea tu nombre»). En ocasiones había que repetir la oración mal pronunciada hasta pronunciarla correctamente. Nuestro muchacho sigue la actitud que acerca de los himnos y las plegarias se observaba en su casa y tiende a sabotear el himno matutino cantando deliberadamente fuera de tono (aunque la verdad es que nunca fue muy entonado) y tramando, mientras canta, preguntas enrevesadas para plantearlas en las lecciones de Sagrada Escritura.

Una de las cuestiones que en aquella época originaba cierto embarazo surgía de la frecuente mención que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se hace de que esto o aquello sucede «para que se cumplan las profecías». ¿Cómo podría tratarse de una

auténtica profecía —preguntaba el muchacho a su profesor— si para que se realizase había que dar determinados pasos y pronunciar determinadas palabras? El maestro queda confuso, lo que produce gran satisfacción en el muchacho. Sin embargo, el tema, en realidad, le preocupa. Y con los años, empieza a ver que asumiendo que Dios tiene una intención, un fin, al crear la tierra y el universo entero, nosotros, sus criaturas, no tenemos otra elección sino cumplir aquel fin, aquel destino, sabiendo que se realizará en cualquier caso. Así, el universo puede ser considerado como un teatro: Cristo, como la obra que en él se representa: la Biblia, como el libreto y nosotros, la Humanidad, como los actores que tienen, cada uno de ellos, su papel, sus salidas y entradas en escena. Nuestra libre voluntad es nuestra libertad para decir los parlamentos que se nos han asignado y representar nuestro correspondiente papel. Y la creación de Dios puede ser comparada más bien con Shakespeare escribiendo *El rey Lear* o con Beethoven componiendo su *Missa solemnis*, o con Miguel Ángel pintando la Capilla Sixtina, que con la planificación de un jardín de un suburbio o la preparación de un Informe Beveridge, el establecimiento de una dictadura del proletariado o cualquier otra planificación de un paraíso terrenal. En esta consideración, la Encarnación es la obra maestra de Dios; de aquí la justeza de la expresión: «En el principio era el Verbo...» No es una cuestión de «bigbang» o de si en su lugar se trata de una serie de pequeñas explosiones, como disputan los científicos; ni tampoco se trata de selección natural o no natural: es, precisamente el Verbo, la Palabra, morando en nosotros plena de gracia y de verdad.

El profesor a quien pregunta el muchacho es una mujer, Helen Corke, acabada de salir de la Escuela Normal y ya relacionada con otro profesor de Croydon, D. H. Lawrence (ella lo llamaba por su nombre de pila, David). Un fin de semana juntos en la Isla de Wigh fue como el temprano ensayo de unas relaciones posteriores más tormentosas, con Helen Corke actuando como la primera Lady Chatterley. Años más tarde, cuando ella se había convertido en una encorvada anciana de cabello blanco, y el muchacho tenía también la cabeza cana, tomaron ambos parte en un documental de televisión, paseando juntos por el asfaltado campo de deportes de la escuela, al son de «Now the day is over»*, el himno de liberación que se cantaba la tarde de los viernes.

En casa del muchacho no hay otra religión que la del progreso;

* «Ahora ha terminado el día».

los hombres de buena voluntad —entre ellos el padre del muchacho— se preparan para participar en su advenimiento. Piensan que Dios ya no es necesario; debe considerársele muerto o en todo caso, jubilado. En su opinión, Jesucristo era un hombre que se había preocupado por los pobres, que había tenido relación con públicos y prostitutas, que había denunciado a los poderosos de su tiempo, a los escribas y a los fariseos, que burló al rey Herodes y menospreció al gobernador romano, Poncio Pilatos. Por ello, naturalmente, fue condenado a morir en el inhumano suplicio utilizado por los romanos: la crucifixión.

El ánimo ardiente del muchacho se siente estimulado a traer el cielo a la tierra y a crear aquí y ahora una sociedad fraterna, pacífica y próspera: a cada uno según sus necesidades; de cada uno, según su capacidad. En las reuniones a que asiste el muchacho, la visión y los detalles de una tal sociedad son expuestos por su padre y repetidos por él, y muy pronto, antes de cumplir los veinte años, experimenta el placer de hablar en público, de excitar a un auditorio como cuando se da a un perro de caza un rastro a seguir o como cuando las prostitutas, vestidas a propósito, adoptan posturas obscenas para atraer a sus clientes. «Dadnos vuestro voto —parecíamos decir— y a cambio, os daremos la felicidad, escuelas y universidades para educaros, hogares confortables, hospitales para cuidar vuestra salud; os liberaremos de la situación actual y si ahora sois siervos de unos patronos duros y exigentes seréis vuestros propios amos y patronos; vuestras serán las minas y las fábricas en las que trabajáis, los tranvías y los trenes que conducís, las cooperativas. Vosotros seréis los jefes, los señores de la creación, sin Dios al que rogar, ni poderosos ante los que doblegarse; dueños de vuestras vidas y de vuestros destinos... todo esto, si nos votáis».

Estas palabras flotaban en la cabeza del muchacho la tarde de un sábado, subido a una engalanada plataforma en la esquina de Surrey Street, junto a un mercado al aire libre. ¡Qué maravillosa perspectiva tras la matanza y destrucción que había acarreado la I Guerra Mundial! Ahora, gracias a la recién creada Sociedad de Naciones, nada semejante sucedería jamás; aquella conflagración había sido verdaderamente una lucha para acabar con la guerra, para que vivamos siempre, siempre, en paz.

En este espléndido escenario no hay lugar para Dios ni necesidad alguna de un Salvador, lo que incluso entonces, y por misteriosas razones, hace tambalearse la certeza del Muchacho. ¿Habrían encontrado los hijos de Israel —piensa— su camino a través del de-

sierto hasta alcanzar la Tierra prometida sin la columna de fuego que los guiaba? El gran drama de la Encarnación, ¿puede quedar reducido a un cuento de hadas o una simple fábula, y su personaje central puede ser entendido simplemente como un hombre justo, lleno de buenas intenciones para la cosa pública, algo así como el Honorable Miembro de Galilea del Sur en defensa de los intereses laboristas? Incluso antes de que tuviese la más ligera noción de lo que significaban, el muchacho queda cautivado por los relatos del Nuevo Testamento, y siente como si algo se encendiese dentro de su ser, como si ya hubiese conocido y vivido antes lo que ahora leía por vez primera. El nacimiento en Belén, los pastores y los Magos con sus regalos, la Madre alimentando al Niño, nacido de su matrimonio con la Eternidad, cada detalle, sonaba en el muchacho como si hubiese participado en él en una existencia anterior. Era algo que aprendería después: que las verdades más profundas se caracterizan por dar la impresión, cuando se conocen por vez primera, de que eran ya conocidas desde siempre, como si fuesen ideas innatas, y que el amor más profundo, una vez experimentado, parece haber existido siempre: la cara que se ve y la voz que se escucha son un rostro y una voz familiares; toda verdad es como un eco; todo amor se muestra sin principio ni fin.

Hacemos nuestra una idea cuando tenemos conciencia de ella en nuestra alma, cuando al leer algo sobre ella nos parece que ya nos ha sucedido a nosotros, que ya la conocíamos antes y que ahora, simplemente, la recordamos. Esto es lo que le ocurre al muchacho cuando lee los Evangelios. En ellos descubre un mundo nuevo; no había supuesto que en ellos se encerrase tal profundidad de pensamiento. Y sin embargo, y paradójicamente, todo le parece familiar: siente como si todo lo hubiese conocido hace mucho tiempo y que, simplemente, lo había olvidado.

En el diario de Bulgakov, correspondiente al 18 de abril de 1910 se puede leer que Tolstoi decía: «No puede decirse que algo sea verdad si no es comprendido y creído.

Todo lo que puede ser creído es una imagen de la verdad.»

BLAKE

Las Escrituras en cuanto tales juegan un insignificante papel en la educación del muchacho. La profesora Corke no es muy aficionada a ellas aun cuando procede de un hogar religioso; el director se

limita a cumplir las exigencias mínimas requeridas por la última Acta de Educación, y por otra parte, en el hogar del muchacho apenas se abre la Biblia y cuando se hace es, la mayor parte de las veces, para formular algún comentario irónico. La única excepción a este clima la constituye la abuela del muchacho cuando viene a visitarlos desde Sheffield, donde vive. Contando sólo con el salario de su esposo, obrero en una fábrica, ha creado una gran familia. En una ocasión en que el muchacho alude con ligereza al episodio de Daniel en el foso de los leones, la abuela se vuelve hacia él y le dice: «Si Daniel no es verdad, nada es verdad». Esta frase resuena en la mente del muchacho como una afirmación rotunda, inequívoca. Si, por ejemplo, la teoría evolucionista de Darwin no es verdad, no importa. ¿Qué otra cosa es sino una teoría forzada en sus conclusiones que, a lo mejor, para las generaciones venideras resulta divertida o simplemente curiosa? En cambio, si se sustrae la Biblia de lo que seguimos denominando civilización occidental o Cristiandad, quedaría un enorme vacío en nuestras *mores*, en nuestro arte, en nuestra literatura, en nuestra música, en nuestra arquitectura, en nuestra cultura, en suma, además de que nos privaría de la fe por medio de la cual y a pesar de andar muchas veces extraviados como un rebaño que hubiera perdido al pastor, hemos vivido y construido siglos de Cristiandad.

El muchacho adquiere una Biblia con su dinero y la lee subrepticamente, como si fuese un libro prohibido. La forra con papel marrón para que nadie advierta qué es lo que está leyendo; subraya pasajes y —lo más extraño de todo— la lleva consigo a la cama, la abre en un pasaje que le ha impresionado y conmovido especialmente, y piensa que le ayudará y protegerá en las largas horas de vigilia que suele sufrir, como le ha seguido ocurriendo a lo largo de toda su vida. Y da vueltas en su mente una y otra vez a un dilema o a una preocupación que le asaltan sobre el misterioso fondo de los extraños ruidos que la noche trae a su duermevela. Años más tarde, vuelve a repasar esta Biblia ajada, manoseada, y se da cuenta de que las páginas más deterioradas —es decir, más repetidamente leídas— corresponden a los pasajes relativos a la Pasión y en ellas se ven manchas que seguramente son rastro de lágrimas derramadas por el muchacho.

4. EL ADOLESCENTE

El muchacho se encamina ahora hacia la adolescencia y empieza a tener conciencia de la sexualidad; como tuvo la suerte de no haber recibido lo que luego se ha llamado «educación sexual», posee sólo una vaga noción de lo que ello significa. En su ajada Biblia ha subrayado una frase del capítulo octavo de la Epístola de San Pablo a los Romanos: «Porque la sabiduría de la carne es muerte; mas la del espíritu es vida y paz». Y otra del capítulo quinto de la Epístola a los Galatas: «Pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne; pues ambos están enfrentados entre sí, de tal modo que no hacéis lo que queréis». Estas dos frases inquietan al muchacho permanentemente, aunque una y otra vez sus actos sean contrarios a lo que en ellas se dice y caiga con facilidad y frecuencia en lo que Pascal denominaba «lamer la tierra».

El muchacho se enamora, pero en el amor se mezcla el deseo; sigue al deseo y en éste se mezcla el amor. Es el principio de una larga lucha, con muchos altibajos, salpicada de errores y de éxtasis, de promesas rotas y de traiciones.

Acaba la guerra, lo que causa gran pesar en el Muchacho, que esperaba que el conflicto durase lo necesario para poder tomar parte en él, pero la paz llega un año antes de que el muchacho alcance la edad requerida. Desde el techo de un autobús contempla maravillado la celebración del Día del Armisticio, en la que se da rienda

suelta al libertinaje como una especie de anuncio de la era de la permisividad. Más tarde, en Berlín, contemplará los excesos desencadenados por la derrota, y exaltados en los escritos de Christopher Isherwood. Como el mundo da muchas vueltas, resulta que el profeta o gurú de este mundo preparado para los libertinos no es otro que D. H. Lawrence, el amigo de Helen Corke. Mucho tiempo después, cuando el muchacho se había convertido en adulto, al hojear las páginas del libro ilustrado, *D. H. Lawrence y su mundo*, se encuentra con la reproducción de un cuadro de Collingwood Gee que representa a Lawrence leyendo *Lady Chatterley's Lover** ante Reginald Turner, Norman Douglas y Pino Orioli en la casa de Orioli en Florencia. Y piensa que debe haber algún lazo de unión entre las tres personas que escuchan a Lawrence, hasta que cae en la cuenta de que se trata de los tres pederastas más famosos de Europa. Y entonces se le revela lo que Blake llama la «Fearful Symmetry» (la Espantosa Simetría). Un hombre moribundo, impotente, presenta lo que va a convertirse en la más famosa celebración contemporánea de la sexualidad humana ante un grupo de tres eminentes homosexuales. Verdaderamente a Dios no se le engaña.

Cuando el muchacho se va haciendo hombre, una de sus mayores preocupaciones la constituyen esos significados internos, tratados en la «Fearful Symmetry». Y se da cuenta de que todos los acontecimientos, hasta el más mínimo gesto, cualquier palabra pronunciada casualmente, cualquier pensamiento, cualquier especulación, considerados con ojos que saben ver y oídos que saben escuchar, encierran una significación oculta, son como mensajes cifrados. Y que para descifrar estos mensajes hace falta un libro que contiene el código: los Evangelios y las Epístolas del Nuevo Testamento nos lo proporcionan. Así podemos ver, subyacente al caos del mundo y al de la mente de cada espectador, el orden de Dios. La propia Naturaleza nos habla, si somos capaces de escucharla, de los propósitos de Dios para sus criaturas y su Creación. Y la historia, bajo la apariencia de un interminable serial lacrimógeno, se muestra, a través de una consideración más profunda, como un teatro de la «Fearful Symmetry».

Entiendo que estos pasajes (de Clemente de Alejandría y Orígenes) significan que el mundo exterior, el físico y el histórico, no son otra cosa que la manifestación de unas

realidades mayores que el propio mundo. La naturaleza era una parábola; la Escritura, una alegoría. La literatura pagana, la filosofía y la mitología, entendidas rectamente, no fueron más que una preparación para el Evangelio.

El mundo visible permanece estancado sin su divina interpretación. La Santa Iglesia, en sus sacramentos, permanecerá hasta el fin de los tiempos como un símbolo de aquellos hechos celestiales que se cumplirán en la eternidad. Sus misterios no son sino la expresión, en lenguaje humano, de unas verdades que la mente del hombre es incapaz de abarcar... La misma Cristiandad es una idea viviente que, a medida que el tiempo avanza, va ensanchando y enriqueciendo su horizonte. Los puntos de controversia ponen a prueba su paciencia; se alzan disidencias que luego se vuelven a derrumbar en torno suyo; las esperanzas se manifiestan bajo nuevas formas y los antiguos principios reaparecen con apariencias distintas... *Cambia para que todo siga igual...* La mente humana, en su estado presente, es inadecuada para sus propias capacidades de apreciación; *abarca más de lo que puede dominar*. Una mente religiosa ve más allá de sí misma; siempre está invocando a Aquél de quien todo depende y que es el centro de toda verdad y de todo bien... La línea divisoria entre Dios y el mundo pasa por el corazón del hombre. El hombre mundano es un ser cuyo corazón está tan apegado a la tierra que ha olvidado que ha sido creado para el Cielo... Si un pecador estuviese en el Cielo, no gozaría de él hasta que se hubiese apartado de su pecado y hubiese vuelto, una vez más, su rostro hacia Dios.

JOHN HENRY NEWMAN

5. EL ESTUDIANTE*

El escolar es ahora estudiante y la escena se sitúa en Cambridge en donde por vez primera el muchacho tiene contacto con clérigos y seminaristas y asiste regularmente a oficios religiosos en la capilla, lo que es, por otra parte, obligatorio en Selwyn College. ¿Es esto una conversión? En cierto modo sí, en tanto que significa un determinado tipo de vida cristiana como expresión de unas creencias religiosas. Él fue siempre dado a la oración; no precisamente a arrodillarse en momentos y circunstancias precisas y determinadas, sino a pedir, interiormente, misericordia y ayuda: «¡Sálvame!», «¡Guíame!», «¡Cuenta conmigo!». Ahora conoce más a fondo el *liook of Common Prayer*, esta obra maestra de la liturgia en la que se contienen las oraciones de cada día: Maitines, Vísperas, incluso la letanía, que cuenta como un oficio completo, pero que es sustantivamente más corta que los demás. También practica en su vida ictos de penitencia cuando se extravía y se aleja de los caminos de Dios, como una vieja perdida, por haber seguido demasiadas veces los deseos e impulsos de su corazón, dejando de hacer cosas que

* Con el término «undergraduate» se suele designar el estudiante en un «college» o universidad que no ha recibido aún el primer grado. Podía pues traducirse como «graduando», término realmente poco significativo en el sistema educativo español. Por esa razón preferimos emplear el vocablo «estudiante».

debiera haber realizado y haciendo aquello que jamás debió hacer. Su oración favorita era —y sigue siéndolo— aquella de San Juan Crisóstomo: que sus deseos y peticiones se cumplan «como sea más conveniente» para él. También la Eucaristía llega a tener una especial importancia en su vida: bebe el vino y sume la hostia anhelando, al recibirlos como la Sangre y el Cuerpo de Cristo, volver a su asiento en una especie de trance. Pero esto no ocurre así: regresa del comulgatorio tan normal como se acercó a él a recibir el sacramento. A veces simula o fuerza el trance con la esperanza de experimentarlo realmente, pero el deseado éxtasis no llega.

En aquellos lejanos días los estudiantes de «college» debían rendir un examen acerca de la «Divinidad» —conocido en el argot estudiantil como «divvers»— que suponía el estudio de la obra de Paley *Evidences of Christianity*, editado por primera vez en 1704 y que, entre otras cuestiones, trataba de las pruebas para demostrar la existencia de Dios. Nuestro estudiante trata de aprenderse las «Evidencias» para pasar el examen, pero piensa que la «prueba» de la existencia de Dios es un tema realmente cuestionado en la actualidad. Es el mismo orden de ideas que cuando uno de los astronautas soviéticos anunció orgullosamente que no había encontrado rastros del Cielo en la estratosfera. Con ello —aunque no lo supiera— estaba afirmando, y no negando, la existencia del Cielo: un rastro del Cielo en su pantalla de radar hubiera socavado la creencia en él para el resto de los tiempos.

Buscar a Dios, dice Pascal, es encontrarlo, y cuando lo hemos hallado ya no podemos permanecer separados de él permanentemente. Podemos, es cierto, perder el contacto con Él durante largos períodos, hundiéndonos en nuestras pasiones y aupándonos sobre nuestro propio orgullo; podemos, incluso, en nuestra locura, llegar a maldecir el nombre de Dios, ridiculizar su culto y sus manifestaciones, a tratar de refutar su existencia con teorías acerca del ascenso del Hombre desde el primate hasta el «homo sapiens». Podemos, incluso, llegar aún más lejos y anunciar la muerte de Dios y, todavía más, proclamar con insano orgullo que hemos sido nosotros quienes le hemos dado muerte... Y sin embargo, al final del día no nos queda sino caer de rodillas y rezar con total entrega: «¡Hágase tu voluntad!» sabiendo que Dios nos tiene destinado un fin maravilloso y creativo y que, al cumplirlo, participamos en su amor y gozamos de su creación.

Lleno de confusión el estudiante se encuentra, por primera vez en su vida buscando desesperadamente ayuda a su alrededor, y es

entonces cuando la palabra «Fe» surge en su mente. «¿Cómo puede conseguirse?», se pregunta. «¿Qué es la fe»? No es ciertamente, como muchos de sus coetáneos parecen pensar, una simple fórmula, un dispositivo o un ardid para creer lo increíble y conseguir una tranquilidad cómoda partiendo de premisas falsas o imaginarias. La fe es más bien, como el muchacho ha leído en la Epístola a los hebreos, «la sustancia de las cosas que se espera; la evidencia de lo que no se ve». En otras palabras, la fe es un modo especial de conocimiento, y el proceso para adquirirla es un modo especial de educación. Aunque hemos de aceptar la impenetrabilidad de la Nube de lo Incognoscible que se interpone ante nosotros entre el Tiempo y la Eternidad, que es nuestra verdadera morada, la fe nos proporciona una visión especial, una cierta entrada en el misterio que reside en el corazón de nuestra existencia terrenal. Nosotros no podemos resolver ese misterio, pero considerándolo como una parábola, y viéndolo alegóricamente expuesto en la escritura, podemos hacer conjeturas acerca de su significación, intentando adivinarla. ¡Y qué conjeturas o adivinaciones se han dado en la Historia! La catedral de Chartres, *El Rey Lear*, de Shakespeare, y el *Libro de Job*, *El Paraíso Perdido*, de Milton y la *Divina Comedia* de Dante, y la Capilla Sixtina, y los *Pensamientos*, de Pascal, y los *Songs of Innocence* y los *Songs of Experience** de Blake, y la *Missa solemnis* de Beethoven. En realidad, toda verdad expresada, todo pensamiento sincero y lúcido, toda nota armónica, cantada o interpretada: la risa, iluminando el camino entre la cabeza y el corazón, el amor humano en toda su diversidad, uniendo esposos y esposas, padres e hijos, abuelos y nietos, y haciendo de toda la humanidad una familia y de nuestro planeta su hogar: la tierra misma, con sus olores, sus formas, sus colores, y su amplitud y extensión en un universo cada vez más vasto en lo macroscópico y en lo microscópico; todo ello, visto con los ojos de la fe, se engloba en una unidad, compone una imagen de la realidad eterna.

Por supuesto —y casi no hace falta decirlo— cuando al final rebasamos la Nube de lo Incognoscible y se ha desentrañado el misterio, todas las adivinaciones anteriores, todas las suposiciones, comparadas con lo que entonces se nos revela, son como los garabatos de un niño antes de aprender a escribir. Para que nos podamos preparar para esta iluminación última y para animarnos entretanto; ¡llevar adecuadamente nuestra condición humana, se nos ha con-
«Cantos de inocencia», «Cantos de experiencia».

cedido la gran merced de la Encarnación, que la fe nos permite ver como un drama; una perfecta y completa expresión, en su totalidad, de todas las esperanzas que nuestra boca no acierta a pronunciar, de todas las convicciones que nuestra mente no puede formular. Acercarse al drama de la Encarnación simplemente como si se tratase de un hecho histórico es, digamos, como comparar o medir el César de Shakespeare con el de Plutarco; situar el hecho en un laboratorio para comprobarlo es tan absurdo como buscar en una fotografía instantánea de la salida del sol la visión de Blake del amanecer como ángeles subiendo y bajando por una escala entre el cielo y la tierra. En la Encarnación, Dios se ha situado en el ámbito de nuestra capacidad de comprensión: el propio Dios se convierte en su propia parábola que la fe, llena de admiración y humildad, puede elucidar.

Así es la fe, brotando de la inmortal semilla del amor, y propagándose cada vez más en nuevos brotes y madurando en frutos nuevos... constriñendo a la razón a aceptar los misterios, a la mano a trabajar, a los pies a correr, a la voz a dar testimonio de esos actos... que surgen de la fe, que ve el mundo invisible, y del amor que lo elige.

JOHN HENRY NEWMAN

Jean-Pierre de Causade insiste en que:

La fe es la luz del tiempo; solamente ella reconoce la verdad sin verla, toca lo que no puede sentir, considera este mundo como si no existiera, ve lo que no resulta aparente. Es la llave del misterio insondable y del conocimiento de Dios. La fe vence todas las fantasías de la falsedad; a través de la fe, Dios se revela y se manifiesta, desafiando a todas las cosas. La fe remueve el velo y descubre la verdad eterna. Dios habla, a través de toda la creación, a las almas a las que se les ha concedido la comprensión de la fe, y el universo se hace para ellas testimonio vivo que el dedo de Dios va trazando continuamente ante sus ojos, el registro de cada momento que pasa, como una escritura sagrada. Los libros sagrados, dictados por el Espíritu Santo, no son más que el principio de la guía divina para nosotros. Todo lo que sucede es una continuación de las Escrituras, y nos muestra y expone lo que no ha sido escrito. La fe explica lo uno a través de lo otro. Es una abstracción que presenta

la vasta extensión de la acción divina compendiada en las Escrituras y en la que las almas pueden descubrir la clave de todos los misterios... La fe es vivida en su plenitud precisamente cuando las apariencias sensibles la contradicen y amenazan destruirla aparentemente... Tan bueno es encontrar a Dios en los acontecimientos triviales y ordinarios como en los grandes: esto significa que no se posee una fe ordinaria, sino extraordinaria. ¡Qué maravillosa paz se *alcanza* cuando se ha aprendido por la fe a ver a Dios en este camino, que pasa por las criaturas como a través de un velo transparente! La oscuridad entonces se convierte en luz y la amargura se torna dulce... No hay nada que la fe no pueda penetrar y conseguir. Atraviesa la oscuridad y por densas que sean las sombras, las traspasa llegando a la verdad, a la que finalmente se abraza y de la cual ya no se separa jamás.

El estilo que prevalece en el Selwyn College es el Anglo-Católico con propensión a llamar «Padre» a los clérigos, a quemar incienso, a llevar birretes y, en general, a emular el rito romano. Muchos de los ordenandos son ex militares que sirvieron en las trincheras, con recuerdos muy vivos de capellanes famosos en la guerra. Entre los ordenandos anglo-católicos el que más impresión causa al Estudiante es Alee Vidler, que cursa el cuarto año y pronto será ordenado. Buen deportista, con un «sobresaliente» en teología, es verdaderamente una figura destacada en el College. Para gran sorpresa y satisfacción del estudiante, él y Vidler llegaron a ser amigos a pesar de la diferencia de edad, de estudios, de aptitud para el deporte y de la respectiva posición en el College. Una amistad que durará a lo largo de la vida de ambos, de tal manera que ahora, octogenarios, la amistad sigue tan profunda como el primer día.

Esta amistad con Vidler y su relación con el círculo anglo-católico en que aquél se mueve, hace que el estudiante tome contacto con la Iglesia entendida no como una santa y, a veces, absurda reliquia del pasado, sino como manifestación viva y permanente del Espíritu Santo. Arrodillado ante el Santísimo, el estudiante ora mucho tiempo y profundamente en demanda de un signo, de una visión que le anticipe de algún modo la contemplación de la Eternidad. Pero no ocurre nada: no le es concedido el signo que pide y ha de resignarse a buscar lo sobrenatural en lo natural y la Eternidad en el Tiempo. A través de su amistad con Vidler, el estudiante tiene ocasión de

visitar el Oratorio, la residencia de la Orden Anglicana del Buen Pastor, integrada por clérigos ordenados que ejercen en la parroquia las tareas sacerdotales a la vez que cumplen sus votos —los clásicos votos de castidad, pobreza y obediencia— y que con frecuencia se reúnen en retiros espirituales. En dos ocasiones, durante la estancia del estudiante en Cambridge, estuvo en la sede del Oratorio, en períodos que constituyeron para él momentos de inusual placidez, en los que los días pasan suavemente, marcados solamente por los oficios diarios y la realización de algunas tareas, que incluyen por ejemplo, ayudar a la Eucaristía matutina, tocar el Ángelus, trabajar en el jardín con el padre Wilfred Knot, un santo varón, hermano de otros tres personajes muy conocidos: Evoc, director de *Punch*, Ronnie, converso al Catolicismo, buen poeta y gran señor; y Dilly, un experto en mensajes cifrados de gran reputación en las dos Guerras mundiales.

La sensación de bienestar del Estudiante durante sus estancias en el Oratorio y la edificación que siente en las ceremonias de culto celebradas en la pequeña capilla, le hacen pensar si no tendrá vocación religiosa. Y entonces, como otras veces, después, en su vida, se da cuenta de que el camino de la abstinencia es causa de la felicidad y que la autoindulgencia, especialmente en lo sexual, es origen de tristeza y remordimiento. ¡Qué alegría dejar a un lado la ambición, la lujuria, las solicitudes imperiosas del ego! ¡Qué miseria sucumbir a todo ello!

I
Tuning of my Breast

*Yet take Thy way, for sure Thy way is best;
Stretch or contract me, Thy poor debtor:
This is by tuning of my breast,
To make the music better*.*

GEORGE HERBERT

De repente el estudiante se siente invadido por una inexplicable alegría, una gran paz, una jubilosa iluminación, una inmersión total en el amor universal de Dios, y vive como en éxtasis. Si mira a la ventana, ve a través de ella el paraíso; si está junto a otros seres

* Sin embargo, tomo tu camino, seguro de que tu camino es el mejor / ensánchalo o estréchalo para mí, pobre deudor tuyo: / lo que deseo es afinar mi pecho, / para componer una música mejor.

humanos, los ve como si fuesen ángeles; si cierra los ojos y se sume en meditación, flota más allá de su existencia física y de sus deseos, más allá de sus plegarias y sus devociones, y se encuentra cerca de algo inefable, cerca de una verdad última, respirando el perfume del amor de Dios y gozando en los mismos aledaños del Cielo, de tal modo que cuando sus puertas se abren y se cierran llegan hasta el estudiante gloriosas ráfagas de armonías celestiales.

No son infrecuentes los casos en que un hombre pierda de repente el sabor de las cosas mundanas, el gusto por ellas. Bunyan, Tolstoi, Mahoma, Wesley e innumerables otras personas han pasado por esta experiencia. En todas las ocasiones el proceso es el mismo: aquellas cosas que se supone producen placer (riquezas, sensualidad, éxito, etc.) pierden su sabor y se hacen insignificantes, se convierten en algo absolutamente inane. Aparece después la sed de eternidad, esa terrible sed que no se extingue sino con aquello que es inalcanzable. Llamam a Dios o se duelen de sí mismos, y desean ardientemente la soledad; en ella, la Eternidad aparece algo menos remota que entre las solicitudes del mundo. A veces caen en el camino y entonces se encuentran más perdidos que antes, pero si a pesar de todo perseveran en su lucha consiguen ser escuchados. El peligro es que este logro les da un cierto poder y el poder es la mayor trampa de todas las que pueden aparecer. Cristo murió para escapar al poder, Mahoma vivió para ejercerlo: El poder es terrible en todas sus manifestaciones: la voz se eleva; la mano ansia poseer; los ojos estallan brillantes de apetito. Yo salté sobre otro cuerpo trémulo de pasión y después me inundó la placidez anhelando a Dios, igual que un soldado descansa exhausto tras la batalla, pero solamente para restaurar fuerzas y seguir luchando. No hay, en absoluto, otra paz que la consideración de las cosas por encima del tiempo y más allá, en la Eternidad, como cuando contemplamos desde la cima de una montaña el paisaje de un horizonte infinito.

¡Qué cosa tan extraña! A pesar de que el estudiante tiene plena conciencia de la mascarada que supone su vida ordinaria, la tiene también, y plenamente, de una realidad estupenda, de una abrumadora verdad que se sobrepone evidentemente a la trivialidad de todos los argumentos y opiniones; una potente luz que ahuyenta la oscuridad y empequeñece las pequeñas lucecitas humanas que la decoran. Así, pegado a la tierra, es transportado al cielo; en ve/

de limitarse a celebrar, simplemente, la Encarnación, el Nacimiento y la Resurrección de Jesús, regocijándose con ellos, y doliéndose de la muerte brutal del Señor, se siente partícipe de todo ello. Y como tal, comprueba por vez primera que Dios, al hacerse hombre, se humilla hasta los hombres para que éstos puedan relacionarse plenamente con Él. Asimismo, se da cuenta de que la Cruz, que en sí misma es un objeto de horror, se convierte, a causa de su papel en la Encarnación, en un símbolo de todo lo que en la vida humana hay de más pleno y creativo. Asumida por el apóstol Pablo en un Imperio romano decadente, la Cruz crea una Cristiandad a lo largo de dos mil años; en las manos del moribundo embellece la muerte; como señala el pastor Bonhoeffer, la cruz es un principio más que un fin; enseña a todo el que tiene ojos para ver y oídos para oír que en el sufrimiento podemos aprender y vivir, en tanto que si el sufrimiento fuese eliminado de la experiencia vital, como algunas mentes de nuestro siglo han considerado posible, lejos de realzar nuestra existencia humana la convertiría en algo fútil e insoportable. Lo que llama la atención del estudiante son las «extravagancias» de la fe: las frases del Nuevo Testamento acerca de la sabiduría de Dios traduciendo en locuras humanas, la felicidad de san Francisco de Asís tendiéndose desnudo sobre la desnuda tierra, la extraña visión de Blake en su *Marriage of Heaven and Hell**. Al considerar el insondable abismo que se tiende entre su certeza de que todo lo que los seres humanos tratan de conseguir es inadecuado y hasta ridículo en ocasiones, y la de que cada instante de cada día está lleno de encanto y es infinitamente precioso; de que el amor humano es la más cercana imagen que nos ha sido concedida del amor de Dios irradiando a todo el universo; de que, realmente, en cada grano de arena se encierra un verdadero mundo que espera ser explorado, como los geólogos exploran la antigüedad de los fósiles a través de sus restos, y los astronautas el espacio exterior; al considerar este abismo, al adentrarse en su vastedad hasta extremos que rayan con la locura, hasta extremos casi esquizofrénicos, el estudiante llega a la conclusión de que existe un punto frágil, oscilante, entre los aspectos que se presentan como contradictorios. Y que este punto, esta reconciliación entre la negra desesperanza que significan nuestras ataduras al pequeño torreón de nuestro yo y el vuelo hacia la radiante y blanca luz del amor universal de Dios, este puente, no es

* «Matrimonio del Cielo y el Infierno».

sino la Encarnación, cuya verdad colma todas nuestras desesperadas necesidades.

Nuestra hambre física nos lleva a saber qué es el pan; nuestra hambre espiritual nos lleva a conocer a Cristo.

El más divino conocimiento de Dios es aquel en que lo conocemos como incognoscible... Por una vez los hombres piensan humildemente que sus mentes son incapaces de abarcar una tal verdad, a menos que su pensamiento sea confirmado por la Escritura y los doctores de la Iglesia, y ahora se cambia en curiosidad y amplitud de conocimiento... Esta «nada» y este «en ningún sitio» no son ni más ni menos que la divina Nube de lo Incognoscible; comparémoslos con este «en todas partes» y este «todo»... La imaginación es una facultad a través de la cual poseemos las imágenes de todas las cosas presentes y ausentes... Antes de que el hombre pecara, la imaginación era tan obediente a la razón —de la que era servidora— que nunca facilitaba imágenes desordenadas de ninguna criatura corporal; pero ahora no ocurre así. Pues a menos que sea reprimida por la luz de la gracia actuando sobre la razón, jamás cesa, en el sueño o en la vigilia, de presentar imágenes desordenadas de criaturas corporales, e incluso fantasías, que no son otra cosa que versiones o envoltorios corporales de cosas fantasmales. Y son siempre fingidas y falsas, y muy cercanas al error.

Cloud of Unknowing
(La nube de lo Desconocido)

El estudiante guarda para sí su vida espiritual como un secreto y en lo exterior cae en los alegres modos y modas de la posguerra. A veces bebe más de la cuenta, jactándose de imaginarias aventuras amorosas, entrampándose, refunfuñando sobre la asistencia obligatoria a la capilla, tomando parte en juegos de azar, con poco éxito por cierto, y descuidando sus estudios en el grupo de las Ciencias Naturales que comprende Física, Química y Zoología, materias que siempre le interesaron escasamente. Al volver la vista atrás, todo lo que puede recordar es la disección de un pequeño escualo, aunque nunca supo exactamente para qué. "Y lo que no es menos importante, a veces se las arregla para pasar, «raspando», un grado; la verdad es que en aquellos días era casi imposible suspender totalmente.

A pesar de la deshilvanada naturaleza de sus estudios, estos sirvieron para dar al estudiante unas vagas nociones de la ciencia como una especie de religión sustitutiva y rival del Cristianismo, firmemente atrincherada en la estructura de la tecnología y la enseñanza contemporáneas. Una Ciencia cristiana con pretensiones de ir más allá de lo que Mary Baker Eddy pensaba y creía. Así por ejemplo, junto a la teoría evolucionista de Darwin se sitúa la noción de progreso social total, de manera semejante a como, a través de la selección natural, las formas más primitivas han ido progresando hacia las más complejas —desde el escalón de los primeros hasta Bertrand Russell— y creando con ello un clima de utópicas esperanzas que, sin embargo, contiene en su seno la semilla de su propia disolución,

Pascal, una de las mentes científicas más brillantes de su tiempo, llegó a darse cuenta de que en cuanto búsqueda, la Ciencia es un «cul de sac» resultante del destronamiento de Dios y su sustitución por los hombres, hasta el punto de que estos llegan a considerarse los señores de la Creación, lo que les lleva a la locura o les hace sumirse en la mera animalidad. Blake, por su parte, con su estilo pintoresco, percibió que la llamada Ilustración era realmente un oscurecimiento del espíritu y escribió en un ejemplar de los *Ensayos* de Bacon —un precursor de Huxley— esta opinión: «Buen consejo para el Reino de Satán». Igualmente, de manera confusa, el estudiante se siente profundamente desilusionado con los libros de ciencia y cuando, casualmente, un clérigo evangélico de rostro amable y abierto, le ofrece una plaza de profesor en un colegio recientemente fundado en el sur de la India, la acepta.

Es vano, oh hombres, que busquéis en vosotros mismos la solución a vuestras miserias. Vuestro interior sólo os conduce al conocimiento de que no es en vosotros donde encontraréis la verdad y el bien. Esto es lo que os han prometido los filósofos, y no han sido capaces de mantener o de cumplir su promesa... Vuestros principales males son el orgullo, que os separa de Dios; la sensualidad, que, os liga a la tierra, y aquellos no han hecho sino alimentar alguno de estos dos males... Si os han dado a Dios como objeto, ha sido únicamente para halagar vuestro orgullo y haceros pensar que sois como Él y os asemejáis a Él por naturaleza. Y los mismos que han fomentado la vanidad de una pretensión como esa son los que os han empujado a

otro abismo, haciéndonos creer que vuestra naturaleza es la misma que la de las bestias del campo, y os han impulsado a buscar vuestro bien en el deseo, que es la suerte de los animales.

PASCAL

En nuestros días, todo lo que hay de más retrógrado en el espíritu de la religión se ha refugiado sobre todo en la ciencia. Una ciencia como la nuestra, esencialmente cerrada a los legos y por consiguiente, a los propios científicos —en tanto que cada uno de ellos es un lego fuera de su propia especialización— es la teología de una sociedad cada vez más burocratizada. «El secreto, el misterio, es, por todas partes, el alma de la burocracia» escribía el joven Marx, y el misterio está fundado en la especialización. El misterio es la condición de todo privilegio y, en consecuencia, de toda opresión, y es, precisamente, en la ciencia, la destructora de ídolos, la destructora del misterio, donde el misterio ha encontrado su último refugio.

SIMONEWEIL

*Mock on, Mock on, Voltaire, Rousseau:
Mock on, Mock on, tis all in vain!
You throw the sana against the wind,
And the wind blows it back again. **

BLAKE

Antes de abandonar Cambridge, el estudiante —ahora ya un graduado— conoce a Kitty Dobbs, hermana de un compañero con el que durante un tiempo compartió la habitación. Este encuentro resultó ser uno de esos encuentros pertenecientes al Siempre más que al Ahora. Después de conocer a Kitty no puede imaginar que hubiese habido un tiempo en que no la conocía y, asimismo, desde aquel momento, no puede imaginar un futuro sin ella. Tal es el amor en su verdadera dimensión: un lazo en el «Golden String» de Blake, un recordatorio permanente de que, aunque habitemos en el Tiempo, nuestro verdadero lugar es la Eternidad.

* Mofaros mofaros, Voltaire, Rousseau: / mofaros, mofaros; ¡todo es en vano! / Arrojáis la arena contra el viento / y el viento os lo devuelve.

*But as several souls contain
Mixture of things they know not what,
Love these mix'd souls doth mix again,
And makes both one, each this, and that.
A single violet transplant,
The strength, the colour, and the size
All which before was poor and scant
Redoubles still and multiplies.
When love with one another so
Interanimates two souls
That abler soul, which thence doth flow,
Defect of loneliness controls.
We, then, who are this new soul, know,
Of what we are composed, and made,
For th'atomies of which we grow
Are souls, whom no change can invade. **

JOHN DONNE

* Mas así como muchas almas contienen / mezcla de cosas que no conocen, / el amor mezcla de nuevo esas mezcladas almas / y hace de las dos una sola. / Si trasplanta una sencilla violeta, / la fuerza, el color, el tamaño, / todo lo que antes fue pobre y limitado / se refuerza y multiplica. / Cuando el amor de dos seres / interanima dos almas / hace más capaz al alma, que desde entonces se desborda, / liberada de la soledad. / Nosotros, entonces, que somos esta nueva alma, sabemos / de qué estamos compuestos, / porque los átomos que nos hacen crecer / son almas, a las que ningún cambio afecta.

6. EL MAESTRO

El mes de diciembre de 1924 el maestro se embarca rumbo a Colombo, en Ceilán —hoy Shri Lanka— y desde allí viaja hasta Alwaye, en lo que era entonces el estado de Travancore (hoy Kerala). Sus compañeros de viaje parecían amistosos y agradables, pero a medida que pasaban las jornadas de travesía, el maestro se percibe de que iban cambiando progresivamente en sus actitudes, haciéndose cada vez más circunspectos y reservados; si solicitan algo de los camareros del bar lo hacen con tono más autoritario, y cosas por el estilo. Cuando el navio llega al Canal de Suez y la temperatura ambiente asciende notoriamente empiezan a aparecer los «toppees», sombreros de casco hechos de médula, característicos de las colonias; los hombres se visten de blanco y las damas se ponen sus vestidos de verano: aparecían todos los síntomas del Raj* mientras el buque iba poco a poco acercándose a la India. Los «toppees», considerados piezas esenciales para protegerse del sol de aquellas latitudes, son el sello distintivo del auténtico «sahib»**. Cuando

* Reino o Soberanía, y hace referenaa al Imperio Británico.

** «Señor», «Amo», en hindi; palabra usada especialmente entre hindús y musulmanes en la India colonial para dirigirse a un europeo de determinado status social u oficial.

unos veinticinco años después, el Raj llegó a su fin, desaparecieron también los «toppies» de la noche a la mañana.

Por este tiempo, el maestro es definitivamente un adulto que fuma en pipa y mira lascivamente a las mujeres. En el barco, su posición social es un tanto anómala; posee las credenciales requeridas para ser considerado como un sahib, pero comparte su camarote con un clérigo indio de Travancore, el Rvdo. C. K. Jacob, lo que supone una situación considerada por la mayor parte de los pasajeros al menos como equívoca, si no errónea, y le coloca en la posición del misionero o «blanco pobre», distinta, dentro de las convenciones del Raj, del auténtico «sahib». Desde el punto de vista del maestro, la única desagradable consecuencia de compartir el camarote con el Rvdo. Jacob es que se ve obligado a colocarse junto a él en el comedor del barco y pasear por cubierta en su compañía para que no pueda sentirse rechazado o aislado, y a decir verdad, su compañía casi permanente resulta bastante tediosa. El Reverendo es, de hecho, una especie de parodia de un clérigo convencional del viejo estilo. En el mismo orden de cosas, y como el maestro supo después, los oficiales indios son parodias del modelo de Sandhurst, y los estudiantes y miembros de las universidades indias, parodias de los prototipos de Oxford y Cambridge. La peor consecuencia del imperialismo —o colonialismo—, tal como va a comprobar el maestro, es que los subditos tienden a copiar miméticamente a sus amos. Seguramente, los antiguos bretones vistieron togas hechas a mano, totalmente inapropiadas para su entorno, y conducían destartalados carros imitando a los de los conquistadores.

El maestro se va concienciando de esta peculiar relación entre un pueblo dominado y sus amos, sobre todo en la última parte de su viaje en tren, en autobús y en barco desde Colombo a Alwaye, cuando se siente un auténtico «sahib» al haber dejado la compañía del Rvdo. Jacob. Al ser blanco e inglés, y por lo mismo objeto del respeto que ello comporta, encuentra, por ejemplo, que en las colas le dejan pasar sin esperar turno, que hay asientos reservados para él, y otros pequeños detalles semejantes. En el propio Union Christian College es más un objeto de curiosidad que de menosprecio. Más adelante empieza a ser tratado con indiferencia, sobre todo porque pronto adopta las vestiduras indias: una camisa y un «dhoti»* hechos de «kadi», una tela tejida en casa, y que es el uniforme de los seguidores de Gandhi. Mas a pesar de todo ello, sigue siendo

* Túnica larga

un sahib, si bien un tanto extraño. Pertenece al Raj, no a la India, y la principal fuente del Raj es precisamente el poder.

Así, el maestro empieza a tener conciencia del poder y del lugar que ocupa en la existencia terrena como jamás lo había tenido antes. Se da cuenta de que el poder es lo que su padre y los amigos de éste habían estado buscando denodadamente para traer a la tierra el deseado milenio socialista. Asimismo, el Imperio Británico, sobre el que jamás se ponía el sol, con la India como la joya más brillante de la corona de la Reina Victoria ha sido conseguido por el poder —o por la fuerza— y se mantiene por el poder. Poder es lo que Lenin busca y obtiene para crear la dictadura del proletariado, primero en Rusia, y después, según sus propósitos, en el mundo entero. En todas estas empresas, el principal ingrediente es el poder. En contraste con ello, Jesús proclamó su Reino como la antítesis del poder, como el reinado del amor. Pilatos, Herodes, y el Sanhedrin, actuaban y operaban en términos de poder, y asimismo, en una escala muchísimo mayor, César. Pero Jesús desdeñó el poder; lo despreció; buscó la sabiduría en los niños y escogió a sus discípulos entre los pescadores. Y lo notable es que a quien se recuerda es a Cristo y no a los poderosos de su tiempo, y que el nombre de Jesús ha designado y caracterizado dos mil años de historia: la Cristiandad. Y que el nacimiento, ministerio, muerte y resurrección de Cristo han sido la fuente inspiradora de los más grandes artistas: escritores, compositores, arquitectos. Sin ningún poder, ha sido Todopoderoso; los demás, detentando el poder, han pasado como luciérnagas, brillando un momento y desapareciendo después.

El Maestro encuentra en el Unión Christian College un lugar adecuado para meditar sobre esas materias. Aunque sus edificaciones no están acabadas, son perfectamente aptas, enclavadas en un paraje bastante aislado, una colina desnuda que desciende hasta el río Perriar, al que el maestro baja a andar un rato cada mañana. El Raj parece estar muy lejos, su representante más próximo es el Residente, en Cochin Bay. En este mismo lugar hay una sinagoga y a él acude una variopinta multitud de comerciantes extranjeros.

No de un modo muy concreto, pero sí en el fondo de su mente y de su alma aparece la necesidad de elegir: ¿poder o amor?, ¿vida cómoda o santidad?, ¿camaradas o amigos? En realidad, la elección está hecha sin reservas de ninguna clase, y está hecha en favor del amor, de la santidad de vida, de hermandad con la familia humana de Dios, más bien que de camaradería en las causas puramente

humanas. Elección que, si bien está tomada en el fondo, queda enterrada bajo un confuso montón de viejos pensamientos, de añejas agudezas, de apetitos satisfechos y de otras basuras semejantes. Sin embargo, la elección permanece allí, en el fondo, firme.

En situación semejante, Jesús se marchó al desierto y allí estuvo sujeto a las tentaciones de Satán, especialmente buscadas para su persona. Las tres tentaciones del demonio pedían milagros que pusieran de manifiesto el poder de Jesús: que las piedras se convirtieran en pan, con lo que Jesús se mostraría como un benefactor; que se lanzara desde lo alto del Templo sin sufrir daño, lo que le daría la celebridad: que aceptase el dominio de todos los reinos de este mundo, lo que le convertiría en dictador universal. Jesús rechaza todas estas ofertas porque todas ellas no son otra cosa que manifestaciones de poder. Y en su ministerio de amor cumplirá el destino preparado para sí mismo: morir en una cruz para que una nueva ola de creatividad se extienda por el mundo, junto con un nuevo brote de amor.

*The strongest poison ever known
Came from Caesar's laurel crown**

BLAKE

Yo, capitán de una legión romana, sirviendo en el desierto de Libia, he aprendido y ponderado esta verdad: «En la vida sólo hay dos cosas que merezcan la pena: Amor y Poder, y nadie posee las dos a la vez».

Inscripción en el desierto de Libia

Sois los ministros de un rey que no puede abdicar porque no ha sido entronizado por los votos de los hombres. Los hombres no pusieron la corona en su cabeza, los hombres no podrán arrebátársela. Todo parece después de un tiempo: los tronos caen, las coronas reales yacen en el fango...

* El veneno más fuerte jamás conocido / procede de la corona de laurel del César.

Sólo el reino de Cristo permanece... porque está garantizado por la palabra Dios.

Alocución de Mons. Irurita, Arzobispo de Barcelona, con ocasión del advenimiento de la República, en abril de 1931.

Monseñor Irurita fue asesinado durante la Guerra Civil española.

Coincidiendo con esta situación anímica del maestro, se produce la visita de Gandhi al College. El maestro está entre los que van a esperarle a la estación del ferrocarril, mezclándose con la gran multitud que aguarda para dar la bienvenida y limpiar el polvo de sus pies. La mayor parte de los congregados son gente muy pobre, que ha debido recorrer un largo camino por senderos ásperos para estar presentes en el momento. Hay también un grupo de intocables, aislados del resto de los que esperan para no contaminarlos.

Cuando el tren se detiene en la estación desciende de un vagón de tercera clase la menuda figura de Gandhi, con su habitual vestimenta, mostrando su aire a la vez amistoso e insignificante, pero apareciendo ante los ojos de aquella multitud como un Mahatma, como un rayo de luz descendiendo de la altura, que viene a visitarles.

En el College, Gandhi habla a los estudiantes de la no-violencia, instándoles a no dar cabida en ellos a la hostilidad ni al odio, diciéndoles que deben tejer sus propios vestidos por los procedimientos tradicionales en lugar de llevar telas fabricadas por medios industriales. Sus pensamientos y proyectos se derivan no de la literatura revolucionaria, sino del *Bhagavad-Gita*, del Nuevo Testamento y de las *Confesiones* de León Tolstoi; sus «gurús» no son Carlos Marx o Subhas Chandra Bose sino más bien encajan en el estilo de Tolstoi, de Mrs. Besant y del Rvdo. C. F. Andrews.

Sin embargo, cuando por fin, y gracias en gran medida a los esfuerzos de Gandhi, la India se desgajó del Imperio Británico, se produjo una orgía de violencia y odio que contristó enormemente al Mahatma. Esto es un claro ejemplo, uno más, del proceso que se produce tantas veces: cuando los poderosos son depuestos de su trono por los humildes, éstos a su vez se convierten en poderosos y dominadores. Los sahibs morenos tomaron ahora la revancha sobre los sahibs blancos.

Estas lecciones las aprenderá el maestro a su debido tiempo; por ahora vive el momento como espectador de la independencia de la India, celebra el final del Raj como una bendición y se considera a

sí mismo como un pequeño Garibaldi avivando las llamas del descontento y la rebelión. El aspecto menos gratificante de su vida en Always lo constituye precisamente la docencia, las clases. La materia a su cargo es literatura inglesa, que expone ante los alumnos con ayuda de pizarra y tiza. Los estudiantes, en realidad, tienen una noción muy vaga de aquello de que el maestro les habla y se contentan con memorizar lo que se les dice lo mejor que pueden con el único propósito de regurgitarlas en el momento del examen. En alguna ocasión, el maestro oye a los alumnos repitiendo lo que él les ha dicho una y otra vez, como si estuviesen musitando una interminable «mantra» sin sentido. Y se siente confortado suponiendo que esto responde al peculiar modo de ser de la India en donde, gracias al Raj, el inglés es el idioma de la educación y la cultura por encima de cualquier lengua vernácula. Más tarde, sin embargo, comprueba que la situación de la India en este aspecto no es más que una versión extrema de un modelo universal: la prosecución de un conocimiento sin referencia alguna a la verdad y a la realidad, que es lo único que le confiere validez.

Aunque la gente no tiene hoy día conciencia de ello, el desarrollo de la facultad de atención constituye el verdadero objeto y casi el único interés de los estudios. Dejando aparte la creencia religiosa, siempre que un ser humano ha conseguido un esfuerzo de atención con la única idea de aumentar su comprensión de la verdad, adquiere una mayor aptitud para conseguirlo, incluso aunque sus esfuerzos no produzcan fruto visible. El otro verdadero propósito de los estudios académicos, de la educación, es inculcar la humildad, no como una virtud, *sino* como condición de la virtud. Desde este punto de vista, posiblemente resulta más útil considerar nuestra estupidez que nuestro pecado. Los estudios están más cerca de Dios a causa de la atención, que es su alma.

SIMONE WEIL

Es en la India donde el maestro se da cuenta profunda de que hay dos niveles de consciencia que él torpemente especifica de varias maneras como Vida y Leyenda, Imaginación y Voluntad, Realidad y Fantasía, Cielo e Infierno. Cuando ha hecho estas distinciones parece como si toda la creación colocase ante él parábolas para demostrarlas. Y así, por ejemplo cuando en una clase, ante la

pizarra, profiere banalidades enmascaradas como enseñanza, escucha desde un cercano campo de arroz las voces de los hombres y mujeres que acompañan su trabajo con cánticos, inclinados sobre la tierra mientras cumplen su tarea. Sus canciones son tan impresionantes —como podría serlo el *Credo* de una Misa cantada— que la lección de literatura inglesa muere en los labios del maestro. Lo mismo ocurre cuando, durante sus paseos vespertinos, en lugar de producirse un crepúsculo lento y prolongado, la oscuridad se abate de repente, igual que cuando cae el telón sobre la representación acabada. Entonces comienzan a surgir, una tras otra, las lucecitas del interior de las viviendas o de los hombres que caminan por las calles con antorchas caseras en sus manos, como gusanos de luz. El efecto total es como si la Naturaleza tuviese su propia liturgia: el *Credo*, en los campos de arroz; por la noche, el Oficio de Tinieblas.

Al amanecer, cuando un mundo aun fantasmal está comenzando a despertarse, el maestro marcha a su baño matutino; cuando se baña de noche, en el agua iluminada por la luna, es como si se bañase en la propia luz. Y entre estos dos extremos el polvoriento y ruidoso día. ¿Cómo encontrar los elementos de continuidad entre estos extremos, el «Golden String» de Blake?

¿Cómo encajar las piezas de este rompecabezas cósmico, los fugaces momentos de una vida en el contexto de la Eternidad, el diminuto planeta Tierra en el conjunto del Universo? Un Dios amoroso al que no se oculta la caída al suelo de un humilde gorrioncillo y que conoce todos los cabellos de nuestra cabeza y la salvaje, feroz secuencia de la humanidad: civilizaciones que nacen y desaparecen dejando tras de ellas rastros para los arqueólogos: guerras ganadas y perdidas; filósofos que hoy son creídos y mañana despreciados y olvidados; creencias de hoy que mañana son tenidas por locuras; héroes de hoy que mañana son considerados villanos o idiotas; torres de Babel cuya construcción dura eternamente y que jamás se acaban. Todos estos pensamientos rondan por la mente del maestro durante una larga vocación, mientras marcha por las Colinas de Nilgiri, sin más compañero que un mulo que porta la tienda, el equipaje y unos cuantos libros, subiendo a las cumbres para encontrarse con otras más altas detrás; viendo a veces allá abajo hormigueantes y caliginosos paisajes que podrían ser los reinos del mundo desplegados por Satán para tentar a Jesús. En este caso lo que el maestro contempla es el Raj, aparentemente en pleno esplendor, pero en realidad en su fase final, decrepito, y próximo a su desaparición.

La perfección no es otra cosa que la fiel cooperación del alma con el trabajo de Dios, y se inicia, crece y se consuma secretamente en nuestras almas, sin que nos demos cuenta de ello.

Lo mejor de todo para el alma es lo que Dios quiere en este momento particular, y todo lo demás debe ser considerado por el alma con perfecta indiferencia, como si no significase nada en absoluto.

Todo lo que vemos es mentira y vanidad; la verdad de las cosas está en Dios. ¡Qué diferencia entre las ideas de Dios y nuestras ilusiones!

Todo lo que sucede en el mundo no tiene otro objeto que el bien de las almas perfectamente sometidas a la voluntad de Dios.

No hay orden alguno aparte del orden de Dios.

Al no encontrar en las cosas más que decepción y nihilidad, el alma se ve obligada a recurrir al mismo Dios y a contentarse con Él.

JEAN-PIERRE DE CAUSSADE

En realidad, el maestro conoce la respuesta, pero rehusa aceptarla, y tiene que silenciar la voz interior que le dice que la respuesta es, en una palabra, la Palabra, el Verbo de Dios Todopoderoso: «mientras todo está en el más profundo silencio y la noche está en la mitad de su curso descendida del Cielo desde Tu trono real». La Palabra con la que empezó todo, que hizo morada entre nosotros, llena de gracia y de verdad. La Palabra que está escrita en toda verdad, que es pronunciada en toda sabiduría, realizada en cada

vivir auténtico, que suena en el primer grito de un recién nacido y en el último estertor de la muerte; que, incorporada en la «Fearful Symmetry», no nos atrevemos a reconocer, y no osamos declarar sus sublimes paradojas: que los niños entienden lo que los sabios han olvidado; que debemos aborrecer nuestra vida en este mundo para conseguir un lugar en el otro; que son los sencillos, y no los arrogantes, los que heredarán la tierra, y los simples, y no los sabios, los que entenderán sus desvarios.

El maestro que no tiene nada que enseñar sigue su camino, seguido pacientemente de su mulo, cargado con los libros que el maestro nunca leerá.

De vuelta a Inglaterra después de su período en la India, el maestro encuentra un empleo como profesor sustituto en Birmingham y allí se aloja en una residencia de clérigos con su amigo Alee Vidler. Nuevamente, como en sus días de estudiante, asiste a las ceremonias del culto, recita las plegarias litúrgicas y vive en una atmósfera clerical. Por entonces, él y Kitty Dobs han contraído matrimonio civil, entendiéndolo su unión como una transacción, como un simple acuerdo entre socios, cancelable por cualquiera de las dos partes en cualquier momento. (Escribo estas líneas unos sesenta años después, dando infinitas gracias a Dios porque en su misericordia ha permitido que una planta tan débil, nacida en un suelo tan árido, haya crecido hasta convertirse en un árbol profundamente arraigado, tan robusto y fértil como mi matrimonio con Kitty, los hijos que han nacido de él y la vida que hemos compartido juntos.)

En los primeros años de su matrimonio, el maestro es, simplemente, feliz; descubre que la felicidad que se nos da es tan distinta de la que buscamos como el perfume sintético lo es de la fragancia de las flores de primavera. De todos los propósitos que se plantea la humanidad, el más desastroso es, sin duda, la «búsqueda de la felicidad», inscrita en la «Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América» junto con «la vida y la libertad como derechos inalienables», casi accidentalmente, en el último momento. «La felicidad —escribe el maestro— es como un cervatillo, veloz y bello; apresadlo y se convierte en una pobre y frenética pieza de caza; muerto, no es más que un trozo de carne maloliente.»

La verdadera felicidad, concluye el maestro, reside en el olvido

y no en la indulgencia del propio yo; en el rechazo de los apetitos sensuales, no en su satisfacción. Vivimos en una estrecha y oscura prisión y eso es todo lo que vemos y conocemos si nuestra mirada se dirige hacia abajo. Salir de ese estado, tener conciencia del amplio y luminoso universo exterior: esto es verdaderamente la felicidad. Al nivel más alto, la felicidad es el éxtasis que los místicos han intentado describir. A niveles menos elevados, es el amor humano: las delicias y bellezas de nuestra querida tierra, sus colores, formas y sonidos, el encanto de comprender y de reír, y de ejercitar las facultades que el hombre posee; la maravilla del significado de todas las cosas, vacilantemente entrevisto, inadecuadamente expuesto, pero siempre presente. Tal es la verdadera felicidad que existe, intangible, en toda verdadera respuesta a la vida, y ausente en toda respuesta falsa. Propuesta a lo largo de los siglos en toda palabra interesante, pensada y escrita. Manifestada en el arte y en la literatura, en sonoros recitales de órgano y en delicadas melodías, en todo lo que hay de armonioso y en la inacabable dedicación y heroísmo del hombre imperfecto que busca la perfección.

Atrapados en la inquietud e intranquilidad de la época, y tras algunos meses de vida matrimonial, el maestro y su esposa aparecen a orillas del Nilo en el Alto Egipto; después, en El Cairo, donde el maestro es lector de literatura inglesa en la Universidad egipcia. Sus obligaciones no son demasiado pesadas y dispone de mucho tiempo y oportunidades para atender a la escena política. Así, asimila el movimiento nacionalista egipcio (Wafd) con el indio (Swarai), y al líder egipcio, Nahas Pacha, con el Mahatma Gandhi, al «effendi» egipcio con el «babus» indio; al «felahim» egipcio con el «ryots» indio. Detecta —como antes lo hizo en la India— una apasionada tendencia en favor del sufragio universal, en favor de la democracia basada en «un hombre, un voto». Con esta experiencia directa, el maestro describe la lucha que se produce entre los Pachas y los Beys, dormitando sobre sus pipas de agua* y las azacaneadas masas, en tanto que la situación se controla y mantiene por el Alto Comisionado Británico y sus tropas, cuyos oficiales, sin embargo, muestran una marcada preferencia por los Pachas y los Beys. Entonces, y siguiendo un impulso, el maestro envía un análisis de la situación al *Manchester Guardian* que, con gran satisfacción para él, lo acepta y le pide que siga enviando colaboraciones.

* Probablemente el autor ha querido hacer aquí un juego de palabras, ya que «hubble-bubble» significa también «conmoción».

En El Cairo nace su primer hijo, un varón. Contemplando esta tierna criatura recién llegada al mundo y a su agotada y feliz madre, el maestro experimenta en sí una sensación de la gloria de la vida como jamás la había sentido antes.

*My mother groaned, my father wept;
Into the dangerous world I leapt,
Helpless, naked, piping loud;
Like a fiend hid in a doud.*

*Struggling in my father's hand,
Striving against my swaddling bañas,
Bound and weary I thought best
To sulk upon my mother s breast**

BLAKE

Esta escena de un nacimiento —piensa el maestro— repetida innumerables veces en cada rincón de la tierra, es, después de todo, la escena básica: el paso de un cuerpo a otro cuerpo, de un alma a otra alma de la auténtica esencia de la vida, y que podría ser como el paso de la antorcha en una Olimpiada celestial. El maestro ya ha tenido noticias de las doctrinas que separan el impulso procreador de la procreación misma; de la pérdida de valor del concepto de maternidad y del ascenso de la valoración de la soltería, así como de la equiparación de las perversiones conducentes a la esterilidad con el disfrute pleno de los placeres lujuriosos; y finalmente, del espeluznante holocausto de millones de abortos cometidos irónicamente en nombre de la calidad de vida. El maestro experimentará muchos cambios de opinión, muchas deslealtades personales, muchas inquietudes éticas, pero una de sus opiniones permanecerá inalterable a lo largo de su vida: mantener y defender la santidad y la gloria de la vida misma.

Señor, tú que no quieres ser conocido sino por los limpios de corazón; yo he hecho todo lo que he podido, y sigo buscando la manera de alcanzar esa limpieza que me per-

* Mi madre gemía, mi padre lloraba; / yo llegué al peligroso mundo, sin esperanza, desnudo, bramando fuerte; / como un espíritu escondido en una nube. / Luchando entre las manos de mi padre, / esforzándome contra las fajas que me envuelven, / atado y rendido lo pensé mejor / y tomé el pecho de mi madre.

mita llegar a conocerte algún día. ¡Señor, he buscado y pensado en ello con toda la fuerza de mi pobre corazón! Y en mi meditación he tratado de animarme para conocerte no sólo en la amarga soledad y oscuridad, sino para sentirte y gustarte en mi alma. No pido esto por mis méritos, porque soy malvado y pecador, y valgo menos que nadie. Pero Señor, como un pobrecillo alimentado de las migajas que caen de la mesa de su amo, te pido que me concedas la herencia que se me promete, una gota de esa celestial alegría que consuele mi alma sedienta que arde en amoroso deseo de Ti.

Scala Claustralium

8. EL PERIODISTA

La mentalidad liberal

El maestro, que sigue enviando informaciones al *Manchester Guardian*, se convierte en corresponsal del periódico en El Cairo, y más tarde se le ofrece su incorporación al equipo editorial. Acepta la oferta de muy buen grado y la familia se traslada a Manchester. Este cambio de un empleo a otro, de un lugar a otro, constituye para el maestro algo así como una etapa de sonambulismo, de escasa importancia y significación. Cualquier elemento de continuidad que pueda haber en su vida le lleva a otras consideraciones muy distintas; al olvido y desvío del inexhaustible amor que Dios le profesa, en favor de vulgares satisfacciones mundanas como la alabanza y el dinero.

Descubre que el paso de la enseñanza al periodismo no significa un cambio tan drástico como podrí a suponerse. Ambas profesiones tienen mucho que ver con la fantasía; la instrucción que los maestros imparten en sus clases es tan dudosa —o discutible— como las noticias y comentarios que los periodistas ofrecen a sus lectores. La diferencia radica en el factor tiempo; el maestro puede dedicar el tiempo que quiera a exponer un tema, en tanto que el periodista se encuentra limitado por el presente inmediato. El maestro puede resultar aburrido mucho tiempo; el periodista, no. Por lo demás,

ambos profesionales están en el mismo negocio; son en frase de San Agustín, «vendedores de palabras».

Qué miserable era entonces y cómo me hiciste sentir mi miseria, Señor, el día que me preparaba para recitar un panegírico del Emperador, en el que tenía que proferir muchas mentiras, y mintiendo, iba a ser aplaudido por aquellos que sabían que yo estaba mintiendo.

SAN AGUSTÍN

El periodista descubre que el *Guardian* es una de las últimas plazas fuertes del liberalismo y su director-propietario, C. P. Scott, con su imponente barba blanca, su rubicundo rostro, su brillante mirada y su impresión general de impetuosa energía, es un superviviente de los días de gloria de Gladstone y de las características triquiñuelas de Lloyd George. En este ambiente, se espera que el periodista escriba cada noche una pequeña «homilía» editorial, cuya moraleja es la de que, si las gentes que se ignoran o se odian fueran capaces de sentarse juntos y charlar de todo y servirse de los buenos oficios de la Liga de las Naciones, todo marcharía bien. Entonces, el Periodista se familiariza con la mentalidad liberal y con sus obras, así como con sus exponentes, quienes en los editoriales alcanzan la categoría de «hombres moderados, de todos los matices de opinión» y son colocados entre las grandes figuras, como el Presidente Woodrow Wilson, campeón ardiente de la Liga de las Naciones, y con el ejército de los hombres bien intencionados: humanistas, cuáqueros, positivistas, ideólogos variopintos de toda clases, resueltos a abolir las guerras, el armamento y la diplomacia secreta y a remover cualquier obstáculo que pueda impedir la completa realización del ideal de libertad e igualdad para todos.

El ansia por una grandiosa muerte liberal

El deseo de muerte, bajo la forma del viejo liberalismo, ha venido erosionando la civilización occidental durante más de un siglo, y ahora parece estar a punto de alcanzar su apogeo. El talante liberal, presente en todo, tanto en el poder como en la oposición, ha demostrado ser un instrumento perfecto para este proceso. Sistemáticamente, etapa tras etapa, ha sido desmantelado nuestro modo occidental

de entender la vida, despreciando y despreciando todos sus valores de tal modo que toda la estructura social se derrumba, destronando a su Dios, minando todas sus certidumbres. Y todo ello, sorprendentemente, en nombre de la salud, riqueza y felicidad de la humanidad. Las civilizaciones anteriores habían sobrevivido a las incursiones de las hordas bárbaras; la nuestra ha fraguado su disolución en las mentes de su propia élite intelectual. La responsabilidad de traer la oscuridad a nuestra civilización no es del bolchevismo, que Stalin liquidó a la vez que a los antiguos bolcheviques; ni del nazismo, que pereció con Hitler en su bunker de Berlín; ni del fascismo, colgado de un poste con Mussolini y su amante; la responsabilidad, y la historia lo atestiguará, es del liberalismo. Un disolvente más que un precipitado, un sedante más que un estimulante; un cenagal más que un precipicio. Oscurecedor de los límites de la verdad, de la definición, de la virtud, del perfil de la belleza; una campana agrietada, una neblina, un deseo de muerte... Fue la teoría de Darwin acerca de la selección natural la primera que popularizó la noción de que el hombre y su medio están sujetos a un progreso y perfeccionamiento eterno y automático. ¿Quién puede medir las consecuencias de una idea tan absurda? ¿Qué secreta organización subversiva, dotada con fondos y recursos ilimitados, podría esperar conseguir ni siquiera una milésima parte de lo que se ha logrado por la vía de desacreditar los valores morales hasta entonces vigentes colocando en su lugar esperanzas vagas y sentimentales de mejoramiento humano colectivo al mismo tiempo que una mentalidad liberal para aceptarlo? No deja de ser interesante pensar que ahora, a la vista de todo lo que ha sucedido, los antiguos «oscurantistas», opuestos al darwinismo, resultan mucho más sagaces y clarividentes que los defensores de tales teorías. Debe haber todavía bastantes gentes que siguen considerando importantes figuras como un Herbert Spencer o H. G. Wells, ardiente defensor evolucionista y discípulo de Huxley, con su visión de un paraíso terrenal conseguido a través de la ciencia y la tecnología, esos dos monstruos gemelos que —en sus aspectos negativos— han devastado al mundo entero, contaminado los mares, los ríos y los lagos, infectado la tierra y todas sus criaturas, tratando de controlar al

hombre hasta lo más profundo de su ser y al mismo tiempo, colocando en las irresolutas manos de los hombres los instrumentos de destrucción universal. Debe añadirse en este punto que, ante estas tremendas perspectivas, Wells, al final de su vida, al tener noticia de la primera explosión nuclear, lleno de horror y arrepentimiento cristalizó en su *Mina at the end of its Theter** un último y desesperado lamento lloriqueante, en el que se retracta de todo lo que había pensado y de lo que había esperado. Con bastante retraso, se apercibió de que lo que persiguió como meta de su vida no era otra cosa, de hecho, que un deseo de muerte en el que se alegraba de sumergirse lo poco que le quedaba de vida, en la confiada esperanza de una desaparición total y final.

La entronización del evangelio del progreso lleva consigo, necesariamente, el ataque al Evangelio de Cristo y la destrucción de todo el edificio de la ética, la ley, la cultura, las relaciones y la conducta humana construidos sobre aquél. Lo que seguimos denominando civilización cristiana, después de todo, empezó con la revelación de Cristo, no con la teoría de la evolución. Jesús de Nazaret fue su padre fundador y no Charles Darwin; fue Pablo de Tarso quien trajo primero el mensaje a Europa y no Karl Marx o Lenin. Jesús, al morir en la cruz, abolió el deseo de muerte y su muerte se cumplió para gloria y cumplimiento de la vida. Así, cuando Jesús pide a sus seguidores que mueran para vivir, está creando una ola de alegría y esperanza que les ha sostenido durante dos mil años. El evangelio del progreso representa la exacta antítesis del Cristianismo. Rechaza la crucifixión, colocándola como en un segundo plano: en el principio fue la carne y la carne se hizo Verbo. A la luz de este logos a la inversa, la búsqueda de la esperanza es la última desesperanza; la búsqueda de la felicidad es la certidumbre de la desesperación; el deseo vehemente de la vida, el abrazo de la muerte...

El decisivo asalto a la Cristiandad ha sido montado, en realidad, dentro de los mismos cristianos. Tenían que saber que cuando Jesús decía que su reino no era de este mundo,

* «At the end of one's Tether». Locución inglesa equivalente a estar al límite de la paciencia o de las posibilidades.

lo que quería decir es que sí lo era, para después, partiendo de esta base, retorcer de manera semejante las otras proposiciones cristianas como que el disfrute sensual es vida, que es esencial atesorar en la tierra en la forma de un PNB en constante expansión, que la carne codicia al espíritu y el espíritu a la carne, de tal suerte que podemos hacer todo lo que queramos y pensemos, que el que ama su vida en este mundo la encontrará en la vida eterna... Y así sucesivamente.

En el vacío moral dejado al tratar de despojar al Cristianismo de su contenido espiritual o trascendental, el Deseo Liberal de una Muerte magnífica ha podido florecer y desarrollarse sobre todo porque puede, plausiblemente enmascararse como conducente a una consecuencia obvia: la sobrevaloración de la vida. Además, el solemne anuncio de que Dios ha muerto descarta toda posibilidad de intervención desde el ángulo teológico. Pero las consecuencias reales son que cuanto más alto vuelan los astronautas por las vastas eternidades del espacio, mayores son los montones de basura que se acumulan en la tierra; cuanto más extienden su dominio los bosquecillos de las academias, más corto y limitado es el alcance de sus alumnos; cuanto más se fomenta el culto fálico, más se extiende la impotencia. En la gran riqueza, surge la gran pobreza; la salud acarrea la enfermedad; el mundo ahito se siente hambriento; el que se tranquiliza con sedantes, no destierra su inquietud; el que parece decirlo todo, lo oculta todo; los unidos en la carne, están separados por el tiempo. Así, empujados al valle de la abundancia, se nos lleva al agotamiento de la saciedad, pasando por los jardines de la fantasía; buscando la felicidad cada vez con más ardor, no hallamos más que desesperación.

Todas las noches en sus pequeños despachos a lo largo del pasillo de los editorialistas, el periodista y sus compañeros preparan sus homilías: cortas, medianas y largas. La estructura es invariable: primero el tema, por ejemplo, revueltas en Calcuta (el periodista está calificado como experto en temas de la India); después, un comentario: es comprensible aunque desagradable, que los nacionalistas indios, que luchan justamente por su libertad, recurran a la violencia. Finalmente, una solución: que el Virrey y el Mahatma

Gandhi busquen juntos una base para transferir pacíficamente el poder del Raj al pueblo indio, así como para el establecimiento de un gobierno parlamentario basado en la regla de «un hombre, un voto» y en el principio de la mayoría. De ese modo —sugiere el editorialista— la asociación entre la India y la Gran Bretaña, inicialmente impuesta por los colonizadores, puede continuar, por consenso mutuo, con ventajas para los dos países. El periodista relee ahora lo que acaba de escribir y se siente satisfecho. También lo está el Director, que se felicita por el acierto en la nueva adquisición* para su equipo. Sin embargo, de regreso a su casa, a lo largo de las calles desiertas, las frases que el periodista ha escrito pierden su fuerza y resuenan sin sentido en su pensamiento.

Es verano, y a esta hora comienzan a aparecer en el cielo las primeras luces del día. En la vida —piensa el periodista— hay algo más, sin duda que paternales expectativas de que en Delhi, como en Westminster, el Presidente de la Cámara, tocado con la peluca tradicional, se dirija a los honorables parlamentarios mientras éstos cuchichean entre sí en sus diferentes lenguas vernáculas. Y otra vez se siente embargado por la sensación de que existe otra dimensión de la vida, llamémosle Dios, y otra versión del Tiempo, llamémosla Eternidad, y otro camino diferente de las oscuras, vacías calles que llevan de ningún sitio a ningún sitio; otro camino que podemos llamar Camino del Señor y cuyas sendas hay que enderezar. En el principio era el Verbo. Pero ¿qué Verbo? ¿El Verbo de quién? Y si ha habido un principio, ¿a qué fin va dirigido? Estas preguntas y cuestiones se mezclan en la mente del periodista y le llenan de turbación. ¿Cómo responder a ellas? ¿Dónde está Dios? Si no se le encuentra, ¿cómo es posible conocerlo? Sin señales viarias, ¿cómo encontrar el camino? Entre todo el farrago de palabras escritas, habladas, musitadas, cantadas, ¿cómo encontrar la Palabra?

Una respuesta a todo ello, demasiado maravillosa y absurda a la vez para ser creída, ronda en la mente, aún no formada, del periodista: Dios se hace hombre en un lugar y un tiempo determinados y una vez que esto ha sucedido, Dios, que es un hombre o, lo que es lo mismo, un Hombre que es Dios, puede ser clavado en una cruz y dar en ella su vida para surgir luego de entre los muertos, y tras un corto período de tiempo en que se muestra a sus discípulos, sube

* El autor hace aquí un juego de palabras. Dice: «the latest addition to his staff can turn in the right stuff». Staff es «estado mayor, equipo»; stuff, que suena casi igual, es «material, género».

al cielo para velar desde allí eternamente por la Humanidad. Y ¿en qué mente sensata puede hallar cabida una historia como ésta? se pregunta el periodista.

Y la respuesta le surge de inmediato: para empezar, en todos aquellos que han creído en ella. Es decir, en los grandes artistas, místicos, escultores, santos, constructores —por ejemplo, los que edificaron las grandes catedrales medievales—, a lo largo de los siglos cristianos, sin olvidar a los creyentes de toda suerte y condición cuyas vidas, generación tras generación, han sido fuente de luz, dando al mundo una dirección y un sentido, impulsados por este gran misterio del nacimiento, ministerio, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. En cualquier caso, el periodista se pregunta gozosamente quién no preferiría equivocarse con san Francisco de Asís, san Agustín de Hipona y con todos los santos y místicos que han vivido y dado testimonio a lo largo de dos mil años, para no mencionar a Dante, Miguel Ángel, Shakespeare, Milton, Pascal, etc., que acertar con Bernard Shaw, H. G. Wells, Karl Marx, Nietzsche, los Huxleys, Bertrand Russell y otros tantos por el estilo. Pero para entonces, el periodista ha llegado a la puerta de su casa, y bruscamente interrumpe sus pensamientos. Por la mañana toma el *Guardian* del día y lee en sus titulares, encantado: INDIA —¿EL SIGUIENTE PASO? Y relee su artículo varias veces con evidente satisfacción.

Esperando en Dios

En la vorágine de la vida, en el caos de la política y —en lo individual— en las clamorosas demandas del yo y de la carne, siempre queda abierta en nosotros la esperanza en Dios. Todo lo que tenemos que hacer es, por así decirlo, procurarnos un claro en la jungla salvaje de nuestra voluntad humana y buscar después nuestro encuentro con el Creador. Estemos seguros de que Él vendrá: su presencia es como una sombra confortadora que nos llena de paz. Nuestro mísero esfuerzo en el Tiempo se pierde en la inmensidad de la Eternidad, como escribió Blake: «Todo el mundo es un grano de arena en la infinitud de la palma de tu mano».

Esta experiencia está abierta a todos y en todo tiempo: entre la agitada multitud; cuando tratamos de seguir leyendo, esforzando nuestros ojos en una noche de interminable insomnio. Entonces, repentinamente, inexplicablemente, surge la paz: la aceptación de

las circunstancias terrenas; todas las turbulencias de las dudas, los deseos y conflictos, todo, cristaliza en una sencilla oración: «Hágase tu voluntad».

Dios significa un impulso alternativo: sacrificio mejor que asimiento; amor mejor que deseo; dar mejor que recibir; perseguir la verdad mejor que proferir mentiras; humillarse más bien que envanecerse. En toda la creación aparece la mano de Dios; en todo corazón humano, en la simple hojita de hierba tanto como en el árbol gigantesco; en las montañas, en los ríos, en el primer latido de vida de un feto y el último murmullo de una mente cansada.

El periodista se siente afectado por el contraste entre lo que realmente sucede en el mundo y la manera cómo es presentado en el *Guardian* y, en general, en los medios de comunicación. Este es un tema que le preocupará mucho en los años venideros, sobre todo con el desarrollo de los nuevos medios: radio, televisión, cubriendo el espacio entre el momento en que se produce el acontecimiento y su versión en imágenes. Por ejemplo, los procedimientos del Parlamento, que de vez en cuando el periodista tiene ocasión de observar y seguir desde la galería de Prensa. Allá abajo, en la Cámara de los Comunes, se cumple el sueño de su padre y sus amigos, tal como lo habían entrevisto cuando el periodista era un niño. Un gobierno laborista en el poder, un primer ministro laborista en Downing Street, un ministro de Hacienda laborista vecino de aquél y un programa legislativo para traer a la tierra el reino de los cielos: acabar con la explotación del hombre por el hombre, terminar con las injusticias, con la pobreza, con la guerra: implantar la fraternidad y la paz. Si los poderosos aún permanecen en sus sedes, pronto serán arrojados de ellas, y si el humilde aun no ha sido exaltado, se está en camino de lograrlo, como era ejemplificado por el primer ministro Ramsay MacDonald, cuyo triste bigote y flotante cabellera contribuyen a encarnar el tipo popular del revolucionario inspirado. Tras él se sientan sus partidarios, entre los que se cuenta el padre del Periodista, y frente al primer ministro, los miembros de la oposición: Baldwin, dos Chamberlain —uno con monóculo, el otro sin él— y Winston Churchill.

Unas semanas más tarde, la situación que se aprecia desde la galería de la Prensa ha variado radicalmente. MacDonald es aún primer ministro, pero en el llamado Gobierno Nacional han entrado

a formar parte los jefes del partido conservador y del liberal, que antes figuraban en la oposición, en tanto que sus antiguos colegas, le lanzan ceñudas miradas desde los bancos de la oposición. La nueva política del gobierno se fundamenta en sostener la moneda —¡Dios salve nuestra misericordiosa libra!, ¡Larga vida a nuestra noble libra!*— y asegurarse de que Dios, que nos ha hecho poderosos, nos haga más poderosos todavía. El periodista se siente contagiado también de la excitación generada por una política tal; escribe furiosamente en su máquina; se abalanza a hablar por teléfono; se enzarza en conversaciones con sus compañeros periodistas así como con honorables miembros de la Cámara.

Después, en el lecho, e insomne, el periodista vuelve de nuevo sobre ello; oye al primer ministro decir con deleite: «Y cuando nos encontremos con charlatanerías las denunciaremos»; él, el mayor charlatán desde siempre. El periodista observa extraños compañeros de viaje y se da cuenta de que su padre está horrorizado por lo que ocurre. Y concluye que todo ello origina una situación de esquizofrenia. De una parte, un Teatro del Absurdo, una charlotada, una arlequinada, como si se tratase de las grandes figuras del Museo de Cera de Madame Tussaud: primeros ministros y presidentes; un nutrido grupo de la realeza, eminentes asesinos, papas y aplaudidos figurantes y payasos que vienen a la vida e interpretan sus pequeños papeles. De otra parte, ¿qué?

El teatro de la Espantosa Simetría

*Tiger! Tiger! burning bright
In the forest of the night
What immortal hand or eye
Could frame thy fearful symmetry?**

BLAKE

Pensando en todo esto, el periodista se da cuenta de que lo que él había tomado por un Teatro del Absurdo, contemplado más de cerca, presenta en su interior un Teatro de la «Fearful Symmetry». Está presente en él el mundo fantástico que se manifiesta en el Teatro del Absurdo poniendo de manifiesto el significado que yace

* Alusión irónica a la letra del himno inglés: «God save our gracious Queen / Long live our noble Queen!».

* ¡Tigre! ¡Tigre! surgiendo brillante / en el bosque de la noche. / ¿Que mano inmortal o qué ojo / podría enmarcar tu espantosa simetría?

tras el sinsentido, el orden que subyace bajo la aparente confusión, el indestructible amor que se aloja en el corazón del holocausto del odio, la vocecita de la verdad que se hace oír por encima de la estruendosa falsedad.

Y el periodista se esfuerza por habituar sus oídos a percibir la verdad que, en el fondo, expresa el Teatro de la «Fearful Symmetry»; a empujar a sus ojos para que vean más allá de lo que aparece cercano y evidente. Cuando mira hacia arriba, el Periodista se siente como un campanario; mirando hacia abajo, se ve como una gárgola, forzado a romper la barrera del Yo hasta alcanzar la gloriosa risa de Dios, en la que hunden su esencia personajes como el Caballero de la Triste Figura de Cervantes, el John Falstaff de Shakespeare, el Chichikov de Nicolás Gogol y Jeeves y Bertie Wooster, de Wodehouse.

El campanario y la gárgola

El periodista ha observado que quienes se incorporan a la fe cristiana suelen ser considerados como personas que han cambiado de carácter, que han perdido el sentido del humor. «¡Qué divertidos eran antes, y ahora qué solemnes y severos!» «Se ha convertido en una persona aburrida». Y sin embargo, esta afirmación de que el sentido del humor y la fe cristiana son incompatibles es absolutamente equivocada. De hecho, los grandes clásicos del humor —Rabelais, Cervantes, Swift, Gogol— han sido profundamente religiosos. Incluso comediantes, como Bob Hope, tienden a ser creyentes más que escépticos o cínicos. Son los millonarios, los pornógrafos y megalómanos, así como los doctrinarios políticos, los sociólogos, y los abortistas, y las gentes de esa calaña, los que se recubren de falsa solemnidad y se sobresaltan al escuchar la risa: «Este idiota riente, una pasión odiosa para nuestro propósito» dice el Rey John, de Shakespeare, hablando en nombre de todos los tiranos de todo el mundo y de todos los tiempos.

La verdadera función del humor es expresar en términos grotescos la inmensa disparidad que existe entre las aspiraciones del hombre y sus actitudes y actuaciones. El misticismo expresa, en términos sublimes, esta misma disparidad. Y aquí aparece la estrecha conexión entre el payaso y el místico; aquí, también, la conjunción y yuxtaposición, en las grandes catedrales medievales, de los campanarios que se alzan erguidos hacia la Nube de lo Desconocido y las

gárgolas, con sus muecas malévolas, que miran a la tierra y a sus locuras. La risa y el éxtasis místico derivan, diríamos, como dos formas contrapuestas y complementarias —cómica, grotesca, risueña, en un caso; extática, en otro— de la constatación de una misma realidad: el abismo existente entre el Tiempo y la Eternidad, entre nosotros y nuestro Creador.

Algunos de los mejores pensamientos de Shakespeare están puestos en boca de locos, como en *El Rey Lear* y en *La Tempestad*. De manera semejante actúa Dios, como dice el apóstol Pablo cuando indica que el Señor ha hecho enloquecer la sabiduría de este mundo y que la locura por la causa de Dios es más sabia que los hombres.

¡Qué maravilloso resulta la conjunción de la rudeza de la gárgola con la sublimidad del campanario, éste considerar un santo en cada payaso y un payaso en cada santo, el convencimiento de la fatalidad de todas nuestras aflicciones y el manido chiste de la piel de plátano que nos hace resbalar, a escala cósmica! ¿Quién sino un Dios que se ha dignado encarnarse podría disponer las cosas de ese modo? Cubriendo con su amor lo que en su Creación hay de sufrimiento y de absurdo; incluyendo en un mismo escenario torres que parecen alcanzar el cielo y gárgolas que hacen muecas burlonas o sonríen bonachonamente, incluyendo en la misma misericordia la aflicción, que es nuestra herencia y la capacidad de reír con Rabelais en la persona de Panurgo ante las peripecias de los mortales, con Cervantes en la persona de Don Quijote y sus aventuras con los caballeros, con Shakespeare y la figura de Sir John Falstaff.

La risa, verdaderamente, es la terapia de Dios: Él erigió los campanarios y las gárgolas, nos dio payasos y santos para que podamos entender que en el corazón de nuestra existencia mortal yace un misterio a la vez indeciblemente bello e hilarantemente divertido.

Una vez más ronda por la mente del periodista la convicción de que en cada momento de nuestra existencia Dios trata de decirnos algo y que basta con que nosotros queramos escuchar; que en todo acontecimiento, grande o pequeño, desde el aletear de una mosca hasta una explosión nuclear, desde un susurro mientras dormimos hasta las sinfonías de Beethoven, el Creador habla a su creación. Esta constatación, sin embargo, no se cumple repentinamente; de manera gradual o insensible, el periodista cobra conciencia de que todo lo que tiene que hacer es escuchar, es decir, tener oídos para oír, sintonizar con la onda adecuada. Como un receptor de radio capta una variedad de sonidos: música, noticias, oraciones, en toda suerte de lenguas y voces. Su oído atento capta la señal adecuada;

está alerta; los sonidos, por fin, tienen una significación. Incluso entonces, como dice san Agustín, nos encontramos con la dificultad de que solamente podemos comunicarnos mediante palabras que tienen un principio y un fin, y que ello no coincide con lo que nunca tuvo principio y no tendrá fin: Eternidad, en términos temporales; inmortalidad, en términos de mortalidad.

Retorno al sonido de nuestra lengua

Un día Agustín y su madre, Mónica,

«estábamos solos, apoyados en una ventana, de donde se descubría el huerto interior de la casa en que estábamos, en Ostia Tiberina... apartados de las turbas, tras la fatiga de un largo viaje... Conversábamos, pues, a solas, muy dulcemente... para arribar a aquella región de abundancia indeficiente... donde la vida es la Sabiduría... Y mientras hablamos de Ella, y ardientemente la deseamos, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu del corazón y suspiramos y tornamos a los sonidos de nuestra boca, en donde las palabras comienzan y acaban... Decíamos, pues: Si hubiese alguno en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, el agua y el aire; callasen también los cielos y aun el alma misma callase consigo y sin pensar en sí, se remontase sobre sí; callasen los sueños y revelaciones imaginarias; si toda lengua, y todo signo y todo lo que va pasando al ser hecho, totalmente en alguno callase... y si sólo él hablase, no por medio de las cosas, sino por sí mismo, para que oyésemos su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por sonido de nube, ni por enigma de parábola, sino a Él mismo... Mi madre me dijo: «Hijo, por lo que a mí toca ninguna cosa me deleita ya en esta vida. No sé qué hago ya en ella, ni para qué vivo... Una sola cosa había por la cual deseaba detenerme un poco en esta vida, para verte cristiano católico antes de mi muerte. Dios me lo ha concedido más colmadamente, pues te veo siervo suyo, despreciada la felicidad de la tierra. *¿Qué hago yo aquí?*».

El periodista se encuentra haciéndose la misma pregunta cada vez con mayor insistencia: ¿Qué hago yo aquí?, y le invade una ola de melancolía. El desempleo está aumentando notablemente en Lancashire; el llamado Gobierno Nacional de Ramsay MacDonald alcanza una aplastante mayoría y deja a la oposición laborista reducida a un pequeño número de diputados. Entre los que han sido derrotados se encuentra el padre del periodista. En estas circunstancias, seguir diciendo en las columnas del *Manchester Guardian* que existen vagas esperanzas de que la mentalidad liberal pueda aún salvar la situación resulta cada vez más embarazoso. El público moderado, de todos los matices de opinión, al que van dirigidos tales editoriales, es cada vez más escaso en tanto proliferan los extremistas. Al mismo tiempo, el Hombre del Destino, el primer ministro, a pesar de su victoria electoral sin precedentes, da cada vez más la impresión de falta de agudeza y de incoherencia; con una mariposa en sus manos es la perfecta figura de un maniático profesor de botánica; como orador,

*Free from all meaning, wheter good or bad,
And in one word, heroically mad**

En tales circunstancias, el periodista se encuentra cada vez más inclinado a la oración íntima y secreta: «¡Ayúdame!», «¡Guíame!», «¡Cuenta conmigo!», mientras camina a lo largo de una carretera, o se siente inclinado a escribir —a garrapatear— lo que piensa.

ORACIÓN

*Prayer, the Church'banquet, Angel's Age,
God's breath in man returning to his birth
The soul in paraphrase, heart in pilgrimage
The Christian plummet, sounding heaven and earth,
Engine against the Almighty, sinner's tower,
Reverse thunder, Christ-side-piercing spear,
The six-days world transposing in an hour,
A kind of tune, which all things hear and fear;*

* Libre de todo significado, ni bueno ni malo, /y, en una palabra, heroicamente loco.

*Sofftness, and peace, and joy, and love, and bliss
 Exalted manna, gladness of the best,
 Heaven in ordinary, man well drest
 The milk way, the bird of paradise,
 Church bells beyond the stars heard, the souls's blood,
 The lana ofspices, something understood**

GEORGE HERBERT

Oh Dios, haz que mi oración sea humilde, extingue los últimos impulsos de mi yo, borra lo que pueda quedar en mí de ambición mundana y de sensualidad, y ayúdame a servir únicamente a Tus propósitos, hablar y escribir solamente Tus palabras, pensar sólo Tus pensamientos, no tener otra oración que ésta: «Hágase tu voluntad».

No puedo hacer nada solo; mi voluntad, por mucho que quiera ejercitarla, no basta; mis planes, por muy cuidadosa y sistemáticamente concebidos que estén, fracasan todos. Así, no hay nada que hacer sino ponerse en mano de Dios, verdadera y totalmente, de modo tal que Él pueda utilizar o rechazar, según su divina sabiduría, cualquier capacidad mía para servirle. Y puesto que no puedo verle o conversar con Él, me vuelvo a Jesucristo, el Mediador, para que me guíe y me ayude.

He aquí, Señor, mi pobre corazón, que a través de tu bondad ha concebido muchos deseos vehementes, pero es demasiado débil y miserable para ponerlos en práctica si Tú no me otorgas tu gracia celestial. Esto es lo que pido, Padre Misericordioso, a ti por medio de la Pasión de tu Hijo, a quien consagro éste y todos mis días.

SAN FRANCISCO DE SALES

* Plegaria, oración, el banquete de la Iglesia, la edad del ángel, / el aliento de Dios en el hombre volviendo a su origen. / El alma en paráfrasis, el corazón peregrino / el caudillo cristiano resonando en cielos y tierra, / máquina contra el Todopoderoso, torre del pecador / tormenta invertida, arma puntiaguda lanzada al lado de Cristo / el mundo de los seis días condensado en una hora / un tipo de melodía que todas las cosas oyen y temen: / suavidad, y paz, y alegría, y amor y felicidad completa; / maná exaltado, alegría de lo mejor / el cielo en lo ordinario, el hombre bien equipado / la vía láctea, el ave del paraíso, / las campanas de la iglesia, escuchadas más allá de las estrellas, la sangre del alma / la tierra de los perfumes, algo comprendido.

Yo veo el Cristianismo hoy como la única fuerza espiritual capaz de emprender la salvación espiritual de Rusia.

En momentos de debilidad y aflicción es bueno seguir estrechamente los pasos de Dios.

ALEXANDER SOLZHENITSYN

La fe religiosa es la aceptación del misterio de nuestra existencia aquí en la tierra en tanto que la ciencia es su antítesis, la convicción de que de algún modo, en algún momento, los llamados «hechos de la vida»: cómo llegamos al ser, qué somos, y cuál es nuestro fin, todo ello, será conocido y aclarado. De aquí las absurdas teorías propuestas y expuestas, y las duras controversias acerca de ellas, como el Big Bang contra la noción de creación continua, y sobre todo, la evolución darwiniana, una débil hipótesis, fundada en unos huesos fósiles, o en una mandíbula descubierta en Kenia o en Nankín, y que ha calado en todas las disciplinas de la enseñanza convirtiéndolas a todas en una suprema tontería.

Dios aparece porque no podemos hacer nada solos, por nosotros mismos. Somos demasiado débiles, variables y desesperanzados. Incluso sin ayuda de fuera no podemos hacernos cargo de nuestro cuerpo. La existencia misma se hace imposible sin Dios... Si esto hubiera faltado (y por supuesto, no falta) yo hubiera vivido totalmente en la oscuridad total, «lamiendo la tierra».

No hay felicidad, Señor, si Tú nos dejas de tu mano. No hay saber alguno si Tú no nos guías, ninguna fuerza es válida si tú no la proteges. Ningún desvelo por nuestra parte vale para nada si no está con nosotros tu santa vigilancia. Si nos abandonas, nos hundimos, perecemos; pero si estás con nosotros nos salvamos y vivimos.

TOMÁS DE KEMPIS

Toda clase de lucha y rivalidad entre los individuos o las colectividades está dirigida al poder, al sexo o al dinero, cosas, en sí mismas, sin ningún valor.

El periodista recita una y otra vez para sí la única oración que sabe de memoria: el Padre Nuestro. Al hacerlo, se da cuenta de todo el contenido de esta breve obra maestra de la palabra. Los

sueños de su padre y de los amigos de éste y los de otros muchos, de construir un paraíso en la tierra aparecen como ridículos e irrealizables y entiende que las ciudades terrenas que los hombres construyen y destruyen nunca pueden ser la Ciudad de Dios, que el hombre es incapaz de edificar ni de destruir. La única función del hombre es la de ser un elemento pasajero dentro de los planes de Dios para su Creación. La voluntad de Dios se cumple verdaderamente tanto en la tierra como en el cielo, y siempre será así. En cuanto a lo que tenemos que pedir para nosotros, resulta especialmente bello considerar que es el más pequeño de los favores: nada más que nuestro pan de cada día. Y cuando pedimos ser perdonados, lo hacemos subrayando que es solamente en la medida en que nosotros perdonemos a quienes nos ofenden. Finalmente, solicitamos vencer las tentaciones que el mundo nos ofrece: nuestro orgullo, nuestra avaricia, nuestras pasiones, nuestra codicia. Pero como todo ello está más allá de la capacidad de nuestras fuerzas propias, rogamos a Dios que no nos deje caer en la tentación, recordando al Peregrino de Bunyan, que tras haberse enfrentado con el Castillo de la Incredulidad, el Cenagal del Desaliento e incluso con el Valle de la Sombra de la Muerte, encuentra que aún es necesario cerrar los ojos mientras camina por la Feria de la Vanidad.

El periodista descubre además que sus oraciones hallan verdaderamente respuesta, no siempre en el modo que podría o querría esperar, pero que la respuesta siempre llega. En los períodos de profunda angustia le invade la preocupación de que debería emplear todas sus energías en participar en lo que está sucediendo, cuando lee o escucha los medios de comunicación. Entonces se apodera de él una especie de pasión, y le rondan toda una serie de aprensiones, hasta el punto de que no puede conciliar el sueño o de que, despertado en la madrugada, le atormenta el pensamiento del trabajo no realizado, de los compromisos no cumplidos; un sentimiento profundo de su total incapacidad. A veces, reza muy pausadamente el Padre Nuestro y pide que los días o los meses o los años que le queden sean totalmente puestos en las manos de Dios Creador o en las manos de Jesús en nombre del Creador. Sin embargo, no ocurre nada: continúa perdido, y sin esperanza, hasta que de repente, llega, como una iluminación, la respuesta, haciéndole capaz de comprender perfectamente que la historia es a la humanidad lo que la experiencia de vivir al individuo, es decir, un drama que ha de ser vivido. Nosotros no escribimos el guión ni elegimos nuestros papeles; lo que se nos pide es que recitemos las frases que nos han correspon-

dido, realicemos correctamente nuestras entradas y nuestros mutis en escena, hasta que caiga el telón y nuestro papel termine.

No hay buenos ni malos tiempos, gobernantes capaces e incapaces, ni podemos tampoco hablar propiamente de progreso y de recesión. Como nos dice el apóstol Pablo, debemos aceptar toda autoridad, y todo cambio de ésta debe ser admitido igualmente como ordenada por Dios. Nuestra misión es encontrar a Dios, el dramaturgo que está tras el drama. Y cuando lo hemos encontrado, seguirlo a la luz de la Revelación que se nos manifiesta en el nacimiento, ministerio, muerte y resurrección de Cristo. Cuando comprende esto, todo el ser del periodista se inunda de luz y de alegría. Ahora ya no se preocupa del mundo; ahora todo hombre es un hermano amado, y le parece escuchar las últimas palabras que Jesús pronunció en la tierra: «En este mundo encontraréis tribulación pero alegraos, porque yo he vencido al mundo».

Si se considera la posibilidad de que un buen gobierno es una ilusión peligrosa, potencialmente se asegura la instalación de uno malo. ¿Cuándo el derrocamiento de un gobierno ha supuesto la llegada de otro mejor en su lugar? ¿Es Francia mejor que era por haber experimentado una revolución? ¿O América? ¿O Rusia? En los años recientes han cambiado los gobiernos con más frecuencia que en ninguna otra época comparable de la historia, y a lo largo de este proceso la confusión, la violencia, la opresión, la privación, la servidumbre, la sangre y la injusticia en el mundo han aumentado constantemente. Y sin embargo, y si seguimos al apóstol Pablo y aceptamos la autoridad en cualquier caso, (en el suyo, la del emperador Nerón) dentro de sus propios términos de referencia, podemos encontrarnos con que cumplimos las dos reglas básicas de conducta expresadas en el Nuevo Testamento: amar a Dios y a nuestro prójimo. San Pablo, al final, si la tradición ha de ser creída, fue condenado a muerte por Nerón, pero esto no alteraría sin duda su opinión de que el gobierno de Nerón, en tanto que constituido, debe ser aceptado. Si el Apóstol no hubiera pensado así y hubiese seguido, por ejemplo, la actitud de Espartara, habría dejado, sin duda, una huella pequeña en el libro de la Historia, pero seguramente no habría ayudado a fundar una religión, una Iglesia y una civilización que ha permanecido hasta el día de hoy y que, por cierto, parece que se pone ahora en peligro, porque el dogma de que la condición humana puede ser mejorada por el ejercicio del poder ha llegado a ser aceptado casi universalmente.

Yo no deseé más la consecución de un mundo mejor, porque estaba pensando en la creación entera, y a la luz de este discernimiento he llegado a ver que aunque las cosas más altas son mejores que las más bajas, la suma de toda la creación es mejor que las cosas elevadas por sí solas.

SAN AGUSTÍN

El periodista sufre pesadillas que aunque difieren en detalles son siempre las mismas en esencia; por ejemplo, que se ha perdido, que no sabe dónde está o quién es. Blake, en su camino misterioso, señala claramente esto: «El sueño del viajero perdido bajo la colina». Una situación kafkiana, la de estar prisionero sin saber por qué; y una vez, imagina, en el intento de fuga, golpea con el puño la ventana, cortándose una vena de la que se escapa un chorro de sangre. La lóbrega celda en la que está recluido es pequeñísima, sin apenas espacio para moverse; la oscuridad parece impenetrable y permanente, sin esperanzas de que llegue un amanecer. Se encuentra maniatado y sin esperanza, y sus llamadas de auxilio no hallan eco más que en sí mismo. Pero entonces, en lo más álgido de su desesperación, se da cuenta, de repente, que la ventana arroja un débilísimo vislumbre de claridad; que sus grilletes son propósitos satánicos: su lujuria, su avaricia, su orgullo, su codicia; que la celda en la que se encuentra prisionero no es sino su propio Yo. ¡Si pudiera llegar hasta la ventana! ¡Si pudiera desprenderse de los grilletes! ¡Si pudiera liberarse del Yo que le atenaza! Se encontraría entonces en la «gloriosa libertad de los hijos de Dios». Esta frase cruza su mente y llega hasta su corazón. Piensa en las diferentes clases de libertad de que se habla en su tiempo, libertad para comer, beber y ser feliz, libertinaje en todos sus aspectos, y la contrasta con esta otra gloriosa libertad conseguida por los hijos de Dios. A partir de entonces, el viajero perdido ya no lo está; ha encontrado su camino, y su sueño se ha hecho realidad.

Para entonces, el periodista se ha cansado de su puesto de columnista editorialista en el *Manchester Guardian*. Realmente, a todo lo largo de su vida se ha manifestado la tendencia a perder interés en cualquier trabajo de los que haya emprendido, sumiéndose entonces en un humor melancólico y desesperanzado. De los siete pecados capitales, la *accidle*, * definido como «un estado de

* Desaliento. Pero ¿es un pecado capital?

intranquilidad e incapacidad para el trabajo o el rezo», es el más propicio. La vida pierde su sabor y su interés; las palabras, que son su modo de ganarse la vida, caen como hojas muertas en un día de noviembre. Desaparece Dios, y cuando pide su ayuda, el eco vuelve vacío. En esas circunstancias, el remedio es el cambio: ir a otro sitio, hacer otra cosa, ser otro. Cualquier otro alivio, como embriagarse o enamorarse, es puramente temporal. Así, el periodista solicita ser relevado en su puesto de editorialista y marchar a Moscú como corresponsal del periódico.

¡El Zar ha muerto; viva Stalin!

Para el periodista, su llegada a Moscú debía significar una gran alegría, como la primera visita a la Capilla Sixtina o a las Pirámides de Egipto o al Taj Mahal. Con cierta dificultad trata de componer una cierta respuesta emocional, pero es simulada, en realidad se da cuenta de que para él las maravillas del mundo no lo son tanto, sino que hay una especie de convenio que exige el que sean consideradas como tales. Así, el periodista hace lo que puede, tratando de convencerse de que por primera vez en la historia de la humanidad, el «pueblo» es dueño de su propio medio, dirige sus propósitos y puede esperarse que se comporte de acuerdo con todo ello. En su primera visita a la Plaza Roja, frente al Kremlin, sobre el que flanquea permanentemente la bandera roja, escribe mentalmente un artículo de primera página: «Sea cual sea el punto de vista del desarrollo de instituciones como la policía política secreta, conocida primeramente como Cheka y ahora como GPU, y basada precisamente en la conocida Ojrana de los tiempos zaristas, permanece el hecho de que el régimen construido por Lenin sobre las ruinas del zarismo y que su sucesor, Stalin, ha llevado adelante y fortalecido, puede decirse que está firmemente asentado. Para bien o para mal, el mundo ha de contar con un nuevo factor de gobierno, la Dictadura del proletariado».

La tarde va cayendo sobre la Plaza Roja, pero el periodista sigue paseando arriba y abajo mientras que su mente se agita confusa. Ahora, la bandera roja, iluminada por un proyector, es como una mancha de sangre sobre un cielo negro. Frente al Kremlin se alza un gran edificio barroco, la antigua Catedral Ortodoxa Rusa de San Basilio y ahora, museo anti-Dios, cuyo interior está dominado por una esfera de metal que oscila de un lado para otro para demostrar la fuerza de la gravedad, como para abolir la noción de Dios y de su

necesidad. También los restos de varios santos sacados de sus tumbas, para combatir la superstición de que sus cuerpos no están sujetos a la podredumbre. Formando parte del mismo conjunto, el mausoleo de Lenin, en el que el cuerpo del hombrecillo, embalsamado, está expuesto en una urna de cristal, si bien el cerebro fue extraído del cadáver y depositado en otro lugar: el periodista piensa que aquí se fragua otra superstición, cuya autenticidad podrá ponerse en duda también en el futuro. Para contemplar el cadáver de Lenin, el periodista se une a la interminable cola de visitantes que se forma ante el mausoleo, esperando para rendir homenaje al padre fundador de la URSS, o sólo para verle yacente con su cabeza reposando sobre un almohadón rojo y su cuerpo enfundado en el uniforme caqui sobre el que luce una única condecoración: la Orden de Lenin.

Para el periodista, la Plaza Roja se convierte, por así decirlo, en un retiro sin Dios en el que se refugia de vez en cuando para recibir impresiones y formular conclusiones. Una gran parte de su tiempo lo emplea en caminar por las calles de Moscú y contemplar los rostros de los moscovitas, tratando de reconstruir su vida diaria: haciendo largas colas ante los comercios o en las estaciones del metro; aguantando el hacinamiento en las viviendas; conteniendo la irritación ante los racionamientos de todo, excepto el wodka, conscientes de la constante vigilancia de la GPU, cuya omnipresencia cubre la ciudad entera. ¿No será una pura fantasía romántica —se pregunta el periodista— el que estas privaciones sean las que presen a los rostros de los ciudadanos esa especie de nobleza y hasta de belleza que se advierte en ellos? El sufrimiento, en su caso, ¿no será una especie de bendición, que en lugar de herirles les exalta? Misteriosamente, la gloriosa cruz parece anidar en la primera ciudad del occidente que la ha abolido, hasta el punto de que en la Catedral, transformada en museo anti-Dios parecen resonar las impresionantes notas de la Misa Ortodoxa Rusa.

Al pasear por las calles de Moscú, codeándose con sus ciudadanos, el periodista, misteriosamente, se da cuenta, como hasta entonces no lo había hecho, de que es en el sufrimiento y en la privación más que en el bienestar y la comodidad donde la luz de la comprensión resplandece con todas sus fuerzas, que es en la humildad y no en el orgullo donde el ojo ve y el oído oye lo que significa verdaderamente la experiencia de la vida. El Hombre de la Cruz, muriendo entre insultos y burlas, es precisamente el que ha conducido e inspirado a lo largo de los siglos cristianos todo lo que en la

vida humana hay de más creativo y maravilloso. Por un momento, el periodista tiene una clara comprensión de ello, hasta el punto de que todo su ser queda penetrado de éxtasis; después, como san Agustín y su madre, regresa a la limitación de su propio lenguaje en el que las palabras tienen un principio y un fin.

En este «regreso» a la realidad, el periodista se dirige al Kremlin, donde se celebra una sesión del Soviet Supremo, a la que han sido invitados los periodistas extranjeros. El salón se encuentra repleto de delegados procedentes de toda la URSS; en el estrado se sitúa el Politburó; sus componentes están juntos codo con codo para confortación mutua tanto física como ideológica. Se respira una atmósfera de expectación; a una señal dada, todos se ponen en pie y aplauden unánimes la entrada de Stalin, quien con su paso característico se dirige al sillón vacío en el centro del escenario. Incluso los propios periodistas extranjeros no pueden librarse de sentir un cierto temor reverencial ante esta escena y algunos de ellos se unen al aplauso, cuya duración, de siete minutos, está controlada por oficiales de la GPU. Sin embargo, cuando se ha dado la señal de que se ha cumplido el tiempo y la ovación debe terminar, aún transcurren unos segundos en los que parece que nadie se atreve a ser el primero en dejar de aplaudir. Solamente cuando Stalin ha tomado asiento se apagan los aplausos y empieza la sesión.

*The hand of vengeance found the bed
To which the purple tyrant fled**

*The iron hand crushed the tyrant's head
And became a tyrant in his stead***

BLAKE

En cinco años seré dueño del mundo entero.
No se puede descansar en el lecho de los reyes sin tomar

* La mano de (a venganza encontró el lecho / hacia el que escapaba **la púrpura** del tirano.

** La mano de hierro aplastó la cabeza del tirano / y se **convirtió en un tirano en** MI lugar.

de ellos la locura de la destrucción. Yo también me he vuelto loco.

Pensar es el peor enemigo de un monarca.

NAPOLÉON

Pronto envió Stalin a muchos de sus colegas a los tribunales para que fueran interrogados por la GPU en la seguridad de que ésta les obligaría a confesarse traidores. Después, la mayor parte de estos antiguos colegas fueron fusilados, quedando Stalin como único gobernante, como un nuevo zar, y conduciendo a Rusia otra vez al imperialismo y antisemitismo tradicionales e incluso reviviendo, en algún grado, la Iglesia Ortodoxa Rusa, con su liturgia y sus dignatarios.

Meditando sobre esta macabra arlequinada del poder, aun más evidente en la Unión Soviética que en la India sometida al poderío británico, el periodista recuerda y medita otra escena: Jesús en el desierto, tentado por el demonio en persona, que le ofrece todos los reinos de la tierra sin más condición que la de abandonar a Dios y adorar a Satán. ¡Qué oportunidad para cualquiera, con ideas y expectativas utópicas, ésta de aceptar la oferta, construir un reino de los cielos en la tierra y vivir una vida feliz! Y sin embargo, Jesús rechaza el ofrecimiento: adorar al diablo sólo puede acarrear consecuencias diabólicas. Como alternativa a los reinos de este mundo. Jesús proclama un reino que *no* es de este mundo, y en el que el orgullo cede el paso a la humildad y la búsqueda de poder se transforma en búsqueda de amor. Y todo ello, no sólo con palabras, sino encerrado en el gran drama de la Encarnación.

Siguiendo esta línea de pensamiento, el periodista llega a la conclusión de que el climax del misterio de Jesús en la tierra, su Crucifixión, significa una *reductio ad absurdum* de lo que el diablo ofrece: el poder. De manera semejante, el irónico rótulo que Pilato ordena colocar sobre la Cruz, «Rey de los judíos», apunta sin querer a la luz del verdadero destino de Jesús como «El Todopoderoso Verbo de Dios descendiendo de su Real Trono Celestial». Lo mismo acontece con la burla de los soldados romanos cuando visten a Jesús la túnica escarlata, colocan sobre su cabeza la corona de espinas, ponen en sus manos una caña como cetro y se arrodillan ante él saludándole: «¡Salve, Rey de los judíos!». Los soldados, contrariamente a lo que ellos creen, no están burlándose de un pobre hombre humillado, que va a ser clavado en una cruz, sino que

están poniendo en ridículo a todo el que ejerce el poder, y con ello, ridiculizando al poder mismo, de tal modo, que desde entonces, las espinas quedarán entretrejidas en toda corona, y bajo toda túnica escarlata se encontrará la carne herida y maltratada.

Stalin

Stalin, rodeado de sus compañeros del Politburó, aparece sombrío, lleno de energía, con el firme rostro sombreado por un espeso cabello negro que arranca de una frente estrecha, fijando en el entorno sus pequeños e inquietantes ojos negros. Compone una figura bárbara, lóbrega, solitaria, más asiática que europea, más imponente aún que la sonrosada cabeza de Lenin en su mausoleo de la Plaza Roja. Porque esta sonrosada cabeza, después de todo, podría haber figurado con bastante éxito en las reuniones parlamentarias y en las salas de los comités, en los bancos del gobierno y en los de la oposición. Habría podido ser la rosada cabeza de un Honorable o de un Muy Honorable. Pero Stalin es diferente. El nunca tomó parte en charlas vespertinas habidas en casas de huéspedes baratas; nunca ha jugado partidas de ajedrez en Viena o ha vagado, como un proletario que vive de lo que recibe de su familia, junto al lago de Ginebra. Stalin ha llegado a ser, y es, la dictadura del proletariado en persona, porque odia y desprecia profundamente al proletariado. Es el producto del seminario teológico de Tiflis, una persona casera, un hombre de la clase de Napoleón.

El resto de las personas que integran la dictadura del proletariado son personajes bastante oscuros; mediocridades capaces de adularse a sí mismos y de anularse si llega el momento poco más que ecos escasamente audibles de una sola voz; una curiosa compañía, espectral, irreal, que pasa su tiempo en el Kremlin, leyendo periódicos en los que escribieron hace años, que escribieron y olvidaron, contemplando por todas partes sus retratos y sus bustos, y por todas partes escuchando aplausos, semicreídos y semitemidos, apartados de todo, no sólo del mundo en general, sino incluso de Rusia, de Moscú, embalsamados y conservados en el vacío; viejos tiranos que rumian el recuerdo de antiguas victorias y pasados entusiasmos, temerosos del futuro; tiranos llenos de ansiedad cuya aparente arrogancia no es sino debilidad y está cuajada de temores; sombras que llenan un espacio vacío en realidad y en el que supone que está la dictadura del proletariado.

Los amigos de la Unión Soviética

Las «mentes liberales» acudían en oleadas a la Unión Soviética en un desfile interminable: desde las grandes figuras como Shaw, Gide y Barbusse, Julián Huxley, Harold Laski y Sidney y Beatrice Webb, hasta maestrillos, clérigos progresistas y babeantes caballeros millonarios, todos ellos plenamente convencidos de que bajo la égira del gran Stalin se abría un nuevo amanecer para el mundo, en el que la raza humana estaría al fin unida en libertad, igualdad y fraternidad para siempre... Aquellos espíritus liberales estaban preparados para creerlo todo, por ridículo que fuese; para dar por bueno todo, por malvado que pareciese; para aprobarlo todo, aunque fuese evidentemente oscurantista y brutalmente autoritario, todo, siempre que ello contribuyera a conservar intacta la confiada expectación de que una de las tiranías más crueles, despiadadas y sangrientas que jamás existió en la tierra podía ser erigida en campeón de la libertad humana, de la hermandad de todos los hombres y de todas las otras causas liberales a las que ellos habían dedicado su vida y sus obras...

Estas figuras representan uno de los curiosos espectáculos de la época; resulta inolvidable la visión de esas personas, viajando, llenas de un invencible optimismo, a través de un país devastado por el hambre; pasando, en grupos alegres y felices, por pueblos y ciudades escuálidas, superpobladas; escuchando con fe inmovible lo que recitan los guías de la Intourist, cuidadosamente seleccionados, que repiten, como los niños la tabla de multiplicar, las falsas estadísticas y los monótonos slogans con que alimentan permanentemente a los ciudadanos soviéticos. Entre estos visitantes hay, sin duda, algún alto funcionario de la Liga de las Naciones Unidas, algún «dorado» cuáquero que en una ocasión tomó el té con Gandhi, algún opositor de las Leyes contra la blasfemia; algún firme defensor de la libre expresión y el libre comercio; algún miembro de la Liga contra la crueldad hacia los animales; veteranos llenos de cicatrices, supervivientes de cien batallas por la verdad, la paz y la libertad. Todos, todos ellos, cantando las alabanzas de la dictadura del proletariado y Stalin como su más gentil y amado representante. Era como si un grupo del Ejército de Salvación hubiera cambiado de repente de himno y de bandera en honor de alguna feroz divinidad tribal, o como si una sociedad de vegetarianos entonara una apasionada defensa del canibalismo.

Dado que el hombre existe únicamente si es imagen y semejanza de Dios, sólo existe si Dios existe. Negad la existencia de Dios y haced que el hombre haga un Dios de sí mismo y no un hombre; su propia imagen perecerá. *La única solución para el problema del hombre descansa en Cristo.*

BERDIAEV

La historia del mundo no es sino la historia de la lucha emprendida por los poderes del mundo y del infierno contra las almas sometidas humildemente a la acción divina. En esta lucha parecería que todas las ventajas se encuentran del lado del orgullo, y sin embargo, la humildad vence siempre. El orden de Dios siempre ha salido victorioso: los que han estado de su lado han triunfado con Él y son eternamente felices; la injusticia no ha podido nunca proteger a los desertores... El hombre de mente perversa se cree invencible. Pero, ¡oh Dios! ¿cómo puede resistirse a Tu poder? Un alma sola, contra la que se lanzan el infierno y el mundo no puede temer nada si está en el campo de los que se entregan al orden de Dios. Esta monstruosa exhibición de impiedad armada con tanto poder; este casco dorado, este cuerpo de plata, bronce y acero no es sino el fantasma de un polvo irisado, al que una piedrecilla dispersa en el viento... ¡Qué admirable es el Espíritu Santo en esta representación dramática que se repite una y otra vez a través de los tiempos! Tantas revoluciones, que crean terribles estragos entre los hombres, tantos héroes que alcanzan esplendor semejante al de las constelaciones que brillan en el firmamento sobre nuestras cabezas, tantos acontecimientos sorprendentes... Todo lo que libremente sirve a la iniquidad, se convierte en esclavo de ella, y la acción divina construye la Jerusalén celestial con las ruinas de Babilonia.

JEAN-PIERRE DE CAUSSADE

Lo que en el hombre hay de divino es sutil e impalpable y por eso se ve tentado con facilidad a representarlo en una forma concreta: una iglesia, un país, un sistema social, un líder, de tal modo que pueda aprehenderlo con menor

esfuerzo y servirse de ello con más provecho. Sin embargo, como se puso de relieve con Lincoln, el intento de externalizar el reino de los cielos en una envoltura temporal, puede representar un desastre. Pues no puede ser creado por leyes ni constituciones ni establecido por la fuerza de las armas. Lo que lo intentan solos lo conseguirán juntos; los que lo intentan en compañía perecerán por ellos mismos.

HUGH KINGSMILL

El periodista recuerda cuando era un niño y paseaba con su padre: podían ir por caminos difíciles, subir pendientes escarpadas, marchar por terrenos pantanosos, pero a él no le importaba. El niño tenía fe en su padre; sabía que sus propósitos eran amorosos y no malintencionados y estaba seguro de que regresaría a su casa felizmente y que superaría cualquier dificultad que pudiese presentarse. Lo mismo ocurre con respeto a Dios: si tenemos fe no puede haber ocasión de temor o de ansiedad. Los temores son la medida de nuestra falta de fe.

Es precisamente cuando nos falta toda la esperanza terrena cuando nos damos cuenta de que se ha buscado la esperanza en todas las fuentes terrenas, en las que no aparece: cuando todos los recursos, morales y materiales que ofrece este mundo han sido puestos en juego sin conseguir resultados, cuando para mitigar el frío estremecedor han sido arrojados al fuego todas las reservas de leña de que disponemos, cuando en la más impenetrable oscuridad se han apagado todas nuestras luces, entonces es cuando nos acogen las manos de Cristo, segura y firmemente, cuando la palabra de Cristo nos conforta inexpresablemente, cuando su luz brilla con más esplendor, ahuyentando para siempre la oscuridad.

Un día verdaderamente pacífico, del principio al fin, es muy raro en esta vida.

Los romanos construían mosaicos en el suelo; los cristianos edifican campanarios lanzados hacia el cielo.

Al no poder encontrar alojamiento en Moscú, el periodista y su esposa Kitty se establecen en Kliasma, a poca distancia de Moscú, en donde alquilan una dacha. Allí Kitty cae enferma, con fiebres

tifoideas. El periodista recuerda esta enfermedad, por haberla visto en la India y se llena de espanto al pensar en su responsabilidad al haber traído a su esposa a la Unión Soviética, lo que sin duda era una aventura; que podría perder a su esposa y a la criatura que lleva en sus entrañas. Ahora lo único que le importa es salvar a Kitty y al niño, engendrado en el amor y destinado a nacer en el amor: una nueva vida que clama por venir a este mundo, una partícula infinitesimal de la creación de Dios, con todas las potencialidades que ello implica. El periodista ha experimentado un amor que trasciende todas sus expresiones familiares, sus indulgencias y sus atributos; sin palabras, tan alejado de implicaciones carnales como quien se acerca al banquete eucarístico lo está del alimento humano; experimentado, quizás, a través de la infinitud, un soplo del amor de Dios hacia su creación, como un suave céfiro que trae el preludio de la primavera.

Deseo y amor

Un hombre y una mujer duermen juntos en un piso de la Avenida Henri Martin (una habitación absurda con una reja y enormes espejos). El hombre se despierta en la madrugada y oye que alguien está siendo asesinado en la calle, y sus últimos quejidos le recuerdan, curiosamente, la escena íntima que el hombre y la mujer han vivido un poco antes. Esto lleva al hombre a pensar que todas las manifestaciones de la pasión son iguales. Y que la única salida de la pasión es a través del amor; su única mitigación, la procreación.

La comida está encaminada a la alimentación, en tanto que la gastronomía es algo incidental, accesorio. De manera semejante, la fornicación está encaminada a la procreación y lo erótico es algo incidental, accesorio. En el mismo orden de cosas, la verdad sirve a la iluminación y el significado es incidental. Cambiemos ahora este orden: convirtamos a la gastronomía en un fin y a la alimentación en lo accesorio, al erotismo en un fin y a la procreación en lo secundario y prescindible, y aparecerá la enfermedad: saciedad en un caso; impotencia en el otro; en ambas situaciones el resultado último es la náusea, el «vomitorium». En cuanto a la búsqueda de la verdad, se pierde en la arena movediza de la historia, en la selva

de los hechos, en el cenagal del sentido o significado o del consenso. Para hacernos ver todo esto más claramente, Dios ha adoptado su medio usual del *reductio ad absurdum*, proporcionando tanto alimento que la lucha contra la obesidad se ha convertido en un culto; tanto y tan variado erotismo, que el deseo se debilita y muere.

El periodista tiene que informar acerca de la celebración del aniversario de la Revolución de Octubre. Esto lleva consigo dejar en Kliasma a Kitty y al hijo que espera, cada vez más activo en el seno de su madre, y marchar a Moscú. En la Plaza Roja, los tanques desfilan con su ensordecedor ruido; las formaciones aéreas cruzan el cielo; viene después la infantería, marcando impecablemente el paso de la oca; todo ello para gran gozo de pacifistas extranjeros como Henri Barbusse y el doctor Hewlett Johnson, Deán de Canterbury, vestido para la ocasión con sus ropajes canónicos, sin olvidar a otras celebridades nacionales como Máximo Gorki, quien, en sus visitas a la URSS desde su «villa» en Italia ofrece una imagen cada vez más estereotipada —tal es la práctica que tiene—, manifestándose y actuando tal como se espera que lo haga. Sobre el mausoleo de Lenin se arracima el Politburó, con Stalin un poco adelantado del resto, saludando a los usuales y orquestados aplausos. El periodista, como todos sus colegas, busca posibles huecos en el podio presidencial; esta vez el Politburó parece estar presente en su totalidad.

De nuevo en Kliasma, aprovecha un rato de descanso en el cuidado de Kitty para dar un pequeño paseo entre los pinos. Dos escenas ocupan su mente: Kitty, en su dacha, luchando por su vida y por la vida del hijo que espera; en la Plaza Roja, el poderío militar en su manifestación de tanques, aviones y soldados en formación, y el poder político encarnado por hombres asustados, aterrorizados más bien, reunidos en el mausoleo de Lenin, dispuestos a ser ejecutados o a cualquier otro destino dispuesto por el gran jefe, Stalin. En cierto modo, estas dos escenas se le presentan relacionadas: una, la Plaza Roja, enormemente más poderosa y significativa que la otra: un vientre distendido encerrando un cuerpecillo en formación. Sin embargo, el alma del periodista le dice que hay algo más que aquello: en la Plaza Roja están simplemente jugando a los soldados, en tanto que en la lucha como la que está viviendo Kitty, para traer al mundo una nueva vida, la creación de Dios se está completando. ¡Demos paso a la vida!

El periodista están tan absorbido y elevado en el curso de sus pensamientos que experimenta el impulso de arrodillarse y dar gra-

cias, pero se refrena, contentándose con sonreír a otros paseantes que como él, discurren por el bosque, y que, a diferencia de quienes transitan por las calles moscovitas, también le sonríen: ¡Querido hermano! ¡Querida hermana! Llega hasta una pequeña iglesia desierta que le fascinó desde su llegada a Kliasma. Alguien, evidentemente muy atrevido, ha repintado su fachada, que estaba muy deslucida y olvidada, haciendo así que ahora aparezca brillante con los rayos del sol poniente. Así, lleno de alegría, el periodista experimenta de repente la sensación de que todo va bien, que la vida triunfante estalla en los árboles, en las flores, en el césped, y que la fuerza contraria —el poder— cae pesadamente hacia abajo. En medio de ello se representa el drama de nuestra existencia. Y como en consonancia con este sentimiento, el periodista, de regreso a su dacha, encuentra a Kitty notablemente mejorada. Ha bajado la fiebre y tiene apetito; pronto se recuperará lo suficiente como para viajar a Inglaterra y allí vendrá a la vida el fruto que esperan: su hijo John.

El periodista, en Moscú, continúa enviando el periódico información sobre lo que ocurre en la URSS. Ha decidido viajar a Ucrania e informar sobre las precarias condiciones y el hambre que —se comenta— azota aquella región. Al llegar allí comprueba que la situación es aún peor de lo que se dice en Moscú y en tres artículos, enviados a Manchester por valija diplomática, describe con detalle los sufrimientos y privaciones a que está siendo sometido el país como resultado de la insistencia de Stalin en la total e inmediata colectivización de la agricultura y de la persecución de los kulaks, campesinos acomodados. El periodista sabe que cuando aparezcan sus artículos, su posición en Moscú será difícil, por lo que comienza a preparar su marcha.

Volviendo sobre su experiencia de Ucrania, destaca, sobre todo lo vivido, unas escenas concretas, en Kiev.

Domingo en Kiev

Una mañana de domingo, el periodista se encuentra en la antigua ciudad de Kiev, capital de Ucrania, y en un impulso se dirige a una iglesia en la que se está celebrando misa. En el interior del templo apenas hay espacio, pero se las arregla para situarse junto a un pilar desde el que puede observarse a los reunidos y ver el altar en el que se celebra la misa. Se trata de una congregación de fieles muy

variada: jóvenes y mayores, campesinos y gente de la ciudad, padres e hijos e incluso algunos soldados de uniforme. Los barbudos sacerdotes entonan sus plegarias y balancean sus incensarios dando la impresión de algo remoto y lejano. Nunca hasta entonces el periodista había participado en cultos como éste: el sentido dominante en esta pequeña iglesia es el de que los fieles se vuelven acongojados hacia Dios en medio de su gran aflicción. Aunque, por supuesto, el periodista no pueda seguir la ceremonia palabra por palabra, capta, sin embargo, el sentido general: no queda otro recurso sino entregarse, confiarse a la misericordia de Dios y pedir su ayuda. ¡Qué profundo sentimiento manifiestan los fieles en sus plegarias y ceremonias! El periodista está seguro de que en las mentes de los allí congregados, como en la suya propia, se pinta un paisaje de aldeas desoladas, abandonadas, de vagones de ganado rodando en el amanecer, repletos de cuerpos humanos camino del archipiélago Gulag, un paisaje de hambre y desesperación. ¿A quién pueden dirigirse en busca de ayuda? Ciertamente que no al Kremlin, ni a la dictadura del proletariado, ni a las fuerzas llamadas del progreso, la Ilustración del mundo occidental. Los miembros de las Cámaras británicas no tienen nada que ofrecerles. Las realizaciones de la *Izquierda radical*, por ejemplo, la *soi-dissant* Prensa libre, no está próxima a ellos. Así, solamente les queda Dios, y a Dios vuelven su rostro, con una pasión, una dedicación y una humildad infinitas. Y arrastran con ellos al periodista, que se siente más cerca de Dios que nunca.

Porque os digo, hermanos, este tiempo es breve.

EL APÓSTOL PABLO

Somos como personas que despertaran de un sueño y que de momento no pudieran coordinar sus pensamientos o darse cabal cuenta de dónde están. En este mundo, somos hijos de la luz que gradualmente nos despertamos al conocimiento de nosotros mismos. Para ello debemos meditar, rezar, trabajar incesantemente hasta conseguir una aprehensión real de lo que somos. Entonces, llagado el momento, iremos saliendo, poco a poco, de las sombras. Esperando a Dios cada día progresaremos también día a día y nos acercaremos a la verdadera y clara visión de lo que ha hecho Dios por nosotros.

En verdad que resulta muy difícil expresar las razones que abonan nuestras convicciones religiosas, y esto por muchas causas. Resulta muy penoso para un hombre devoto hacerlo, pues ello lleva consigo una permanente y casi indiscreta mirada a la presencia de las maravillosas obras de Dios dentro y fuera de él y que ha de examinar como haciendo gala de poseer una personalidad altamente calificada y crítica. Y mucho más penoso resulta, por no decir imposible, explicitar estas razones, porque son muy personales y privadas. Pero, para intentar aliviar su propia peregrinidad, el hombre religioso puede, a veces, intentar averiguarlas, así como tratar de exponerlas, lo mejor que pueda, en beneficio de los demás.

JOHN HENRY NEWMAN

Mientras el periodista se prepara para dejar Moscú, se pregunta qué ha aprendido en este tiempo pasado en la Unión Soviética y que sin duda ha constituido una inolvidable experiencia. Y su conclusión es que ha aprendido algo muy simple y claro: que los seres humanos no pueden llegar a ser fraternales, felices y pacíficos a través del ejercicio del poder, sino solamente por la experiencia del amor. El anuncio de Jesús de haber vencido al mundo precisamente cuando el mundo parece haberle vencido a Él prueba su verdad: las conquistas de César, aparentemente extensas y definitivas, son reducidas a la nada por los bárbaros. Jesús vence al mundo al ser vencido; las triunfos de César conducen al camino de la declinación y caída del Imperio romano.

El periodista pasa su última tarde en Moscú, como hizo a su llegada, paseando por la Plaza Roja. La plaza no ha cambiado, pero él sí; su preocupación se centra ahora en la falacia y fantasía del poder más que en sus potencialidades; en el absurdo de que el hombre con su debilidad, quiera socavar los propósitos de Dios para su Creación. Tal es la revelación que ha tomado cuerpo en el periodista como resultado del tiempo que ha vivido en la Unión Soviética. Y reza para no olvidarla. Asimismo, el periodista comprende por primera vez la gran verdad de que las victorias del superhombre son siempre derrotas, en tanto que Cristo crucificado es el eterno vencedor. En esas circunstancias, se pregunta el periodista: ¿se encuentra él entre la chusma que sigue el consenso y grita obedientemente: «¡Crucifícalo!», «¡Crucifícalo!»? ¿O, por el contra-

rio, y tal como se dijo a los discípulos, quiere tomar su cruz y seguir a Cristo?

Esta consideración le lleva a una profunda ansiedad y deseo. Sí, esto es precisamente lo que quiere; no simplemente considerar la posibilidad de entregar su vida a Dios, sino hacerlo aquí y ahora, sin condiciones y para siempre. «¡He aquí mi vida, tal como es; tómalas, Señor!» Es la primera vez que verdaderamente el periodista ha considerado seriamente la posibilidad de una entrega total, desafiándose para siempre de los propósitos egoístas y carnales, concentrando su atención en las necesidades de los demás más que en los propios apetitos; sirviendo al amor y a su alma más que al poder y a su voluntad, viviendo en la Eternidad más que en el Tiempo. Las perspectivas son apasionantes, pero también aterradoras. Da vueltas en su mente a los diferentes aspectos y posibilidades que su activo yo le presenta, y se ve como un monje, enfundado en su hábito, preferiblemente un franciscano, buscando por todas partes almas perdidas. O como un evangelizador, dirigiendo prédicas a las gentes que penden de sus palabras. O como un sacerdote, distribuyendo los sacramentos en las gradas del altar. Pero sus pensamientos se ven interrumpidos por la llegada de un gran automóvil con las cortinas echadas, que atraviesa las puertas del Kremlin. ¿Irán en él, piensa, el hombre de andar vacilante y del gran bigote negro?

El periodista sabe perfectamente que después de lo que ha escrito sobre la situación en Ucrania su visado será cancelado y tendrá que abandonar Rusia. Y sorprendentemente se da cuenta de que esto le entristece. A pesar de la terrible situación que ha visto en su viaje al Cáucaso, el país tiene una singular belleza. Y lo mismo ocurre con sus gentes: aterrorizados, empobrecidos, lavados sus cerebros, separados del resto del mundo, se le presentan en una forma misteriosa como guardianes del futuro; por encima de sus terribles sufrimientos y privaciones es como si sobre ellos gravitara una nueva revelación, trayendo consuelo y esperanza a un pueblo maltratado. Recuerda el periodista que Dostoievsky aventuró una profecía semejante. Y como confirmando este pensamiento, el periodista percibe un cambio en el viento que sopla sobre su rostro. Ha pasado de ser frío, helado, a cálido, e incluso parece como si trajera una delicada fragancia en sus alas, un suave aroma de flores que acaban de desplegar sus hojas preparando la floración que se anuncia. Ahora, el helado río se deshelerá y el sol descubrirá la tierra que ahora cubre la nieve. Es la llegada de la primavera; esto ha ocurrido millones de veces y sucederá millones de veces después.

Nada puede impedir que ese fenómeno suceda: la repentina aparición de la primavera.

Pensando en Dostoievsky y en su visión profética, el periodista decide detenerse en Leningrado, de regreso a su país, y visitar la tumba del escritor. No le resulta fácil localizarla; nadie le informa, ya que Dostoievsky todavía está considerado como un reaccionario contrarrevolucionario. Cuando encuentra la tumba, la encuentra abandonada y llena de vegetación, pero el busto aún es reconocible, a pesar de los destrozos causados en él por el tiempo. De pie ante la tumba del escritor, el periodista recuerda especialmente la novela *Los endemoniados* y lo expresivo que resulta de la situación actual su estudio del espíritu liberal personificado en Verkovensky, un personaje anticuado, romántico y visionario, que busca a una vieja dama para que cuide de él y su hijo, Peter, un anarquista y revolucionario dispuesto a traer el caos y la destrucción en todos sus aspectos.

Seguidores y planes de Peter Verkovensky

El maestro que se ríe con los niños de su Dios y de su cuna ya es de los nuestros. El abogado que defiende a un asesino educado alegando que siendo mentalmente más desarrollado que su víctima no podía asesinarlo por dinero, es ya uno de los nuestros. Los muchachos que matan un faisán por sentir una emoción son de los nuestros. Un acusador público que tiembla ante el tribunal porque no es suficientemente progresista, es de los nuestros. Administradores, autores, ¡oh!, hay cantidades y cantidades de los nuestros y ellos mismos no lo saben... Pero ahora son absolutamente esenciales una o dos generaciones de vicio. Monstruoso, desagradable vicio que convierte al hombre en un naufrago abyecto, cobarde, cruel y egoísta: eso es lo que queremos. Y sobre todo ello, un poco de «sangre fresca» para que se acostumbren...

DOSTOIEVSKY

A la luz de este concepto de los endemoniados, el periodista piensa que ha estado contemplando una interminable procesión de ellos llegando a Moscú en la persona de la «intelligentsia», llenos de admiración por la persona de Stalin y de su régimen soviético.

Juristas profundamente impresionados por la justicia soviética tal como se ejemplifica en el museo anti-Dios, maestros que ven en la educación soviética una superación de la existente en sus países, y así sucesivamente.

Ahora el periodista se encuentra, como muchos de sus conciudadanos, metido en otra guerra. Desde fuera, ésta es una perspectiva aterradora, que debería ser evitada a toda costa; subjetivamente, el periodista experimenta un secreto deseo de vestir un uniforme y desaparecer en el anonimato del servicio militar, como si se tratara de conseguir aquel deseo frustrado en la anterior guerra de 1914-1918. Sin embargo, sus esfuerzos por ser alistado resultan fallidos, porque los periodistas se encuentran entre los profesionales que no son enrolados. Así es destinado al recién creado Ministerio de Información. Por las noches, emplea su tiempo vagando por las calles oscurecidas de Londres. Advierte entonces que las prostitutas han sido provistas de pequeñas linternas como las de las bicicletas para señalar su presencia. La guerra trae la oscuridad, el Reino del Diablo, en contraste con el Reino de la Luz de Dios. *Fiat lux* en el *Fiat nox*.

El trabajo del periodista en el Ministerio de Información es tedioso y depresivo; luchar en la guerra puede encerrar una cierta excitación; pero hablar de ella, explicarla, justificarla, que es la labor en que está comprometido el Ministerio es, en palabras del Eclesiastés, «vanidad y molestia de espíritu». Del mismo modo que los veteranos de 1914-1918 sacuden la naftalina de sus uniformes preparándose para la guerra del 1939-1945, el Ministerio desentierra viejos slogans sobre la salvaguardia de la democracia y el estímulo a las acciones heroicas. Como vía de escape, el periodista consigue alistarse como cabo sin sueldo, en el Field Security, transformado más tarde en el Intelligence Corps, y marcha a Mychett Hutments, cerca de Aldershot, al cuartel del Corps of Military Pólice. Allí es vestido con un uniforme caqui, de viejo estilo, unos *breeches* y vendas en las piernas, convirtiéndose así en un auténtico soldado.

8. EL SOLDADO

A pesar del uniforme, de la instrucción, de la NAAFI con sus picheles de humeante té, y de vivir en un barracón con dieciséis reclutas de diversa procedencia, el soldado tiene todavía la sensación de encontrarse envuelto en una guerra inexistente e incluso ha llegado a pensar vagamente en insertar en el *The Times* una petición de información acerca de una guerra que no ve. Ha encontrado el medio de levantarse por las mañanas antes que los demás y tratar de anotar algunos pensamientos, pero la mayor parte de las veces no consigue escribir más que unas cuantas frases que no dicen nada, y entonces se detiene en medio de una frase. Cuando muere, piensa, se hallarán un gran número de cuadernos de notas repletos de frases inacabadas y que quizá adquieran un orden y un sentido en el improbable caso de que alguien se interese seriamente en ellas.

En la gris luz del amanecer, ve a sus compañeros dormidos, removiéndose a veces en sus catres, bostezando y en ocasiones escribiendo también. Alguno enciende la colilla que apagó la noche anterior y que había colocado tras su oreja para volverla a fumar en la mañana. Todos ellos son más jóvenes que el soldado, quien a sus treinta y seis años tiene blanco el cabello, que ya empieza a escasear, y manifiesta otras muchas muestras de decrepitud. Al ver a sus compañeros, el periodista siente en su interior una especie de ternura hacia ellos, y experimenta que le son verdaderamente queri-

dos, y no por razones concretas: su aspecto, su charla, su atractivo o su inteligencia, sino como pertenecientes a la familia humana de Dios; venidos todos ellos al mundo del mismo modo, y abandonándolo también de la misma manera cuando su vida se haya extinguido. Como Falstaff exclama cuando va reclutando hombres para la guerra: «¡Mortales!» «¡Mortales!»

Echado en el camastro, esforzándose para ser el primero en utilizar los servicios higiénicos, el Soldado considera su afecto por los compañeros del barracón; un afecto no relacionado con ningún propósito carnal o egoísta sino más bien la vaga generalización de un definitivo estado de espíritu; una conciencia de tener, con los demás, un propósito y un destino comunes; viendo a los seres humanos, estén donde estén y sean lo que sean, como pertenecientes a una familia a la que todos pertenecemos; viendo el amor que nos enlaza, además de enlazarnos con Dios, nuestro Creador. El amor no es solamente la condición para una relación perfecta entre Dios y el Hombre, sino que también enlaza la esencial naturaleza del propio Dios, manifiesta en su existencia mortal, pero trascendiendo nuestra mortalidad.

Si hablare las lenguas de los hombres y de los ángeles, más no tuviese caridad, no soy sino un bronce resonante o un címbalo estruendoso.

Y aunque poseyera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviera toda la fe hasta trasladar montañas, mas no tuviera caridad, nada soy...

La caridad jamás decae. Que si profecías, se desvanecerán; que si lenguas, cesarán; que si ciencia, se desvanecerá... Ahora subsisten fe, esperanza, caridad, esas tres; mas la mayor de ellas es la caridad.

I Corintios, 13

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿Angustia? ¿Persecución? ¿Hambre? ¿Desnudez? ¿Peligro? ¿Espada?... Mas en todas estas cosas soberanamente vencemos por obra de aquél que nos amó. Porque seguro estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles ni principados, ni cosas presentes ni futuras, ni poderíos, ni altura ni profun-

didad, ni alguna otra criatura será capaz de apartarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro

Romanos, 8; 35-39

Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido y conoce a Dios.

Quien no ama no conoció a Dios, porque Dios es amor.

I Juan, 4; 7-8

Love

*Love bade me welcome; yet my soul drew back
 Conscious of dust and sin.
 But quulck-eyed Love, observing me grow slack
 From my first entrance in,
 Drew nearee to me, sweetly questioning,
 If I lacked anything.
 «A guest», I answered, «worthy to be here»
 Love said, «You shall be he»
 «I, the unkind, ungrateful? Ah, my dear,
 I cannot look on thee»
 Love took my hand, and smiling did reply,
 «Who made the eyes buy I?»
 «Truth, Lord, but I have marred them; let my
 [shame
 Go where it doth deserve».
 «And know yo not» says Love, «who bore the
 [blame?»
 «My dear, then I will serve»
 «You musí sit down» says Love, «and taste my
 [meat»
 So I did sit and eat»**

GEORGE HERBERT

* Amor

El amor me dio la bienvenida; sin embargo, mi alma retrocedió / consciente de su suciedad y su pecado. / Pero el amor con rápida mirada, dándose cuenta de que me detenía / en mi camino hacia él / se colocó más cerca de mí, preguntándome dulcemente / si me faltaba algo / «Un huésped», contestó, «merecedor de estar aquí»

Insinuaciones a la conversión

Como con el canto llano gregoriano de Solesmes, Simone Weil fue consciente por primera vez de los valores estéticos de la obra de Herbert: «Yo solía pensar que estaba diciendo unos versos bellos; pero aunque no me daba cuenta de ello, la recitación obró el efecto de una oración. Y sucedió que en el otoño de 1933, cuando yo decía su poema *Love*, vino a mí el propio Jesucristo y me arrebató. Ella había negado siempre la posibilidad de un «contacto real, persona a persona, aquí en la tierra, entre un ser humano y Dios». Y sin embargo, sintió el toque de lo divino

Simone Weil, A fellowship in Love por Jacques Cabaud

Así elevado, el soldado se plantea una pregunta directa. ¿Qué es lo que cree verdaderamente? Inmediata e instintivamente, comienza a recitar para sí mismo, como en tantas otras ocasiones en la Capilla del College en Cambridge, a veces al amanecer, cuando aún está medio dormido, o por la noche, diciendo: Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del Cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor... «realizando mentalmente los gestos correspondientes, inclinando la cabeza, santiguándose, arrodillándose, y terminando con un conjunto de afirmaciones hasta llegar a "la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén"».

¿Cree verdaderamente todo aquello? ¿O parte de ello?, se pregunta a sí mismo. ¿Que Dios hizo el cielo y la tierra en dos momentos distintos? ¿O que él mismo, el periodista, como los «Mortales» de Falstaff, cuando muera se deshará y resucitará después con el mismo cuerpo y vivirá eternamente? Quiere decir: «Señor, yo creo», recordando al hombre de que habla San Marcos en el capítulo 9, versículos 14-24, de su Evangelio, cuyo hijo estaba poseído por un espíritu mudo, que le echaba por tierra y le hacía lanzar espumarajos. «Si algo puedes —dice a Jesús el padre— socórrenos, compadecido de nosotros». Y Jesús le dice: «Todo es posible al que

/ Dijo el Amor: «Tú serás ese» / «¿Yo, el intratable, el ingrato? Ah, amado, yo no puedo mirarte» / El Amor tomó mi mano y sonriendo replicó: «¿Quién hizo los ojos sino yo?» / Es verdad, Señor, pero yo los he extraviado; permite a mi vergüenza ir donde verdaderamente merece». / «¿Y no sabes», dice el Amor, «quién tuvo la culpa?» / «Querido, yo serviré» / «Debes sentarte», dice el Amor «y gustar mi alimento». / Así yo me senté y comí.

cree». Al punto el padre del niño a gritos, decía: «Creo, socorre a mi fe, aunque sea poca». En el barracón, el soldado, con lágrimas en los ojos, repite aquellas palabras: «Señor, creo; socorre a mi fe, aunque sea poca». Siente entonces el impulso de arrodillarse junto a su lecho y proclamar su fe, pero cobardemente permanece en pie y en lugar de ello se reprocha por haberse quedado en la cama y haber perdido el primer lugar en las abluciones matutinas.

Los meses siguientes la guerra se presenta en toda su realidad al soldado, primero en Sheernes, en la Isla de Sheppey, donde es testigo de la llegada de las desmoralizadas tropas francesas, que huían del irresistible avance de los *Panzers* alemanes en París; después, cuando fue enviado al Cuartel general de las Fuerzas a St. Paul's School, Hammersmith, el «blitz» entró en todo su apogeo. El soldado se encontraba en Camden Hill paseando la tarde de un domingo cuando se escuchó un potente zumbido en el cielo, seguido pronto del ruido de las bombas. Desde entonces, el «blitz» fue un espectáculo nocturno casi cotidiano, una especie de *son-et-lumière*, de la vida real; suenan las sirenas, caen las bombas, destruyen los edificios y después se cuentan los muertos. Contemplando el espectáculo desde Parliament Hill, al soldado le parece que Londres está ardiendo, con grandes llamaradas que se elevan hasta el cielo, nubes de humo por todas partes y el ruido de los edificios que se desploman. La escena provoca en él un sentimiento de exaltación, una especie de alegría terrible y extraña ante la contemplación de tantos destrozos. ¿Qué habrá sido del palacio de Buckingham? ¿Estará aún en pie el Parlamento? ¿Y la Casa de la Radio? ¿Y los Tribunales de Justicia? Y sobre todo, Fleet Street, que debe constituir sin duda, un buen blanco.

Después, el soldado piensa que alegrarse de la destrucción es crearla, del mismo modo que los niños que tiran piedras a las ventanas de una casa vacía; la rivalidad y las guerras deben pasar tanto como el ansia de destrucción que existe en su interior, más impetuosa cada vez, como ocurre siempre con el hombre malvado. Y pensando en ello, el periodista se siente disgustado consigo mismo por haber sucumbido tan fácilmente a los efectos del estrago del «blitz». Y reflexiona que quizás habría sido mejor la propia destrucción que gloriarse en la destrucción de todo lo que hay en su entorno. En efecto, una o dos bombas incendiarias han caído cerca de él, y podrían haber acabado con su vida. Las escenas de confusión, de ruidos, de destrucción, y su propia locura al deleitarse en ello, le lleva al deseo, que siempre le ronda consciente e inconsciente-

mente, de romper con toda mundanidad, despojarse de su yo sensual y egoísta como una serpiente se despoja de su antigua piel y dedicarse totalmente a servir los propósitos de Dios tal como han sido revelados por Jesucristo y simbolizados por la Cruz en la que murió. Una frase de San Francisco de Asís resuena frecuentemente en el soldado: «desnudo en la tierra desnuda», y ella sintetiza la más bendita de todas las condiciones, de tal modo, que sordo a las voces de sirena de la carne y del yo, despojado de todas las tretas y deseos de su propio corazón, pueda concentrar su voluntad en un único propósito: caminar más cerca de Dios.

El mundo visible permanece sin su interpretación divina; la Santa Iglesia en sus sacramentos... permanecerá hasta el fin de los siglos como un símbolo de la realidad celestial. Sus misterios no son sino la expresión en lenguaje humano de las verdades que la mente humana no puede comprender. Así, la naturaleza es una parábola y la escritura una alegoría.

JOHN HENRY NEWMAN

La historia crea los mitos y los mitos revelan la historia. O, dicho de otro modo, solamente estudiando los mitos puede ser descubierta la historia. Los hombres pueden vivir sin historia, pero no sin mitos. En este sentido, todo lo que sucede es una parábola más que un suceso o una serie de sucesos; viéndolo con esta perspectiva, el mensaje es claro. La «Fearful Symmetry» se manifiesta así. De este modo, al tratar de construir su propia imagen, al tratar de instituir un paraíso terrenal, los hombres sólo consiguen subrayar la propia imperfección; el pretendido paraíso terrenal no es sino un infierno celestial.

El Jesús histórico se ha hecho el Cristo de la fe, la revelación de la «Fearful Symmetry» que está en la base de toda experiencia humana, de toda historia, de todo acontecer, grande o pequeño, individual o colectivo.

Walking with God

*Oh! for a dozer walk with God
A calme and heavenly frame;
A light to shine upon the road
That leads me to the Lamb*

*Where is the blessedness I knew
When first I saw the Lord?
Where is the soul-refreshing view
Of Jesús and His world?*

*What peaceful hours I once enjoyed
How sweet their memory still!
But they have left an aching void
The world can never fill.*

*Return, O holy aove, return,
Sweet messenger of rest;
I hate the sins that made Thee mourn,
And drove thee from my breast.*

*The dearest idol I have known,
What e'er that idol be,
Help me to tear it from Thy throne
And worship only Thee.*

*So shall my walk be close with God,
Calm and serene my frame;
So purer light shall mark the road
That leads me to the Lamb**

WILLIAM COWPER

La guerra tiene que ver con la muerte, pero el soldado sólo se ocupa de palabras, escritas y habladas. Perdidas las esperanzas de tomar parte en una batalla sangrienta, con la posibilidad de matar

*** Caminando con Dios**

Oh, caminar más cerca de Dios/ un tranquilo y celestial marco: / una luz que ilumina el camino que me lleva hasta el Cordero. / ¿Dónde está la bendición que conocí / la primera vez que vi al Señor? / ¿Dónde está la visión, que alivia el alma, de Jesús y su palabra? / ¡Qué horas tan pacíficas gocé entonces! / ¡Qué dulcemente se conserva su memoria! / Pero han dejado un doloroso vacío / que el mundo nunca puede llenar. / Vuelve, oh santa Paloma, vuelve / dulce mensajero del descanso; / Odio Jos pecados que te entristecieron / y Jos expulsé de mi pecho. / Los ídolos más queridos que conocí / nunca más adoraré. / Ayúdame a llorar desde tu trono / y a adorarte sólo a Ti. / Así yo caminaré más cerca de Dios / quieta y serena mi alma. / Así una luz más pura marcará el camino / que me lleva hasta el Cordero.

v de ser muerto, el soldado consigue ser enviado a Mozambique, entonces colonia portuguesa en África y por lo tanto, territorio neutral. Es destinado al Consulado general británico en Lourenço Marques, la capital, con el cargo oficial de vicecónsul al servicio de M 16, la versión en tiempo de guerra del Servicio Secreto o SIS (*Secret Intelligence Service*). Su misión real es la de contraespionaje, lo que significa tratar de saber lo que pretenden hacer o lo que hacen los cónsules enemigos, Wertz, el alemán y Campini, el italiano, y si es posible, frustrar sus acciones. Ello lleva consigo tener que tomar parte en la triste vida nocturna de Lourenço Marques, lo que solamente es posible con la ayuda del alcohol. Una noche, de regreso de una fiesta, bastante bebido, el soldado cae en un estado de inexpresable melancolía. De todos los papeles que hubiera pensado desempeñar como beligerante en una guerra, éste que ahora tiene a su cargo es en el que menos podría haber pensado: en una lejana región de África, cerca del ecuador, dando tumbos por clubs llenos de sudafricanos vociferantes en perpetua juerga.

Es el punto más bajo en la vida del soldado pero también el momento más decisivo.

Llegó con el coche hasta el punto más alejado en la costa a unas seis millas de Lourenço Marques, y allí descendió de él y se desnudó. Aún estaban encendidas las luces en el Café de Peter y en el Costa da Sol. Como la marea estaba baja tuvo que andar dentro del agua durante largo trecho hasta que encontró profundidad suficiente para nadar. Esto era el fin de su vida, su último momento en la tierra. Trató de acordarse de la palabra francesa para «ahogado». Todo se le antojaba irreal; en realidad, ¿había un solo momento en su vida en que hubiera vivido verdaderamente? Todo era falso, el amor, el odio, la desesperación, todo igualmente falso. Incluso lo que estaba haciendo ahora se le antojaba falso. ¿Qué es él, sumergiéndose en el mar abierto? ¿Qué está sucediendo realmente? El fondo sobre el que pisaba es fangoso, el agua fría, el aire húmedo. Al final había encontrado profundidad suficiente para nadar. Empezó a hacerlo, cambiando el negro color del agua en espuma blanca al hendirla con sus brazos. Pronto el agua le cubrió y seguía nadando. Ahora se sentía cómodo, tranquilo. Mirando hacia atrás apenas podía ver la línea de playa; solamente las luces del Café de Peter y el Costa da Sol

lejos, muy lejos. Empezó a temblar, se hundió bajo el agua, temblando; salió de nuevo a la superficie/ se tumbó descansando como en un lecho. Podía dormirse en este colchón de agua, dormir. De pronto, sin pensarlo, se encontró nadando en dirección a la playa. Estaba muy cansado; se sentía como si estuviera de nuevo en lo profundo, y no estaba; pidió ayuda tontamente y fijó sus ojos en las luces del Café de Peter y en el Costa da Sol.

Eran las luces del mundo, las luces de su hogar, de su habitat, al que pertenecía. Debía llegar hasta ellas. A esto siguió una alegría como no había experimentado antes; un éxtasis. *De modo misterioso se dio cuenta claramente de que no había oscuridad, sino sólo la posibilidad de perder de vista la luz que brilla eternamente,* que nuestros groseros apetitos no son más que los ciegos esfuerzos de un recién nacido en busca del pecho que le dará el alimento vital, que nuestros sufrimientos, nuestra aflicción son parte —una parte esencial, ciertamente —de un drama inacabable, que gira en torno a las dos grandes propuestas del bien y del mal, de la luz y de las tinieblas. Un breve intermedio, una encarnación que mira al principio del tiempo y que se dirige hacia un último cumplimiento del universal espíritu de amor que informa, ilumina, anima toda creación, desde la más pequeña partícula de la materia inanimada hasta el trono radiante del mismo Dios.

Ahora sentía el fondo bajo sus pies y empezó a nadar trabajosamente en dirección a la playa, acercándose al estuario de un río, camino por el que, recién llegado a Lourenço Marques alcanzó por primera vez el mar. A su alrededor todo se tornaba profundo lodo negro, en el que se hundía al pisar. Más por suerte que por orientación, llegó hasta el coche. Y ya en aquel momento, pero mucho más claramente después de que aquello ocurrió, se dio cuenta de que su marcha por el fango era una especie de parábola. Caminando pesada y torpemente en aquel lodazal, se grabó hondamente en su corazón —y jamás lo olvidaría— que no era una simple casualidad, sino que por el contrario estaba lleno de sentido el que le atrajeran y llamaran las luces del Café de Peter y del Costa da Sol. Que también él tenía dentro de sí algo que debía tratar de decir, algo que debía ser, hasta que Dios le llamase a reposar en aquel sueño

eterno que él había tratado de buscar ahora, fatua y pecadoramente, en las cálidas aguas de Lourenco Marques. Cuando finalmente llegó a su automóvil y se vistió sus ropas, comenzaba a amanecer; el negro cielo africano empezaba tímidamente a teñirse de gris. Respiró hondamente en el aire de la mañana, ansiosamente; después de todo, él seguía vivo.

Aunque apenas se dio cuenta de ello entonces, y el proceso de reflexión fue muy lento, este episodio representó para él uno de esos cambios profundos que acaecen en nuestras vidas... Una especie de adolescencia espiritual, que, desde entonces, transformó totalmente sus valores, sus propósitos, sus esperanzas, desde lo carnal a lo espiritual, desde lo inmediato, el ahora, a lo duradero, lo eterno. En el pequeño y oscuro calabozo del yo, encadenado y maniatado había atisbado un mínimo rayo de luz a través de la ventana situada encima de él. Era la luz del Café de Peter y del Costa da Sol llamándolo para que regresara a la tierra, su morada mortal; era la luz grisácea del amanecer anunciando el nuevo día mientras él tropezaba y vacilaba en el negro lodo; era la luz del mundo. Los barrotes de la ventana, cuando los contempló más de cerca, tomaron la forma de una Cruz.

Chronicles of Wasted Time

Posteriormente, el soldado trae con frecuencia a su mente la escena de su regreso a la vida, y cómo lo que le emplazó a ello no fue el recuerdo de pasados éxtasis: la música transportándole a alturas elevadísimas, el amor rebosante cuando dos almas se funden en una sola, la belleza de un día de verano, el descubrimiento de las palabras yendo más allá de su significado, sus hijos, y después sus nietos creciendo para seguir el eterno peregrinar, de cuyo final él había estado próximo. Ninguna de estas cosas le llamó; únicamente las luces de un café barato cercano al mar; un cobijo ruidoso de hombres y mujeres mortales.

Se abre camino en él la idea de que lo verdaderamente maravilloso de la vida es su carácter ordinario más que las cosas que se nos antojan extraordinarias. Dios no vino a nosotros envuelto en nubes de gloria; encarnado, no se manifestó como un sabio o letrado; y se dirigió a los niños como más merecedores de atención que los escri-

bas y los fariseos; trató la mayor parte de su vida con el pueblo bajo; buscó a sus discípulos entre los pescadores e incluso así uno de sus escogidos se manifestó como un ladrón, y el resto de los discípulos emprendió la huida cuando se cumplió la Pasión.

En todo caso, Dios, que es infinito, no puede ser contemplado con ojos finitos o entendido con mentes finitas. Por muchos milenios que exista, la especie humana siempre será lo mismo; la Nube de lo Incógnito, que se tiende entre el Tiempo y la Eternidad, entre el Hombre y su Creador, nunca puede ser atravesada. Fatigamos nuestros ojos tratando de ver a Dios, nuestros oídos tratando de oírlo, nuestras mentes tratando de comprenderlo, pero todo es en vano. El misterio es eterno, para siempre; quienes han pretendido profundizar en él, gurús, variopintos *exaltes*, científicos, adivinos, no han hecho más que realzar el misterio. La Nube de lo Incógnito permanece opaca e impenetrable; está bien claro que Dios quiere que así sea. Y cuando nuestros ojos se abren y nos damos cuenta de la verdadera significación de nuestra breve existencia en este pequeño planeta, los esfuerzos para explicarlo, sean científicos (Darwin), ideológicos (Marx), visionarios (William Morris), filosóficos (Herbert Spencer), teológicos (Bultmann), aparecen como carentes de toda significación.

El resto de la guerra fue vivida por el soldado como oficial de enlace con la *Securité Militaire* francesa, primero en el Norte de África, después en París, de cuya *soi-dissant* liberación fue testigo. Las escenas de la Liberación no le parece que fueran edificantes; *Épuration* es la orden del día, con delaciones de todos acerca de todos. Las comisarías y puestos de policía están llenos de gentes acusadas de colaboracionismo, pues los denunciantes piensan que cuanto más feroces sean las denuncias que formulen menos probabilidades tienen de que les crean culpables. La realidad es, por supuesto, que todo aquel que no se ha marchado o ha permanecido oculto durante la invasión enemiga puede ser más pronto o más tarde acusado de colaboracionista. Los tenderos franceses tenían que vender necesariamente sus mercancías a los soldados alemanes; asimismo, las prostitutas francesas yacían con oficiales alemanes si eran capaces de atraerlos, y si no, con alemanes de otro rango. Los restaurantes parisinos estaban llenos de hambrientos alemanes de todo tipo, que querían saborear la famosa cocina francesa; los peluqueros arreglaban el pelo de los cabezas cuadradas prusianas y los comediantes procuraban no herir con sus representaciones la sensibilidad de los soldados alemanes y mucho menos la de los nazis.

Llega la liberación y todo cambia. Los oficiales alemanes desaparecen y los soldados que han demorado su marcha pronto se dan cuenta de que también deben desaparecer lo más pronto posible. Las prisiones están llenas a rebosar de supuestos colaboracionistas, y los tribunales, muchos de ellos compuestos por antiguos petainistas, demuestran su lealtad al nuevo régimen del general De Gaulle juzgando a destajo y pronunciando sin parar sentencias de prisión o aún peores.

En Maxim's, el famoso restaurante, los oficiales británicos y norteamericanos celebran la liberación sin el inconveniente de tener que pagar la cuenta. Mme. Chanel logra escaparse de la *épuration* anunciando en el escaparate de su establecimiento que el afamado Chanel n.º 5 es *gratuit* para todos los G.I. Fresnes y otras prisiones están llenas a rebosar, con bastantes políticos como para formar un gobierno, y actores y actrices para montar un espectáculo permanente con un reparto constituido todo él por estrellas. En la *Rive Gauche* la animación es la de siempre; las luces rojas brillan, los jugadores hacen sus apuestas y los croupiers recogen las ganancias; los clubs de «striptease» siguen presentando sus espectáculos, al igual que los travestís. Para el soldado, todo este bullicio quedó sintetizado en una escena inolvidable: la melancólica expresión de un payaso que concluye su actuación sacudiendo la cabeza y exclamando casi como en un sollozo: «*Et maintenant, nous sommes libres*» («Y ahora, estamos liberados»). El rostro de este payaso sigue impresionando al soldado, está seguro de que ya lo ha visto antes. Al día siguiente, al ver fugazmente al General de Gaulle, que acaba de llegar a París, y que, sin ninguna autoridad, ha tomado el poder, comprende en seguida el parecido que el payaso tiene con el general: la misma vaga melancolía, el mismo aire ausente, la misma impresión de sonambulismo. La mueca del payaso y la retórica de De Gaulle son dos versiones de la misma arlequinada.

Acabada la guerra, el soldado ya no tiene gran cosa que hacer en París excepto esperar su licencia, y se pregunta: ¿Quiénes son, de hecho, los beneficiarios? ¿Quiénes han sido liberados? No ciertamente los berlineses, en su asolada ciudad. Ni las gentes de la Europa Oriental, ostensiblemente liberadas por el Ejército Rojo, que permanecerá allí por muchos años. Ni los vencedores ni los vencidos parecen haber sido liberados, ni individual ni colectivamente; ni los que arrojaron la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, ni los habitantes de estas ciudades, de los cuales un gran número fueron borrados de la faz de la tierra. En París, sin embar-

go, el soldado toma contacto por casualidad con una persona de la que puede decir verdaderamente que ha sido liberada. Es una joven —llamémosla Frangoise— cuyos padres la trajeron hasta él. A primera vista, parece muy asustada; su cabeza afeitada da a su cara un aire grotesco que nada tiene que ver con el resto de su cuerpo. Los padres explican lo sucedido: durante la ocupación tuvieron alojado en su casa a un soldado alemán. Era una buena persona, que les ayudó llevándoles alimentos y combustible. Casi inevitablemente, él y Francoise se enamoraron. Y entonces llega la cruz de la historia: con encogimiento de hombros y gestos expresivos de las manos, explican que Francoise quedó embarazada.

Cuando las tropas alemanas se retiran de París, el soldado alemán permanece junto a Francoise, pero las FFI (Forces Francaises Intérieures) lo encuentran y lo fusilan, de modo que Francoise queda viuda antes de ser esposa y madre. Pero esto no la salva de que la afeiten la cabeza y la hagan desfilar por las calles de París para lección y escarmiento de traidoras. La situación para Francoise es aún más trágica, porque supone que en el pelotón que fusiló al soldado alemán figuraba el propio hermano de la muchacha. Lo notable del caso es que el amor de Francoise hacia el soldado alemán fusilado y la alegría por el niño que esperaba, eran superiores al sufrimiento y la tristeza. Es decir, la muchacha se había liberado; ella, la colaboracionista, la traidora, en una ciudad que festeja su propia *soi-dissant* liberación.

El soldado tiene ocasión de proteger a la muchacha de otra posible «atención» por parte de los celebrantes de la liberación. Después, pierde el contacto con ella y con su familia, pero jamás olvida la historia de esta liberación, relacionándola, tal como es, con otra gran ocasión liberadora, en el Gólgota, cuando un Hombre es ridiculizado y crucificado, demostrándose desde entonces, a través de los veinte siglos siguientes, que el único camino para la verdadera liberación es el sufrimiento y la dinámica del amor más bien que la exaltación y la dinámica del poder. ¡Qué cosa tan extraordinaria —piensa el soldado— que una mujer con la cabeza afeitada y el corazón destrozado pueda señalar el camino para liberarse de la servidumbre del yo y de la carne en la que hemos nacido!

De este modo, el soldado llega a comprender que el ejercicio del poder no conduce a la liberación. Los ejércitos no pueden liberar ni la liberación puede hallarse en el campo del vencedor. El prisionero encuentra libertad en la aceptación de su cautividad; sus carceleros se encierran a sí mismos. ¿Qué es lo verdadero —se pregunta el

soldado—: el victorioso desfile por los Campos Elíseos, encabezado por Churchill y de Gaulle, o la muchacha con la cabeza rapada, llena de dolor por su felicidad desaparecida? Como Pilato cuando se pregunta qué es la verdad, el soldado no espera respuesta.

La sombra del mundo se abate sobre el rostro de la inocencia. Me fue concedido llevar desde mis años de prisión.. ., una experiencia esencial: cómo un ser humano llega a ser malo y cómo bueno. Intoxicado por mis éxitos juveniles yo pensaba ser infalible, y por ello fui cruel. Cuando disfruté del poder fui un asesino y un opresor. En mis momentos más malvados yo estaba seguro de que obraba bien y me convencía con argumentos sistemáticos. Y fue solamente en el archipiélago Gulag, en la podredumbre de la prisión, cuando sentí en mi interior las primeras conmociones del bien. Gradualmente se me fue poniendo de manifiesto que la línea que separa el bien del mal pasa, no a través de los Estados, ni de las clases sociales, ni por los partidos políticos, sino precisamente a través del corazón humano y de todos los corazones de los hombres... Y entonces yo me vuelvo hacia los años de mi encarcelamiento y digo ante el asombro, a veces, de quienes están en torno mío: *¡Bendita seas, prisión!*

ALEXANDER SOLZENITSYN

Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Mt 11: 28-30

Así, liberémonos del ego —un gran peso— y de los sucios apetitos, de todo el cargamento del diablo y entonces el navio zarpará alegremente. De igual modo que el poseso Gadarene es liberado de sus demonios transferidos a una manada de cerdos que después se precipitan furiosamente en el mar, así el prisionero de sus pecados es liberado de su cautiverio; caen las ataduras que le sujetaban a sus deseos y sensualidad y él se reúne, en la gloriosa libertad que proclama el apóstol Pablo, con los hijos de Dios, libertad con la que ninguna otra admite comparación y casi podríamos decir, ni siquiera tiene existencia.

9. CORRESPONSAL EN EL EXTRANJERO

Con la convicción de que, después de todo, París *no* ha sido liberado, el soldado decide liberarse él, vistiendo ropas civiles y reuniéndose con su esposa y sus hijos; todo esto, sin consultar con sus superiores. Asimismo, busca empleo en el *Daily Telegraph* y vuelve otra vez el viejo ritual: sentarse en torno a la mesa del Director y ver qué temas merecen la atención editorial. El espacio disponible en el periódico es escaso, debido al racionamiento del papel, por lo que, en cierto modo, la frondosidad del lenguaje empleado parece particularmente ridículo: algo así como un cuello de astracán en un abrigo andrajoso. Londres muestra claramente las huellas de la guerra: la hierba crece en los cráteres de las bombas, que se convierten en enormes charcos de agua cuando llueve. Se puede ver con frecuencia el interior de una casa destrozada por el bombardeo: las paredes empapeladas, la chimenea, como si se tratase de un estudio de cine. Igualmente, las iglesias bombardeadas parecen ruinas arqueológicas, reducidas a esta condición por el «blitz», en un abrir y cerrar de ojos, en vez de haber llegado a esta situación por la acción inexorable, pero lenta, del tiempo.

Aquí y allá, pilas de sacos de arena, y anuncios deshilachados advirtiéndolo aún que el hablar descuidado cuesta vidas. Todavía se ven personas de uniforme y algunos sólo con fragmentos de uniforme.

En esas circunstancias, la vieja inquietud aparece de nuevo en el periodista. Tiene noticia de que el corresponsal del *Daily Telegraph* en Washington va a ser relevado y se ofrece para ocupar su puesto. Es aceptado y con mezclados sentimientos de alegría y preocupación hace los arreglos necesarios para la partida. Kitty va a despedirle a Liverpool. Cuando el navio zarpa, él ve a su esposa diciéndole adiós en el muelle. Su figura se hace cada vez más pequeña a medida que la distancia se hace mayor, hasta que, por fin, desaparece de su vista. Entonces, se apodera de él la angustia. ¿Qué está haciendo, se pregunta, sino llenar su tiempo, gastarlo? Aburrido en un lugar, se marcha a otro; cansado del trato de una persona, busca a otra. Así, su vida no tiene verdadero sentido; la consume vagabundeando por el mundo, para encontrar que toda su aparente variedad no es más que una ilusión, que por todas partes todos los hombres y todas las cosas se repiten sin fin. De nuevo se presenta ante él la horrible tentación: le resultaría tan fácil lanzarse al agua desde el barco sin ningún Costa da Sol que le reclamara, sin posibilidad de alcanzar la tierra. Ahora está acodado en la borda del barco, observando la estela que deja tras de sí. Nadie le ve; no hay posibilidad de que puedan encontrar su cuerpo, y sólo unas pocas líneas en su periódico darían la noticia de la extraña desaparición del recién nombrado corresponsal en Washington, sin ninguna mención a su corazón roto.

¿Por qué se deja acosar por la idea de desaparecer? Recuerda cómo cuenta Tolstoi que se deshizo de una cuerda que tenía en su habitación por temor a utilizarla para ahorcarse. Tolstoi, un gran escritor, famoso, rico, con una esposa y unos hijos a los que amaba, con una hermosa mansión, Yasnaia Poliana. También el corresponsal, que tiene una esposa a la que ama y unos hijos preciosos, tiene razones más que suficientes para estar satisfecho de la vida, y querer vivirla. Y, sin embargo, ahora, de nuevo las nubes oscuras se agolpan sobre él y la acidia toma posesión de su persona.

Ahora ronda por la mente del corresponsal con gran insistencia, una frase del libro de rezos: «Cuyo servicio es la perfecta libertad». ¡Qué maravilloso sería tomar la cruz sin más consideración que seguir a Cristo donde El quiera llevarle en la seguridad de que obrando así experimentaría como nunca la libertad perfecta! ¡Qué inexpresable alegría! No importa ser llevado al Gólgota como un tercer malhechor crucificado junto a Jesús; sería una maravillosa liberación de la ambición, de la codicia, de la lujuria, de la envidia, en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Y en ese momento suena

el gong que anuncia la hora de la cena y el corresponsal interrumpe sus meditaciones para buscar una cara agradable entre sus compañeros de travesía, con la esperanza de que el Capitán le haya asignado un lugar en la mesa junto a alguna persona distinguida e importante.

Llegado a Washington e instalado en su pequeña oficina del National Press Building, el corresponsal trata de ponerse al corriente de los dos teletipos que vierten ingentes cantidades de papel amarillo repleto de noticias y que se amontonan en el suelo, hasta el punto de que si el corresponsal sale un momento del despacho, apenas puede abrir la puerta a su regreso. De vez en cuando se inclina y recoge un puñado de noticias para ver si hay algún tema interesante para los lectores del *Daily Telegraph* en su viaje diario desde las afueras de Londres hasta la City. También se apilan sobre su mesa montañas de periódicos, que los domingos alcanzan proporciones elefantiacas, pero que, al igual que los teletipos, contienen noticias que pueden ser cribadas y enviadas al otro lado del Atlántico. En realidad no hace falta, a veces, ni salir de casa para buscar la noticia, así, uno de los compañeros del corresponsal tiene el teletipo en su apartamento y no necesita ausentarse de él, excepto en ocasiones muy especiales. Por otra parte, el teléfono es suficiente. Cuando se despierta por las mañanas, escudriña en las noticias producidas durante la noche, y antes de ir a la cama da un repaso a lo que el día ha producido. El corresponsal se imagina a sí mismo con frecuencia enfundado en su bata casera, como un viejo eremita buscando un lugar sagrado dedicado, en su caso, a la Noticia Eterna: «En el principio fue la Noticia, y la Noticia se hizo palabra y habitó entre nosotros, sin gracia alguna y llena de mentiras».

El corresponsal emplea la mayor parte de su tiempo en una interminable búsqueda de noticias. Además de los teletipos y los periódicos hay otras fuentes a las que acudir. Por ejemplo en el Capitolio, el Senado y la Cámara de Representantes; el corresponsal tiene un paseo especial que le permite asistir a sus sesiones, con frecuencia muy pomposas en su desarrollo, especialmente en el Senado, cuyos miembros disponen de escupideras personales que utilizan de vez en cuando. Está también el Departamento de Estado, en el que presiden Dean Acheson y el general Marshall. Después, alguna que otra llamada de la embajada británica, en la Massachusetts Avenue, en el improbable caso de que tengan allí algo que decir sobre alguna cosa.

Finalmente, el tema más importante de todos: las conferencias

de prensa del Presidente, en la Casa Blanca, en la cual los periodistas nacionales y extranjeros se reúnen en torno al Presidente —en este caso, Harry S. Truman—, sentado ante su escritorio en el Salón Oval. El corresponsal estudia cuidadosamente al Presidente, muy pulcramente vestido, con un traje de sarga azul, las dos puntas del pañuelo surgiendo del bolsillo superior de su chaqueta, pantalones cuidadosamente planchados, zapatos rutilantes. En primer lugar, el Presidente toma unos papeles y comienza a dar lectura a un comunicado sobre la bomba atómica; como el maestro que hiciera un dictado, su cara es inexpresiva; las palabras son pronunciadas cuidadosamente. Viene después el turno de preguntas: «Señor Presidente, esto», «Señor Presidente, aquello». El Presidente contesta lo mejor que puede y sólo una o dos veces la respuesta es «No comment». Después, la rueda de prensa se termina, los periodistas corren a sus teléfonos; en una de las últimas ocasiones uno de los corresponsales, en su prisa por llegar antes que nadie, se rompió una pierna. Esta vez, sanos y salvos, todos los periodistas cuentan sus historias tratando de ser los primeros en hacerlo.

Cuando el corresponsal regresa a su oficina, el teletipo está dando su propia versión de la conferencia de prensa que acaba de celebrarse. Ha aderezado, como si dijéramos, lo que se ha dicho en el Salón Oval con determinados condimentos, convirtiéndolo en un pastel cocido en un horno rápido. Las posteriores experiencias de su trabajo en Washington hacen al corresponsal cada vez más consciente del misterio de los acontecimientos del mundo y de la forma que les dan al convertirlos en noticias. Además, como los medios de información y difusión de noticias se aceleran cada vez más, de modo tal que las palabras, y después las imágenes se transmiten por el mundo con la velocidad del rayo, la autenticidad de lo que se dice resulta cada vez más dudosa a los ojos de quienes las manejan y cada vez más convincentes para quienes las reciben.

Siguiendo este pensamiento, el corresponsal llega a la conclusión de que lo que es trascendental en nuestra vida sigue siendo un misterio que ha de ser creído por la fe más que explorado en los hechos: *creo*, más bien que *sé*. Verdaderamente, los hechos —concluye— han venido a ser como el gran fuego fatuo de nuestro tiempo. Un libro sobre este tema extraordinariamente apreciado por el Corresponsal es *The Cloud of Unknowing*, que se supone fue escrito por un monje del siglo XIV, cuya profunda piedad y estilo claro y sincero imprimen a la narración una agudeza especial. La iluminación, nos dice, procede más bien de la aceptación de un

misterio que de intentar desentrañarlo. La Nube del Conocimiento es la que nos trae la oscuridad. Biabe, con sorprendente adivinación, puso de manifiesto su comprensión de todo esto cuando al referirse al *De dignitate et augmentis scientiarum*, Bacon dijo que eran «buenas noticias para el reino de Satán».

La nube de lo Desconocido

Miremos ahora hacia adelante y olvidemos el pasado.

Entre nosotros y nuestro Dios no hay una Nube de Aire sino una nube de lo Incógnito.

Ningún hombre puede pensar al mismo Dios-. Puede ser amado, pero no pensado. Por el amor, Dios puede ser alcanzado y poseído, pero nunca por el pensamiento.

Golpea siempre en esta Nube de lo Incógnito que media entre ti y tu Dios con un agudo dardo de ansioso amor.

Mi tartamudeante lengua carnal... La gran herrumbre del pecado.

Lección, meditación y oración... De otro modo, leer, pensar y orar.

Comparad éste en todas partes y éste todo con aquél en ningún sitio y aquella nada, que no son otra cosa que la divina Nube de lo Incógnito.

El conocimiento más divino de Dios es aquél que lo conoce por lo desconocido.

Porque Dios, con sus ojos misericordiosos, no mira lo que eres ni lo que has sido, sino lo que quisieras ser.

Ahora verdaderamente creo que quien no quiere ir derecho al Cielo escoge el camino más fácil para ir al infierno.

A menos que sea restringida por la luz de la gracia en la razón, nunca cesará, dormida o despierta, de presentar diversas imágenes desordenadas de criaturas corporales o algunas otras fantasías, que no son otra cosa que fantasías corporales de cosas fantasmales o fantasías fantasmales de cosas corporales. Y siempre engañosas y falsas.

Y porque durante todo el tiempo que vivas esta miserable vida sentirás siempre en alguna parte de tu ser esta loca

hinchazón maloliente del pecado como si fuese algo inseparable de la sustancia del mismo ser, debes comparar el significado de estas dos palabras: PECADO y DIOS. Así, si tú temes a Dios rechazarás entonces al pecado; y cuanto más decididamente lo rechaces, más tendrás contigo a Dios... Pues te digo verdaderamente que el diablo tiene sus contemplativos como Dios tiene los suyos.

En su nueva circunstancia el Corresponsal se encuentra preocupado más que nunca por la conciencia de sus propios pecados, que llenan desordenadamente su vida como las algas el Mar de los Sargazos. En cuanto al diablo, ¿quién puede dejar de admirar su sabiduría para hacer creer que no existe, con lo que consigue tener las manos completamente libres para sus propósitos? Personalmente el corresponsal cree sin sombra de duda que el diablo *sí* existe, porque ha visto su inconfundible cara en un espejo, roja, glotona, los ojos cargados; en suma, un retrato de la sensualidad. Y para él fue un tremendo choque al reconocer en aquel rostro congestionado el suyo propio. Entonces, quería gritar, con el Peregrino de Bunyan, oprimido por el fardo de sus pecados: «¡Oh, qué miserable soy! ¿Quién me libraré del cuerpo de esta muerte?» En el caso del Corresponsal, el componente más pesado de este fardo de pecados es la lujuria, con sus falsos éxtasis, sus fingidas protestas de amor y la terrible confusión entre pasión y amor.

Al tratar de enfrentarse con lo que san Agustín denomina «rascarse la irritada comezón de su pasión», el corresponsal encuentra a la vez solución y solaz en las propias *Confesiones* del santo que describen con gran claridad y firmeza primero su rendición a los impulsos egoístas y eróticos, y después, la lucha por desprenderse de los bajos impulsos del apetito y la voluntad y tratar de elevarse hasta la inefable verdad vislumbrada por Agustín y su madre Mónica en Ostia poco antes de que ella muriera.

Si hubiese alguno en quien callase el tumulto de la carne, callasen las imágenes de la tierra, el agua y el aire; callasen también los cielos, y aun el alma misma callase consigo y sin pensar en sí, se remontase sobre sí; callasen los sueños y revelaciones imaginarias; si toda lengua, y todo signo, y todo lo que va pasando al ser hecho totalmente en alguno callase... y sólo Él hablase, no por medio de ellas, sino por sí mismo, no por lengua de carne, ni por voz

de ángel, ni por sonido de nube, ni por enigma de parábola... sino a Él mismo sin ellas oigamos...

SANT AGUSTÍN

Confesiones Lib. IX, cap. 10, 25

El año 410 d. C. en Cartago, en el Norte de África, llegan a Agustín las noticias de que Roma ha sido saqueada. En los días en que aún estaba en pie el Imperio Romano, Agustín anticipa que esto ocurrirá más pronto o más tarde a todo reino terrenal. El mundo se ha hecho viejo, está lleno de tribulaciones; el mundo, tal como lo conocemos, pasará... Aquí, verdaderamente —dice—, no tenemos una verdadera ciudad permanente, sino que hemos de buscarla en otro lugar; las ciudades construidas por los hombres serán destruidas antes o después, pero está también la Ciudad de Dios, que no ha sido edificada por los hombres y que los hombres no pueden destruir. Agustín veía claramente que el Imperio Romano estaba cercano a su fin.

El corresponsal se atreve a trazar un cierto paralelismo entre su propia carrera y la de san Agustín: ambos son, en frase del santo, «vendedores de palabras», fugitivos de la mortalidad sin perder su apreciación de las bellezas que el mundo ofrece, de las delicias del amor humano y, sobre todo, de la alegría y el cumplimiento de la búsqueda de Dios, su Creador, a través de la Encarnación. En un famoso pasaje en el libro 10 de las *Confesiones*, San Agustín se pregunta a sí mismo qué es lo que ama cuando ama a Dios y concluye que aunque su amor por Dios trasciende al amor humano, sin embargo, lo comparte.

Mas, ¿qué amo yo cuando os amo? No hermosura de cuerpo, ni belleza de tiempo, ni claridad de luz, ésa que es a estos ojos deleitosa; no dulces melodías de cualquier linaje de cánticos, no fragancias de flores ni de perfumes y aromas; no maná, ni mieles; no miembros agradables a los abrazos de la carne. Nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo una cierta luz, una cierta fragancia, y un cierto manjar, y un cierto abrazo, cuando amo a mi Dios: luz, voz, fragancia, manjar y abrazo de mi hombre anterior, donde resplandecen a mi alma lo que no está limitado a lugar y donde suena lo que no arrebatara el tiempo, y donde huele lo que el viento no esparce, y donde se une lo que no saborea lo que no mengua comiéndose y

donde se une lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

SAN AGUSTÍN

El destino espléndido de Agustín es ofrecer la alternativa de la realidad de Cristo a un mundo de fantasía, cansado, enfermo: ir adelante, caminar hacia el verdadero fin proclamando en las ruinas del otro gran Imperio Romano la eterna gloria y disponibilidad de la Ciudad de Dios. ¡Qué maravilloso ejemplo de lo que Blake denomina la *Fearful Symmetry*, el que unos veinte siglos después, una ramplona presentación de las obscenidades del emperador Claudio en televisión proporcione diversión a otro mundo que se descompone igualmente! Algún futuro Gibbon señalará seguramente que en el último crepúsculo del Cristianismo la avanzada tecnología entonces disponible fue utilizada para que la decadencia del mundo antiguo completara la decadencia del nuevo.

Confesiones de San Agustín

Confía el pasado a la misericordia de Dios, el presente a Su amor, el futuro a Su providencia.

El hombre es un gran abismo. Oh, Señor, Tú cuentas sus cabellos pero los cabellos de su cabeza son más fáciles de contar que sus sentimientos, los movimientos de su corazón.

Damos por sentado, sin asombrarnos, los pequeños milagros, como el que año tras año el agua que riega una viña se convierta en vino, y nos sentimos maravillados cuando el mismo proceso se produce en un momento en Cana de Galilea.

Me avergüenza el que mi lengua no pueda cumplir lo prometido a mi corazón.

Los hombres se extasían ante las altas montañas, ante la infinitud de los mares, ante la anchura de los ríos, ante el inmenso océano y los movimientos de las estrellas, y sin embargo, no se conocen a sí mismos: no se maravillan de sí mismos.

¿Acaso hay algo más maravilloso, alguna ocasión en que la razón humana esté más cerca de conversar con la naturaleza de las cosas, que la siembra de las semillas, la plantación de los esquejes, el trasplante de arbustos, el injerto de sarmientos?

Si yo no puedo encontrarme a mí mismo, cuánto menos podré encontrar a Dios.

Hay una luz que no cambia, vista con los ojos del alma. El que conoce la verdad sabe lo que es la luz y el que la conoce, conoce la Eternidad.

¡Oh, hombre codicioso! ¿qué te satisfará si Dios no te satisface?

Dejadnos escuchar, hermanos, dejadnos escuchar y cantar; dejadnos pensar por la Ciudad de la que somos ciudadanos. Penando por ella, ya estamos allí, hemos lanzado nuestra esperanza como un ancla en la costa.

9. PEREGRINACIÓN ESPIRITUAL

En el transcurso de la filmación de «The Holy Land» («Tierra Santa») durante el cual tuve ocasión de comprobar por mí mismo la realidad de la soledad de Jesús en el desierto, visité la Iglesia de la Natividad, en Belén. Y fue allí donde recibí la primera insinuación a la conversión: una sensación mística, una sensación de ser algo más, de otro modo de vida no conectado con los propósitos e intenciones del ego. Yo era espectador del escenario de Tierra Santa, pero la obra era el mismo Jesús.

Recuerdo el momento preciso de la iluminación. Yo estaba sentado en la cripta esperando el momento en que se cerrase al público y pudiéramos empezar a rodar. Por la mañana temprano habíamos estado filmando en los lugares de alrededor, en donde se dice que los pastores cuidaban de su ganado cuando escucharon el anuncio del gran gozo. Esa mañana había en aquel lugar un pastor con su rebaño, convenientemente separados, por cierto, los corderos de las cabras. Cuando el pastor se apercibió de nuestra presencia y del equipo que llevábamos, tomó en sus brazos uno de los corderos y compuso la imagen del «buen pastor» exactamente igual que en las estampas que yo recuerdo tan bien de mi niñez. Después, cuando ya nuestro operador había realizado la toma, el pastor dejó en el suelo el cordero y vino hasta nosotros para demandar el precio de su colaboración.

Después de esta indecorosa transacción y de alejarnos del pastor y su rebaño fuimos a la Iglesia de la Natividad, con grandes dificultades, por cierto, para llegar hasta allí, por la enorme cantidad de mendigos que nos pedían limosna y de niños ofreciendo tarjetas, rosarios y otros recuerdos.

En la cripta me senté sobre una piedra, medio oculta en la sombra originada por las velas, la única iluminación del lugar. ¡Qué ridículos eran los llamados «santuarios»!, pensaba en mi interior. ¡Qué ruin el comercialismo o mercantilismo que los explota! ¿Quién sino un loco crédulo podía suponer que el lugar señalado en la cripta con una cruz de plata era verdaderamente el sitio donde nació Jesús? Me pareció que Tierra Santa se había transformado en una especie de «Jesuslandia», en la misma línea que Disneyland.

Mientras estos pensamientos cruzaban mi mente, empecé a advertir la conducta de los visitantes de la cripta: algunos se santiguaban; unos pocos se arrodillaban; la mayor parte eran los clásicos buscadores de felicidad del siglo XX para quienes la Iglesia de la Natividad era una etapa más de un viaje turístico como podría serlo el Taj Mahal, el Museo de Cera de Mme. Tussaud o el Mausoleo de Lenin. Y sin embargo, en cada rostro se notaba el reflejo de una cierta transfiguración por la experiencia de estar en el lugar en que se supone ocurrió el nacimiento de Jesús. ¡Aquí fue donde ocurrió!, parecían decir todos. ¡Aquí vino al mundo! ¡Aquí lo encontraremos! En aquel lugar desaparecían la simple y frívola curiosidad, la despreocupación. Una vez más, en aquel lugar brillaba la gloria, y las voces angélicas proclamaban: *Hoy ha nacido entre nosotros... un Salvador, que es Cristo, el Señor!* transformando el simple lugar de atracción turística en un auténtico santuario.

Allí donde dos o tres se reúnan en mi nombre —prometió Jesús— *allí estaré yo en medio de ellos.* La promesa se ha cumplido e incluso en el lugar más improbable. El lugar de su nacimiento.

Está escrito en el Antiguo Testamento que ningún hombre puede ver a Dios y seguir viviendo; a la vez, como Kierkegaard señala, Dios no puede hacer al hombre su igual sin transformarlo en algo más que en hombre. La única solución para Dios era hacerse hombre, y lo hizo encarnándose en la persona de Jesús. A partir de entonces se abrió una ventana en el estrecho y oscuro calabozo del yo en el que todos languidecemos, dejando entrar una luz, proveyendo al hombre de una perspectiva y ofreciéndole una vía para redimirle de la servidumbre de la carne y del imperio de la voluntad, en lo que San Pablo llamó «la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

Esto es lo que la Encarnación realizó en el nacimiento de Jesús y lo que significó el drama de su predicación, muerte y resurrección. Con ello la Eternidad pisa en el Tiempo y el Tiempo se sumerge en la Eternidad. Por ello Jesús, a los ojos de Dios es un hombre y a los ojos de los hombres, es Dios. Esto es sublimemente sencillo: un trascendental «serial» que se viene desarrollando siglo tras siglo y que ha experimentado infinitas variaciones en el guión, en la música, en el diálogo, pero en él algo permanece constante: la figura central, Jesús.

Fue paseando por las calles de Moscú cuando el otro sueño —el reino de los cielos en la tierra— se desvaneció dentro de mí para no reaparecer jamás. Aquellas figuras grises, anónimas, vagando como yo por las calles de la ciudad se me antojaban infinitamente remotas, extrañas, y sin embargo, a la vez cercanas y queridas en cierto modo. Las calles grises eran el paraíso; los edificios sin ojos, las muchas mansiones de que se compone el cielo. Tuve otro vislumbre del paraíso en Berlín, después de su «liberación», con sus imponentes edificios y sus «celestes» huéspedes, todavía con el resplandor de la «liberación» en sus rostros, trocando cigarrillos por latas de Spam y amor por las dos cosas (Más tarde, este paraíso fue transformado en otro paraíso brillante, resplandeciente, con posibilidad de encontrar amor fácil pero no ya a cambio de Spam sino de papel moneda.) ¡Tantos paraísos surgiendo por todas partes, todos con muchas mansiones, mansiones de luz y amor; y el más majestuoso de todos ellos, el paraíso en el que se basan todos los demás: la isla de Manhattan! ¡Oh, qué maravillosas mansiones parecen alcanzar desde allí el cielo! ¡Qué celeste Musak fluyendo por calles y edificios, qué deslumbradoras luces ofreciendo deleitables esperanzas y deseos, qué celestes huéspedes persiguiendo la felicidad en mágicos escenarios de colores vivos!

¿Y Tú, Jesús? No he percibido ni siquiera una fugaz visión de Ti en ninguno de esos paraísos, a menos que Tú fueses un viejo limpiabotas negro en una inhóspita esquina de Chicago una mañana de febrero, con una sonrisa de oreja a oreja, o un hombrecillo cojo en el Departamento de Inmigración de Nueva York, sonriendo pacientemente mientras escuchaba una tras otra, a los puertorriqueños que parecían ir de allí a la eternidad. ¡Oh!, y quien pintara la fachada de aquella pequeña iglesia en los bosques de Kliasma, cerca de Moscú, renovada con azules tan brillantes como el cielo y tan blancos y resplandecientes como la nieve. Estos podían haber sido Tú, Jesús. O en Kiev, en una misa Pascual, cuando el hambre

colectivizada cantaba rítmicamente, en tanto que Bernard Shaw y los corresponsales de prensa hablaban al mundo de los graneros repletos de cereal y de las muchachas de mejillas sonrosadas de Ucrania. ¡Qué congregación de fieles, la de aquella igl«sita, apretados como sardinas en lata! Yo mismo estaba oprimido junto a un pilar del templo, y apenas podía respirar. Tantos rostros grises, hambrientos, todos luminosos como los personajes de un cuadro del Greco, y todos cantando tus alabanzas. Y ¡cómo cantaban! Sus cánticos expresaban que no hay esperanza más que en Ti; nadie a quien volver el rostro sino a Ti. Yo tuve entonces la impresión de que podía haberte tocado, tan cerca estabas —no en el altar, por supuesto, donde los barbudos sacerdotes, coronados, moviéndose y cantando, hacían oscilar sus incensarios—, tan cerca estabas de nosotros: eras una de aquellas figuras de rostro gris; eras, sin duda, la más gris y la más luminosa de todas.

En cierto modo, resultaba extraño que fuera allí donde yo me sintiese tan cerca de Ti, Jesús, en la tierra en la que durante medio siglo la práctica de la religión había sido suprimida drásticamente; en donde estaba prohibida incluso la impresión de los Evangelios y Tú eras ridiculizado por los órganos oficiales de un Estado todopoderoso, del mismo modo que lo fuiste por los soldados romanos cuando queriendo mofarse de Ti te proclamaron Rey de los Judíos. Pero, reflexionando sobre ello me di cuenta de que no era tan extraño, porque es infinitamente preferible ser aborrecido que abrazado por los que detentan la autoridad. Donde la distinción entre Dios y el César es tan clara, ninguno de los sentidos en que puede tomarse permite creer que lleve a ningún buen propósito tratar de conectar un diálogo entre las dos partes. En los países comunistas un ateísmo inequívoco e insalvable divide los reinos de la tierra en los que reina el Diablo, con clérigos gesticulantes y enloquecidos en tierra de nadie. Y proporciona las circunstancias perfectas para que la fe cristiana brote renovada de manera tan misteriosa como surgió en las circunstancias históricas del principio de la era cristiana. Yo busco en el Este, y no en el Oeste la nueva Estrella de Belén.

Sería confortador para mí poder decir: ¡«Ahora veo!»; recitar con absoluta convicción uno de los venerables Credos de la Iglesia: «Creo en Dios, Padre todopoderoso..», *alcanzar* un momento de iluminación en el que todo apareciera milagrosamente claro, unirme con total identificación a alguna de las formas del culto cristiano. Y sobre todo, poder sentirme capaz de decirte: «¡Señor!», y esperar confiadamente tus mandatos. Pero ¡ay! esto no sería verdad, y lo que

tú requieres de nosotros es, seguramente, la verdad. Y yo he de confesar que mi creencia es vacilante, que no creo totalmente ningún Credo, que no he alcanzado un momento suficiente de iluminación.

¿Y Tú? ¿Qué sé yo de Ti? Una presencia viva en el mundo; que eres Aquel que, entre todos los billones de seres humanos procede más inmediatamente de Dios y va más inmediatamente a Dios, en tanto que, a la vez, permanece más humanamente y más íntimamente aquí, entre nosotros, hoy como ayer y como mañana, en todo tiempo. ¿Viviste y moriste y resucitaste de entre los muertos, como dicen? ¿Quién sabe o, en este caso, ¿a quién le preocupa? La historia es para los muertos y Tú estás vivo. De manera semejante, todas las iglesias que han aparecido y se mantienen en Tu nombre, desde el más pequeño convento a las más imponente catedral tan sublimemente alzada hacia el cielo, son para los muertos y deben morir; están, en realidad, muriendo desde que empezaron a ser construidas. Porque pertenecen al Tiempo y Tú eres eternidad. Y en la intersección del tiempo y la Eternidad —enclavada aquí—, Tú nos ofreces un perpetuo recuerdo de que viviendo morimos y muriendo vivimos. Una maravillosa encarnación que contemplar: la luz del mundo, verdaderamente.

Fiat lux. ¡Hágase la luz! Así empezó todo, al soberano mandato de Dios; así deberá continuar hasta el fin de los tiempos —historia inacabada—, a no ser que Tú intervengas, mostrando otra luz en los más recónditos parajes de la voluntad humana, en donde el yo reina y lanza permanentemente sus tentáculos de nuevos deseos. Habiendo visto esta otra luz, yo me vuelvo hacia ella, esforzándome y creciendo en dirección suya como las plantas se vuelven hacia el sol; la luz del amor, aboliendo las tinieblas, la rivalidad y la confusión; la luz de la creatividad, iluminando las negruras de la destrucción. Porque, en términos históricos, la tiniebla nos cubre, oscureciéndonos a nosotros y a nuestro mundo, y Tú has venido a la historia. Tú viniste como la luz del mundo para que todo el que en Ti creyere no permaneciera en la oscuridad. Tu luz brilla en la tiniebla y las tinieblas no te han vencido. Ni te vencerán jamás.

Siempre me he sentido como un extraño en este mundo, consciente de que nuestro hogar está en otro. Ahora, cercano ya el final de mi peregrinación, he encontrado un lugar de descanso en la Iglesia Católica, desde el que puedo ver las Puertas del Cielo, abiertas en el Muro de Jerusalén, más claramente que desde ningún otro lugar, si bien como a través de un cristal oscuro.

El padre Bidone, un sacerdote italiano ya fallecido desgraciada-

mente, y la Madre Teresa de Calcuta han sido las personas que más influencia han tenido en mi decisión final de ingresar en la Iglesia Católica, aun cuando ha transcurrido un largo espacio de tiempo hasta que lo hice.

Me alegró muchísimo la concesión del Premio Nobel a la Madre Teresa. Y, por supuesto, no porque el premio como tal le añadiera algo o realzara su figura, pues más bien es ella la que ennoblece un premio instituido por el inventor de la dinamita como una recompensa en metálico. Después de todo, antes que ella habían recibido el Nobel el primer ministro del Viet Nam y Henry Kissinger, ninguno de los cuales se caracterizaban precisamente por ser la paloma de la paz. No, la gloria del premio, en este caso, consistía precisamente en la satisfacción que nos proporcionaba a todos los que amamos y respetamos a la Madre Teresa, convencidos de que ello serviría para extender aún más el conocimiento de la obra de amor y compasión en la que ella y sus Misioneras de la Caridad están comprometidas tan abnegadamente.

Ya la primera vez que vi a la Madre Teresa, hace ahora unos quince años, con ocasión de una entrevista para la televisión, me di inmediata cuenta de que me hallaba en presencia de alguien con una personalidad única. Ello no era debido, evidentemente, a su apariencia, que es sencillísima y modesta, de modo tal, que difícilmente se le podrían aplicar adjetivos tales como «encanto» o «carisma» al menos a primera vista. Ni tampoco a su agudeza y rápida comprensión de las cosas, aunque ambas son notorias, ni siquiera a su manifiesta piedad, verdadera humildad y fácil propensión a la risa. Hay una frase de un salmo que siempre evoca en mí la presencia de la Madre Teresa: «la belleza de la felicidad»; una belleza especial, penetrante, generada por una vida dedicada totalmente a amar a Dios y a su creación. Esto es, creo, lo que los pintores medievales quisieron indicar con los halos luminosos colocados tras la cabeza de los santos.

Pensando en la Madre Teresa como hago muy frecuentemente, en la íntima seguridad de que un día será elevada a los altares, trato de encontrar en ella las características de un santo. Y en primer lugar y contrariamente a lo que se podría suponer, la evasión, el vivir «en otro mundo» no es una de ellas. La Madre Teresa está firmemente asentada aquí, en el mundo, en el tiempo y en la mortalidad, y sus juicios relativos a ello han demostrado ser muy agudos y certeros. Su sentido práctico me ha sorprendido siempre y me sigue sorprendiendo. Así, ella tiene bajo su responsabilidad unas

trescientas casas en diferentes partes del mundo, incluidas algunas en lugares tan distantes entre sí y en mundos tan diversos como el Yemen o Zagreb, que le originan problemas a veces muy delicados. El cuartel general de una empresa de estas proporciones y extensión, ocuparía, en otras circunstancias, un rascacielos entero, lleno de equipos empresariales, ordenadores, secretarias, máquinas de escribir y teletipos.

La Madre Teresa, sin embargo, dirige todo ello sin nada de ese tipo, contestando personalmente la correspondencia generalmente en horas avanzadas de la noche, y viajando en los medios más económicos posibles. En una ocasión se ofreció como azafata a la Air India para poder viajar gratis. Su oferta, desgraciadamente, no fue aceptada, pero ¡qué azafata hubiera hecho! El dinero que recibe lo destina exclusivamente a la atención de los pobres y no a la administración de su obra; en cualquier caso, está segura de que funcionará todo cuando y como haga falta. Y así sucede, milagrosamente. Ha prohibido siempre a sus cooperadores organizar campañas para recabar recursos porque —dice— esto distrae su atención de su verdadera tarea, que es la de confortar y ayudar a los que están solos, a los afligidos, a los que no tienen esperanza.

De una parte, hace que los aspectos místicos aparezcan como un componente del humano vivir diario; de otra, es como si dotara de trascendencia nuestras expectativas más corrientes y ordinarias. Así, persuade a muchas de las aspirantes que llegan hasta ella de que no tienen capacidad para ser miembros activos de su orden; que, de un modo u otro, la fortaleza para aceptar la aflicción le da a ella fuerza adicional y valor para su tarea; que el valor en el sufrimiento es el motor de su obra. Yo he visto a una señora preparándose para someterse a su enésima operación con rostro radiante y gozoso porque estaba convencida de que, por ello, la Madre Teresa adquiriría más fuerza en el servicio de Cristo. Asimismo, la Madre logró convencer a señoras indias de una casta superior para que le ayudasen a recoger a las personas abandonadas en las calles de Calcuta, algo que yo, como cualquiera que haya vivido algún tiempo en la India, creía imposible.

Su respuesta a los acontecimientos y circunstancias es siempre maravillosamente adecuada. Por ejemplo, su reacción ante la concesión del Premio Nobel de la Paz fue desaparecer durante un mes en completo retiro, olvidándose de periodistas y reporteros, de los teléfonos que llamaban sin cesar, de las cartas y telegramas que llegaban en grandes cantidades. O también, y en otra ocasión,

mientras aguardaba la realización de una entrevista en televisión en un programa americano costa-a-costa, al notar que, uno tras otros, los anuncios que se estaban emitiendo previamente eran de alimentos preparados recomendados para no engordar y como no alimenticios, dijo en voz baja, pero perfectamente audible: «Veo que Cristo hace falta en los estudios de televisión».

Por supuesto que tiene la inestimable ventaja de no ver nunca televisión, de no oír la radio, de no leer los periódicos, por lo que posee una clara visión de lo que realmente sucede en el mundo; las voces de sirena del «consenso» no llegan hasta ella. Esto hace posible el que sus Misioneras de la Caridad, en todo el mundo estén exactamente allí donde más falta hacen. Como san Francisco con sus frailes, espera que lleven la sonrisa junto con la caridad; como otra santa Teresa, la de Ávila —aunque la madre se cuida bien de decir que su nombre es en memoria de otra Teresa, la de Lisieux—, en sus constituciones no exagera el valor de lo que este mundo tiene que ofrecer.

La orden que la Madre Teresa ha fundado es, seguramente, tan estricta, si no lo es más, que cualquier otra de las existentes. Y sin embargo, aunque incluso en órdenes que han suavizado el rigor de la regla, las novicias son pocas y llegan muy de vez en cuando, las aspirantes a ingresar en la obra de la Madre Teresa son legión. Hace algún tiempo vino a visitarme con unas veinticinco aspirantes a Misioneras de la Caridad, de varias razas y naciones y todas me parecieron encantadas de su empeño en unirse a la Madre Teresa y mostraban, evidentemente, su alegría al ser aceptadas para compartir una vida cuyo propósito contrasta tan abiertamente con la autoindulgencia que es considerada hoy como sinónimo de felicidad y «calidad de vida». ¡Qué curioso resulta el que otros no parezcan comprender lo que resulta tan claro para ellas: que cuanto más se pide en el nombre de Dios más se nos concede, y viceversa!

Podría seguir enumerando durante mucho tiempo las cualidades de la Madre Teresa. Jean-Pierre de Caussade habla de cómo la continuación del Nuevo Testamento viene siendo escrita por almas santas que siguen la senda de los profetas y de los apóstoles, y no por libros canónicos, y que continúan, con el ejemplo de sus vidas, la historia del proyecto divino. Así, del mismo modo que los grandes artistas han pintado el misterio de la Encarnación, los grandes escritores lo han descrito y dramatizado, los grandes compositores lo han puesto en música y los grandes arquitectos lo han plasmado en grandes monumentos, los grandes santos lo han vivido. La mera presencia de la Madre Teresa, incluso sólo pensar en ella, resuelve y

disuelve las grandes locuras y grandes confusiones de nuestro tiempo, y una vez más, el Verbo de Dios Omnipotente desciende de los cielos para morar sobre nosotros, lleno de gracia y de verdad. Esta es la misión que cumplen los santos y por ellos habla el Paráclito. Una de las razones de que haya dudado tanto antes de hacerme católico fue mi desacuerdo con algunos de los elementos humanos que veía en la Iglesia Católica. A pesar de la carta que recibí de la Madre Teresa yo me mantenía en mis dudas y hubo de pasar aún bastante tiempo antes de que mi mente se convenciera.

«Pienso, querido amigo, escribía, que se encuentra ahora mejor. Siento no poder dar respuesta a su profundo sufrimiento. No sé por qué, pero usted se me representa como Nicodemo (que llegó a Jesús ocultándose en la noche) y estoy segura de que la respuesta sería la misma: «A menos que te hagas como un niño...»

Estoy segura de que lo entenderá claramente todo: sólo si quiere hacerse como un niño en las manos de Dios. Su ansia de Dios es profunda y, sin embargo, Él está aún alejado de usted. Debe tratar de acercarse, porque Dios le ama a usted tanto como para entregar a Jesús a la muerte por usted y por mí. Cristo ansia ser su alimento. Si usted se nutre con plenitud del Alimento vivo, usted podrá permitirse morir de hambre.

El amor personal que Cristo tiene por usted es infinito; las pequeñas dificultades que encuentra en el seno de la Iglesia son finitas. Supera lo finito con ^l> infinito. Cristo le ha creado a usted porque le necesita. Yo sé lo que usted siente: unas tremendas ansias, a la vez que un oscuro vacío; y sin embargo, Él es el único enamorado de usted. Yo no sé si usted conoce estos versos que le incluyo, pero ellos me llenan y me vacían a la vez:

*My God, my God, what is a heart
That Thou should'st eye and woo,
Pouring upon it all Thy heart
As if Thou had'st nothing else to do?**

* Dios mío, Dios mío, ¿qué es un corazón / que Tú tanto cuidas y cortejas, / vertiendo en él todo Tu corazón / como si no tuvieras otra cosa que hacer?

Después de todo, la Iglesia organizó cruzadas, estableció la Inquisición, fue gobernada por papas escandalosos y apoyó iniquidades. Como institución, todo es perfectamente comprensible e incluso, en términos humanos, excusable. Pero como portavoz de Dios en la tierra, como perteneciente no precisamente a la historia, sino a la verdad eterna, no resulta fácilmente defendible. Y", sin embargo, como certeramente señaló Hilaire Belloc, la Iglesia no tiene más remedio que ser obra de Dios, porque viendo muchas de las personas que han formado parte de ella hay que concluir que no es posible que existiera si no tuviera la ayuda de lo alto.

También me parecía que no podía tomarse completamente en serio la validez o legitimidad de cualquier forma de autoridad humana. Sin embargo, lo que pasa en la mente del hombre no tiene que coincidir necesariamente con lo que ocurre en su corazón. Hay algo más, otro proceso que se produce en nuestro interior, que tiene que ver con la fe y que es realmente más importante y poderoso. Intelectualmente no puedo explicar con más claridad la conversión, como tampoco puedo explicar el enamoramiento de la persona con la que uno contrae matrimonio. Y esto es algo parecido.

En cuanto se refiere al misterio de la Encarnación, yo creo firmemente en él. Creo que Dios se hizo Hombre para que pudiéramos llegar hasta Él, y que el drama que encierra la Encarnación, descrito en el Credo, sucedió así. Y acepto este drama como la clave de toda la historia. Si se me pregunta: «¿Cree que Jesús nació del seno de una virgen?», respondo: «Sí, lo creo porque pienso que el drama así lo requiere». Pero esto no quiere decir que yo crea que una mujer particular, sin ninguna otra circunstancia que concurra en ella, puede concebir y dar a luz un hijo y que este hijo sea Jesucristo. En otras palabras, lo veo como una verdad artística más que como una verdad histórica. Creo que la Iglesia empezó a destruirse a sí misma cuando trató de buscar la evidencia en la historicidad o en el proceso de la ciencia. Las grandes verdades que la Iglesia ha santificado a través de los siglos son verdades artísticas, mucho más verdaderas que cualquier otro tipo de verdad. Lo peor que podría acontecer a la religión cristiana sería su probabilidad en términos humanísticos. Sería desastroso. Para mi, abrazar el Cristianismo es una cuestión de fe, no de pruebas racionales, pero al mismo tiempo, de una razonable fe. Si se acepta el salto inicial de la Encarnación, se sigue de ello todo lo demás.

Fue la firme postura de la Iglesia Católica en relación con la

contracepción y el aborto lo que finalmente me decidió a ser católico.

La contracepción y el aborto han causado enormes estragos tanto entre los jóvenes como entre los mayores. Todo lo que de ello se sigue: las prácticas sexuales precoces, el libertinaje en las universidades, haciendo del erotismo un fin y no un medio, son la consecuencia de haber violado el orden natural de las cosas. Del mismo modo que las gentes de la Roma clásica consideraban el comer como un fin, lo que les llevaba al vomitorio para seguir comiendo y volver a atiborrarse de golosinas, así la gente de hoy acaba en una especie de vomitorio sexual. La posición de la Iglesia Católica en este punto es absolutamente correcta. Se opone a la regulación de los nacimientos en consideración a su honor eterno. Pienso que, históricamente, el mundo reconocerá que esta postura ha supuesto un gallardo esfuerzo para evitar un desastre moral.

A pesar de mi conciencia de los abismos a que los seres humanos pueden descender sin Dios, creo firmemente que estamos destinados a la elección entre el Amor y el poder. El camino del Amor es el camino de la luz y únicamente a través de la Cruz es como llegaremos a la Resurrección.

12. LA PERSPECTIVA DE LA MUERTE

Lo único seguro acerca de la existencia mortal es que esta existencia tiene un fin; desde el momento en que nacemos, empezamos a morir. El hecho fáctico de la muerte es hoy altamente desagradable, hasta el punto de que se hacen extraordinarios esfuerzos, lingüísticamente y en otros campos, para alejar la muerte de la vista y del pensamiento.

Incluso aquellos que, por una u otra a razón están a favor de la muerte de los no nacidos y de los ancianos débiles y enfermos tratan de enmascarar sus criminales intenciones con un lenguaje evasivo tal como es denominar al aborto «control retrospectivo de la fertilidad» y a la eutanasia «muerte misericordiosa o piadosa». Un mes pasado en Florida en un establecimiento geriátrico me dio idea de hasta qué extremo se lleva a los ancianos para apartar su pensamiento de la cercana muerte. En el, llamémosle, Sunshine Haven (Puerto del Sol o de la Alegría) todo estaba preparado para hacernos sentir que no somos realmente ancianos sino que, por el contrario, estábamos llenos de entusiasmo juvenil y de posibilidades de futuro; que si no éramos, ciertamente, jovencitos de quince años, sí gozábamos de una maravillosa edad; que éramos perfectamente capaces de quedar bien en las salas de baile, en las playas e incluso en la cama. Unos cuerpos marchitos vistiendo deslumbrantes trajes veraniegos, unos ojos hundidos, de penetrante mirada, bajo las viseras de gorras

chillonas, las calvas llenas de cosmético, bronceadas las flacas piernas, las descarnadas nalgas vestidas con pantalones escarlata, todo ello contribuía a hacer de una playa de Florida la visión macabra del *Jarrón griego* de Keats.

What men or gods are these? What maidens loath?

What mad pursuit? What struggle to escape?

*What pipes and timbréis? What wild ecstasy?**

Más cercana resultaba la impresión evocada por el estilo de la obra de Evelyn Waugh *The Loved One*: en ella, los cadáveres son perfumados, ungidos y vestidos para sus exequias del modo más exótico, hasta en su ropa interior: en «Sunset Haven» los pre-cadáveres se componen, asimismo, para las fiestas y reuniones como jóvenes debutantes y tratan de comportarse de acuerdo con ello aunque a veces, las articulaciones crujientes y los gemidos sofocados avisan de la edad. De todas las instalaciones que se ofrecen en «Sunset Haven» —bingo, piscina, biblioteca, billares y golf— la única de que jamás se habla es del crematorio, escondido entre árboles y macizos, y que ni siquiera se menciona en los folletos de anuncio. Sin embargo, el negocio se anima durante los meses de invierno a pesar del sol y la geriátrica *joie de vivre*: la muerte se convierte en el sucio secretillo que en otro tiempo era reservado al sexo. Eros sale de su escondite, y el viejo Padre Tiempo intenta ocultar su guadaña.

Otro método de, como si dijéramos, intentar esconder la muerte bajo la alfombra es enviar a los ancianos débiles y enfermos a los centros estatales en donde viven como en una especie de limbo entre la vida y la muerte, profundamente sedados e inertes. Las instituciones privadas de este tipo están, naturalmente, mejor equipadas en instalaciones y personal, pero de hecho son igualmente desoladoras. Las regidas o sostenidas por entidades cristianas, especialmente las cuidadas por monjas, generalmente tienen largas listas de espera, no tanto porque los aspirantes a asilados sean especialmente piadosos, cuanto porque quieren estar seguros de que no acabará con ellos algún fanático de la muerte administrándoles una dosis excesiva de sedantes, o de que, si necesitan ser tratados en un pul-

* ¿Qué hombres o dioses son éstos? ¿Qué doncellas? / ¿Qué insano propósito? ¿Qué lucha para escapar? / ¿Qué pífanos y tamboriles? ¿Qué éxtasis salvaje?

món de acero o asistidos por un riñón artificial, no habrá alguien decidido a «tapar el agujero».

En cualquier caso, el que existan personas que vivan mucho tiempo de manera molesta para sus familias, y gentes con defectos y dolencias de un tipo u otro tiene, desde el punto de vista de los gobernantes, la gran ventaja de que se ahorra dinero y personal sin necesidad de levantar protestas, algo que a los gobiernos les preocupa siempre. Por supuesto, resulta inevitable *que* en una sociedad materialista como la nuestra la muerte parezca algo terrible e incluso inadmisibles. Si el Hombre es el ápice de la creación y no hay nada más grande que él en todo el universo; si su existencia se agota en su vida terrenal, entonces está claro que su fin definitivo, la muerte, resulta demasiado atroz para pensar en ella y lo mejor que se puede hacer es ignorarla.

Simone de Beauvoir, en su libro *Una muerte muy fácil*, describe la muerte de su madre a consecuencia de un cáncer «tan violenta e imprevista como una fábrica que se parase en medio del cielo». La imagen es significativa: la muerte es considerada no como el final de un drama; o como el final de un auto, seguido de un cambio de decorado y de los actos siguientes de la obra, ni siquiera como la muerte de un animal, sino como la ruptura de una máquina que de repente y sorprendentemente dejase de trabajar. «No hay nada semejante a una muerte natural», concluye Simone de Beauvoir. «Todos los hombres deben morir, pero para cada hombre su muerte es un accidente e incluso si él lo sabe y consiente en ello, es una violencia injustificable». A la luz de tal actitud, la muerte aparece como una injusticia monstruosa, un acto de opresión brutal del estilo, digamos, de la guerra del Vietnam o del «apartheid» de Sudáfrica. Nos imaginamos una manifestación dirigida por Simone de Beauvoir con todos los asistentes cantando al unísono: «¡Muera la muerte!» «¡Muera la muerte!»

Este eslogan no es tan absurdo como pueda parecer a primera vista; la estúpida noción de que se podría llegar a conseguir una droga que hiciera inmortales a quienes la tomasen, una pildora de la muerte como para competir con la pildora del nacimiento, ha sido seriamente considerada. Y ¡qué maravillosamente irónico resulta el que *some* el nombre de la droga que, en la obra de Aldoux Huxley, *Un mundo feliz*, haría felices a todos los hombres para siempre, es el que primeramente se escogió para la que después fue llamada talidomida. Por otra parte, tampoco resulta extraño detectar en la manía de trasplantar órganos vitales, el corazón, los riñones, e

incluso los órganos genitales, la esperanza de que llegue a ser posible el que los seres humanos puedan vivir indefinidamente, como automóviles de lujo, reemplazando sus piezas de repuesto a medida que van dejando de funcionar.

Asimismo, la experimentación en el campo de la genética llevaría al propósito de producir en su momento formas de vida no sujetas a la muerte. Jonathan Swift en sus *Viajes de Gulliver* nos ofrece una clara muestra de nuestra humana condición cuando hace que el inmortal Stuldbrugs, hallado por Gulliver en su tercer viaje a la isla volante de Laputa no es, como Gulliver había supuesto, un ser prudente, sereno y razonable, sino por el contrario, la más miserable de las criaturas, insoportablemente pesado y aburrido. Siempre que ve un entierro, señala Gulliver, se lamenta y se queja de que los demás descansarán en un puerto mientras que él no tiene la esperanza de descansar jamás.

En verdad, y serenamente considerada, la muerte puede ser tomada como un importante factor que nos haga tolerable la vida; me impresionó mucho la respuesta dada por un octogenario cuando fue preguntado cómo explicaba su longevidad: «Oh, dijo, sólo mala suerte». No hay duda de que por esta razón, entre otras, la muerte en tiempos pasados ha sido frecuentemente más celebrada que aborrecida; por ejemplo, y muy exquisitamente, por cierto, por los poetas metafísicos y principalmente por John Donne. Tan tentadora resultaba para él la perspectiva de la muerte que, cuando fue Deán de la Catedral de San Pablo de Londres se hizo retratar con su mortaja como para tener siempre presente la liberación de la vida que le esperaba. Dormir, dice, incluso sólo una noche, nos conforta extraordinariamente; cuánto más confortador será dormir toda la eternidad. Y después:

*One short sleep past, we wake eternally,
And Death shall be no more, Death thou shalt die**

En nuestros propios días, Dietrich Bonhoeffer manifestó una actitud semejante hacia la muerte cuando, con el rostro resplandeciente de alegre esperanza dijo a los dos soldados nazis que fueron a buscarle para conducirlo al lugar donde iba a ser ejecutado: «Para ustedes es un final, para mí, el principio». Lo mismo Blake, cuando

* Pasado un corto sueño; despertamos eternamente / y ya no habrá muerte; muerte, tú morirás.

en el lecho de muerte decía a su esposa Catherine que para él morir no era más que pasar de un aposento a otro. Cuando sintió que se aproximaba su fin cantó unas bellísimas canciones <jue —dijo a Catherine— no habían sido compuestas por él, sino- descendidas directamente del cielo.

Pero, ¡ay! yo no puedo confesar una total certeza de ese orden y vuelvo a caer en la famosa apuesta de Pascal, que lo llevaba a decidir entre la eterna supervivencia o la extinción eterna. Ante tal disyuntiva, como Pascal señala en sus *Pensamientos*., el impulso obvio se dirige a la primera opción dado que «si ganas, lo ganas todo; si pierdes, no pierdes nada». Así, yo me vuelvo a la eterna supervivencia —a la vida eterna— conociendo muy bien que, si apuesto por la extinción eterna, nunca sabré que he perdido la apuesta, y no tomaré en cuenta nociones exóticas como la reencarnación o la llamada «evidencia», ofrecida por las personas que han estado en coma y han imaginado que estaban muertas. El hecho es que para saber cómo es la muerte, hay que morir; para saber cómo es la vida, hay que nacer.

Puedo decir con verdad que yo nunca, ni siquiera en mis tiempos de mayor entrega a la sensualidad y al egoísmo, dudé seriamente de que nuestra existencia aquí está relacionada de manera misteriosa con otra existencia más amplia y duradera en otro lugar; que de un modo u otro pertenecemos a una escena más amplia que la que nos ofrece nuestra vida terrenal y a un espacio de tiempo mucho mayor que el que se nos ha concedido aquí abajo. Así la muerte me ha parecido más fascinante que terrible quizá especialmente como beligerante de la II Guerra Mundial; por ejemplo, caminando por las calles de Londres durante el «blitz», cuando se produjo en mí una especie de exaltación ante el espectáculo de la inmensa hoguera en la que ardían viejas guaridas como Fleet Street, Paternóster Row, el Inner Temple; momentos en que no solamente podía esperar morir yo mismo sino el mundo que conocía, y el género de vida que yo había llevado parecía igualmente condenado a extinguirse. Ahora, la muerte me parece más fascinante que nunca cuando, según la naturaleza de las cosas, debe llegarme pronto y me transmite mensajes de esta proximidad a través de los dolores y molestias que acompañan a la vejez.

No he podido persuadirme nunca de que la creación del mundo y la aparición en él de nosotros los *hominnes sapientes* no hubiera tenido más finalidad que la de representar un pequeño papel durante unos breves momentos en este pequeño planeta con el sólo destino de montar un interminable «serial» con las mismas situaciones y características repetidas infinitas veces, que es a lo que llamamos

historia. Sería como construir un gran estadio para el juego de la pulga o un gran coliseo de ópera para un recital de armónica.

En otras palabras, debe haber otra razón para nuestra existencia y la existencia del universo que nos empuje a vivir los días de nuestra vida lo mejor que podamos; debe haber otro destino que el de la simple utilización de la creatividad física, intelectual y espiritual que nos ha sido concedida. Por otra parte, tal ha sido la convicción firme a través de los siglos de cristianismo, de los grandes artistas, santos, filósofos y hasta tiempos recientes, de científicos, todos los cuales han asumido que la validez de la promesa de la vida eterna hecha en el Nuevo Testamento y que el gran drama que la Encarnación engloba y encierra es, verdaderamente, el drama principal de nuestra existencia. Suponer que aquellos destacados creyentes eran todos unos ingenuos cuya estupidez y credulidad al mantener tales creencias ha quedado ahora de manifiesto, me parece una postura indefendible; en cualquier caso, prefiero equivocarme con Dante, Shakespeare y Milton, con Agustín de Hipona y Francisco de Asís, con el doctor Johnson, Blake y Dostoievsky, que acertar con Voltaire, Rousseau, Darwin, los Huxleys, Herbert Spencer, H. G. Wells y Bernard Shaw.

Debe admitirse que a medida que pasan los años —y con qué rapidez pasan tanto más velozmente cuanto más avanza el tiempo!— el valor de nuestro mundo y el vivir en él aparecen decididamente exagerados. Como dijo Santa Teresa de Ávila: «una mala noche en una mala posada». Incluso si es así, cuando la ambición es un absurdo, la lujuria una minucia, yo me encuentro, como la Confesión General del Libro de Rezos señala tan bellamente, siguiendo aún demasiado los anhelos y deseos de mi corazón. Al hablar con los jóvenes, me ha resultado divertido, no sin un punto de ironía, el que den por supuesto que en los años sesenta se ha operado un cambio por el que el mundo, la carne y el demonio han perdido, automáticamente, la atracción que tenía. ¡Si sólo fuera eso! Lo mejor que yo puedo hacer, ahora que ya empiezo a chochear, es emular la situación mental del Sabio en el *Rasselas* del Doctor Johnson y que refleja la de su creador:

Reconsiderando mi vida, me doy cuenta de las muchas oportunidades de obrar bien perdidas, del tiempo malgastado en fruslerías, del tiempo perdido en ociosidad y des-

canso. Dejé sin intentar muchos grandes propósitos, e inacabados muchos de los acometidos. Mi mente no está agobiada con pecados graves y por consiguiente me siento tranquilo; me empeño en ahuyentar mis pensamientos de esperanzas y cuidados que, aunque la razón *m-e* dice que son vanos, mantienen su viejo dominio del corazón; espero con serena humildad esta hora que la naturaleza no puede retrasar mucho y tomar posesión de un estado mejor, la felicidad que aquí no he podido hallar, y la virtud que aquí no he alcanzado.

Sin embargo, el misterio permanece, siempre. Hace unas ocho décadas yo vine al mundo, entre llantos y gemidos; ahora me preparo para dejarlo, con las mismas manifestaciones que cuando llegué a él. No puedo saber de dónde vine y mucho menos a la luz de mitos contemporáneos como la evolución darwiniana, la psicología de Freud, la ética situacional, la profecía marxista, etc. Para saber adonde voy, si voy a algún sitio, sólo me puede ayudar el testimonio de auténticos visionarios como Blake, el autor de *The Cloud of unknowing*, Dostoievsky, y, sobre todo, Jesucristo. Y obras de arte inspiradas como la Catedral de Chartres y la *Missa Sofemnis*, las vidas sacrificadas de santos y místicos y por encima de todo, la Encarnación y todas sus consecuencias en la historia de lo que aún llamamos civilización occidental, abocada ahora a un colapso final, proporcionando infalibles señales de la búsqueda de Dios.

Lo más difícil de explicar es que la cercanía de la muerte, de modo misterioso, hace que lo que va quedando detrás —quiero decir nuestra propia tierra, sus formas, sus perfumes, sus colores, sus criaturas, todo lo que hemos conocido, amado y servido—, aparece como más encantador; de modo semejante a como en el final de un brillante día de junio hay algo que encierra toda la belleza de las horas diurnas que comienzan a apagarse; o como las últimas notas de una sinfonía de Beethoven, encierran el esplendor de la obra total. Es como si, satisfecha la cuenta de la posada de que habla Santa Teresa, ya al salir a la calle, echamos una última mirada al lugar que acabamos de dejar, llenos de afecto por él, casi hasta el punto de romper a llorar.

Así, como un prisionero que aguarda su liberación, como un colegial cuando se acercan las vacaciones, como un ave migratoria dispuesta a volar hacia el sur, como un paciente que en el hospital escudriña ansiosamente el rostro del médico para adivinar su diag-

nóstico, así yo ansío mi partida. Desembarazándome de la carne que he habitado tanto tiempo, oyendo el ruido de la llave que gira en la cerradura del tiempo para abrir las puertas de la Eternidad, desconectando mi mente, cansada de sus interminables adivinanzas, y mi fatigado yo de sus pesadas exigencias. Tal *es* la perspectiva de la muerte.

Tengo ochenta y cuatro años; soy, pues, un octogenario que ha hecho muchas cosas que no debería haber hecho, que he vivido catorce años más que los años señalados por la Biblia y que han pasado tan rápidamente.

Para mí, los avisos de la inmortalidad, sordera, debilidad de la visión, pérdida de memoria, es decir, las aflicciones de la vejez, me liberan de fantasías mundanas y me dejan libertad para meditar en la realidad espiritual, recordando al Arzobispo Fulton cuando señala que la Cristiandad puede pasar, pero no Cristo.

Y así vivo yo cada día, sabiendo que mi vida acabará pronto y como Miguel Angel al final de sus días, «he amado a mis amigos y a mi familia. He amado a Dios y a su creación. He amado la vida y ahora amo la muerte como su término natural»* sabiendo que, aunque la Cristiandad pueda terminar, Cristo vive.

* De *The Agony and the Ecstasy* de Irving Stone.